

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES
CARRERA DE SOCIOLOGIA

TRABAJO DE TESINA

POPULISMO-DEMOCRACIA: DISCUSIONES EN TORNO A LOS
REGÍMENES DEMOCRÁTICOS EN ARGENTINA

Alumna: María Inés Lucero Belgrano N/R 14355

Directora: Mgter. Amelia Barreda

Año: 2010

Introducción

El populismo ha atravesado la historia reciente de América Latina y en consecuencia de la Argentina. Por ello, ha sido objeto de numerosos debates teóricos y políticos que han puesto de manifiesto la extensión y complejidad de este fenómeno. Diversos autores han abordado la temática y han expresado así la necesidad de acercarse a una explicación de la misma.

Dentro de las ciencias sociales el populismo como concepto ha sido de difícil definición y ha gozado de ambigüedad y vaguedad por lo que, en general, ha sido ubicado en un lugar marginal dentro de la teoría política. Esta situación no es casual sino que responde a una serie de disputas ideológicas que se relacionan con la posición que se asume ante un fenómeno que se considera de antemano incorrecto.

Por lo dicho, en este trabajo se considera de vital importancia analizar al fenómeno populista otorgándole la significación que como hecho de masas ha tenido en la vida política de la Argentina. Decir esto no implica hacer una apología del populismo sino más bien comenzar por quitarle el carácter peyorativo al término para desde allí avanzar hacia una mayor comprensión de su especificidad.

El populismo es un fenómeno vasto que puede ser abordado desde diversos aspectos. La intención de esta investigación es profundizar en una de las aristas que éste supone, su relación con la democracia liberal. El análisis de dicha relación implica una revisión tanto del concepto de populismo como del concepto de democracia y del entrecruzamiento de ambos.

En general, el populismo ha sido considerado un fenómeno autoritario que no cumple con los cánones de *la* democracia esta última entendida como sinónimo de la democracia liberal. Esto ha llevado a que se pierda de vista el carácter democratizante que los populismos han tenido en la inclusión de grandes sectores de la sociedad no sólo en cuanto a derechos políticos sino también sociales. No obstante, como contracara, los populismos han presentado un fuerte carácter delegativo centrado en el líder, signado por relaciones patriarcales que han anulado la expansión de otros canales de participación.

En este sentido los populismos han sido considerados casi ilegales por no respetar las instituciones “clásicas” de la “democracia” pero no se ha puesto el mismo énfasis en mostrar cómo éstos introdujeron a la vida política a amplios sectores de la sociedad

apelando a formas de democracia directa o semi-directa que tensionaban con los canales demoliberales. Así, se hace necesario rediscutir el concepto mismo de democracia y la relación/tensión de ésta con el populismo.

Gran parte de la vida política argentina está determinada por esta tensión permanente entre el populismo y la democracia liberal. Por esto se considera esencial un análisis más profundo de la relación para esclarecer las consecuencias de ello en la actualidad. Para dicho análisis es fundamental la contextualización histórica de los gobiernos en la certeza de que no puede hablarse de *la* democracia sin adjetivos ni del populismo en singular sino más bien de *populismos* con rasgos específicos, determinados históricamente aunque, al mismo tiempo, puedan encontrarse características comunes que permiten su comparación.

Por lo dicho, en la presente investigación se realiza un recorrido por la historia argentina desde los años '40, momento de aparición del peronismo considerado el populismo por antonomasia en la Argentina, hasta el año 2007. En dicho recorrido no se profundizará en el análisis de los gobiernos de facto aunque los mismos son ineludibles en la comprensión contextual.

Según lo planteado, el presente trabajo se propone como objetivo general: contribuir al análisis de los regímenes democráticos en Argentina en la relación/tensión existente entre el modelo democrático-liberal y las formas populistas de gobierno entre los años 1940-2007.

En lo referido a los objetivos específicos planteados en esta investigación los mismos apuntan a: realizar una revisión sobre las contribuciones teóricas más importantes acerca del populismo haciendo hincapié en la relación populismo-democracia; elaborar esquemas o tipologías teórico-conceptuales a partir de la discusión sobre los conceptos de democracia y populismo que sirvan como herramienta para el análisis histórico; realizar una aproximación histórica a los gobiernos del período señalado a la luz de la relación establecida.

El desarrollo del trabajo toma como marco teórico general las contribuciones del investigador ecuatoriano Carlos de la Torre no sólo respecto al populismo sino también a la relación de éste con la democracia. En este sentido el populismo es entendido como un fenómeno que aparece en diferentes coyunturas y que como rasgos generales posee una

estructura jerárquica, con un líder patriarcal que establece relaciones directas con sus bases junto a una coalición policlasista concentrada en los sectores subalternos; a la vez, discursivamente plantea una división dicotómica de la sociedad separándola en dos polos antagónicos en general: el pueblo y la oligarquía. Las formas institucionalizadas de mediación son pasadas por alto estableciéndose una relación tensa con las instituciones demoliberales. Además, apela a métodos económicos redistributivos lo cual le otorga una base de sustento material para el apoyo de amplios sectores tradicionalmente excluidos.

Si bien este es el concepto general de populismo con el que se abordará el trabajo, se suman aportes de otros autores tales como Ernesto Laclau respecto a la dicotomización de la sociedad por parte del discurso populista; también se retoma su planteo en cuanto a la contingencia de la relación liberalismo-democracia y al carácter dual de la representación. Los desarrollos teóricos de estos autores como también los de Gino Germani y Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero son analizados en profundidad en las siguientes páginas.

Este estudio es un análisis socio-histórico que tiene como objetivo dilucidar algunos aspectos del fenómeno del populismo en relación a la democracia en nuestro país ligando procesos sociales, políticos, económicos y culturales. Por tanto, la perspectiva es macrosocial, puesto que se pretende una aproximación global del fenómeno en la Argentina.

La estrategia metodológica será la bibliográfica siguiendo el entramado de categorías y conceptos planteados por los autores tomados en el marco teórico general. Dicha lectura se abordará desde una perspectiva crítica que tenga en cuenta la determinación material de los hechos históricos pero que al mismo tiempo le otorgue significación a la esfera político-ideológica de la vida social para de este modo evitar reduccionismos que obstaculicen una comprensión más cabal de los hechos.

El trabajo se organiza en tres capítulos y un apartado de conclusiones. En el primer capítulo se abordan los aportes respecto al populismo y a su relación con la democracia de cuatro autores: Gino Germani, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Ernesto Laclau y Carlos de la Torre. Esto con el fin de discutir algunas visiones sobre el fenómeno y esclarecer aún más los conceptos del marco teórico-conceptual. En el segundo capítulo se emprende, por un lado, una revisión del concepto de democracia enfocado siempre en su relación con el populismo y la elaboración de esquemas teórico-conceptuales que colaboren

al análisis histórico. En el tercer capítulo se realiza un recorrido por el período 1940-2007 a la luz del entramado teórico planteado. Finalmente, se desarrollan las conclusiones y consideraciones finales sobre la investigación teniendo como interrogante general qué significación tiene el populismo como forma política en Argentina y de qué manera éste plantea una ruptura con las instituciones de la democracia liberal de modo tal que pone en cuestión al concepto mismo de democracia e impone, por tanto, la necesidad de reflexionar sobre él.

Capítulo I

Enfoques y conceptualizaciones sobre la relación populismo-democracia

El presente capítulo tiene como objetivo realizar un rastreo acerca de las contribuciones teóricas sobre el populismo, haciendo hincapié en la específica relación populismo-democracia.

Como es sabido, las contribuciones sobre la temática son abundantes, por lo que un análisis exhaustivo de las mismas excede los alcances de este trabajo. Por ello, se tomarán para el análisis algunos autores que con sus teorizaciones influyeron fuertemente en las interpretaciones del fenómeno populista, es decir, sentaron las bases de análisis retomadas, posteriormente, en numerosos trabajos. Estos son: Gino Germani, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Ernesto Laclau y Carlos de la Torre.

Esta selección no implica desconocer importantes contribuciones tales como las de Emilio de Ipola, Carlos Vilas, Octavio Ianni, Agustín Cueva entre otros. Si bien estos autores no serán tratados en profundidad en el presente trabajo sus conceptualizaciones se harán presente dentro de las discusiones que otros investigadores han mantenido con ellos.

Los autores seleccionados se basaron en matrices teóricas diferentes para explicar el fenómeno populista, ellas van desde el estructural funcionalismo hasta la teoría del discurso, pasando también por el marxismo. En el presente capítulo se abordarán, críticamente, dichas contribuciones como puntapié inicial en el análisis de la relación populismo-democracia.

1.1 De las sociedades tradicionales a las sociedades avanzadas. Gino Germani y el populismo como desviación

En términos generales el estudio de Germani se centró en lo que denominó el proceso de transición de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas o industriales avanzadas. Según el autor: “lo típico de la transición, la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes épocas, imprime un carácter particularmente conflictivo al proceso que es inevitablemente vivido como crisis, pues implica una continua ruptura con el pasado, un desgarramiento que no sólo tiende a dividir a personas y grupos,

sino que también llegan a coexistir actitudes, ideas, valores, pertenecientes a diferentes etapas de la transición”¹. De esta manera, desde una perspectiva claramente evolucionista del desarrollo de las sociedades, Germani destacó como puntos extremos de un continuo pluridimensional a las sociedades “tradicionales” caracterizadas por economías de subsistencia y a las sociedades “desarrolladas” cuyo rasgo característico es una economía expansiva fundada en la creciente aplicación de la técnica moderna.

Este proceso implica una modificación tanto a nivel de la acción de los individuos como a nivel institucional. Hay una aceptación del cambio como lo normal y una diferenciación institucional creciente, así como también una modificación de la estructura de roles que comienza a ampliarse y a complejizarse. En consecuencia, se torna necesaria una modificación de los patrones actitudinales que sean adecuados a las nuevas circunstancias.

Ahora bien, tomando en consideración el punto que interesa a este trabajo -la relación/tensión entre formas populistas de la política y la democracia liberal- el autor destacó como rasgo de las sociedades industriales un *proceso de participación creciente* que se manifiesta de varias maneras entre ellas la ruptura con la comunidad local y el surgimiento de la nación. Este proceso, de escala mundial, pone en movimiento a amplios sectores los cuales comienzan a incluirse en esta nueva forma que adquiere la sociedad. Se producen así las grandes migraciones internacionales pero también las internas.

Explica Germani, “la incorporación de los grupos marginales acontece esencialmente de dos modos: por la difusión geográfica de las nuevas formas de vida, de la nueva tecnología y de las nuevas formas económicas; y en segundo lugar por la concentración de las personas en aquellas zonas que han alcanzado un más alto nivel de desarrollo: emigración hacia países más desarrollados, migración del campo a la ciudad [...]”². Las transformaciones mencionadas implican una intención en aumento de participar en la vida política por parte de los sectores marginales, hay una identificación de éstos con la nación en la medida en que participan como ciudadanos.

Todas las grandes modificaciones que se han mencionado se producen de manera asincrónica. Dentro de la asincronía Germani distinguió dos fenómenos importantes que

¹ GERMANI Gino, “Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas” pág.70

² Ibídem pág.93

cabe resaltar ya que constituyen elementos esenciales para la comprensión de la transición. El primero de ellos es el *efecto de demostración*: “se refiere al comportamiento del consumidor en tanto su propensión al consumo y al ahorro está afectada no solamente por el nivel absoluto de su ingreso, ‘sino también por la proporción entre su ingreso y el nivel de consumo más elevado de otras personas con las que puede entrar en contacto’. Esto es, el conocimiento de la existencia de tal nivel produce aspiraciones similares y este hecho afecta al consumo y al ahorro”.³ Germani realizó una extensión de la aplicabilidad de este concepto a otros ámbitos de la sociedad por lo que el efecto de demostración se traduce luego en modas, aspiraciones, en parte en expresiones ideológicas, etc. El segundo fenómeno es el denominado *efecto de fusión*: “a menudo ideologías y actitudes que constituyen la expresión de un proceso muy avanzado de desarrollo, al llegar a zonas y a grupos todavía caracterizados por rasgos tradicionales, son interpretados no ya en los términos de su contexto originario, sino que pueden llegar a reforzar esos mismos rasgos tradicionales, que ahora parecen adquirir una nueva vigencia, no en nombre de la estructura pretérita, sino como productos “muy avanzados”⁴.

De esta manera lo que Germani llevó a cabo fue una aplicación del concepto de asincronía, efecto de demostración y efecto de fusión a los países de desarrollo incipiente. Para ello, enunció primero los rasgos esenciales del desarrollo económico de los países avanzados en sus primeras etapas: a) democracia con participación limitada, funciona el estado racional y la autoridad burocrática pero la participación se restringe sólo a algunos sectores, esto abarca la esfera política pero también implica que las clases populares no se hallan integradas a las nuevas formas de la sociedad; b) lo anterior conlleva a que sólo algunos grupos se encuentren plenamente desarrollados, otros como las clases populares se encuentran todavía cultural y motivacionalmente en una etapa “tradicional”; c) en el plano ideológico la burguesía es portadora de actitudes e ideas que no sólo potencian la tarea que le compete sino que además le da legitimidad a su posición; d) la legitimidad no sólo tiene validez entre los grupos superiores sino que además es aceptada o soportada pasivamente por los grupos populares; e) en cuanto a las actitudes relativas al consumo en lo que

³ Ibídem pág.102

⁴ Ibídem pág.104

respecta a la producción, el grupo dirigente está plenamente desarrollado, pero con respecto al consumo siguen en vigencia las actitudes propias de una economía no expansiva⁵.

A partir de los rasgos mencionados, explicaba Germani, se produce una gran acumulación y un extraordinario desarrollo de la economía. Así, a la democracia limitada sucede la participación total no sólo en lo referente a lo político sino también a la participación de las masas populares en la cultura industrial-urbana. Esto trae aparejado una modificación en los consumos y su respectivo impacto sobre todo en las clases medias, como así también se produce una modificación en la organización del Estado, los partidos políticos, sindicatos entre otras entidades. El clima ideológico experimenta un vuelco con la aceptación de nuevos principios igualitarios y el surgimiento de una legislación que sustituye la “libre contratación”. Las naciones más avanzadas en este proceso ejercen hegemonía a nivel mundial actuando como modelos para los países en vías de desarrollo.

Tomando estas características generales, Germani analizó la influencia de las mismas en los países en vías de desarrollo arribando a las siguientes generalizaciones: 1) el proceso de democratización fundamental se halla cumplido o muy avanzado, aunque la significación de las clases populares es mayor que la que tenían en los países avanzados; 2) por ello, las aspiraciones de las clases populares en cuanto a consumo, nivel de vida, etc., es análogo al de los países desarrollados; 3) en las clases medias y superiores no se encuentran actitudes similares a las de las etapas iniciales de los países desarrollados. Por esto, las actitudes de “énfasis en el consumo” de los países avanzados pueden fusionarse con los ideales de vida correspondientes a la etapa tradicional; 4) entonces, hay una coexistencia de actitudes de consumo de una economía desarrollada con un aparato productivo subdesarrollado; 5) donde mayor incidencia tiene esta posibilidad de fusión es en el campo de las ideologías políticas. Aquí, por un lado las clases populares han incorporado el pensamiento igualitario, la aspiración a derechos sociales, y las críticas a la legitimidad del orden capitalista originadas en los países desarrollados, y por el otro, mantienen todavía vivas las actitudes *no económicas* propias de la sociedad tradicional; 6) en las clases dirigentes existe la posibilidad de una análoga fusión entre actitudes “no económicas” tradicionales e influencias de la evolución reciente en cuanto a derechos sociales e ideales igualitarios; 7) esta situación conlleva una falta de legitimidad que afecta no sólo a las

⁵ Ibídem pág.104-105

clases populares que rechazan el orden establecido, sino también a los grupos dirigentes que no están muy seguros de su propia legitimidad.

Cabe agregar, el énfasis puesto por el autor en las orientaciones ideológicas de los diferentes sectores de la sociedad. Para analizarlas parte de la siguiente proposición general: “mientras las clases populares tienden a orientarse hacia los partidos e ideologías consideradas de ‘izquierda’, las clases medias y altas se orientan hacia el polo opuesto, a saber, hacia partidos e ideologías considerados de ‘derecha’”⁶.

Lo importante de este hecho, según Germani, es entonces analizar cómo es posible que en algunos países las clases populares hayan adoptado una actitud modal distinta a los países desarrollados. El autor llegó a la siguiente conclusión: “en general, la acentuación autoritaria y nacionalista de las formaciones de izquierda o bien el surgimiento de movimientos nacionalistas autoritarios (clasificables a la derecha) caracterizados por posiciones colectivistas o socialistas en lo económico-social (a menudo con connotaciones igualitarias o pseudoigualitarias), se ha producido de preferencia en aquellos países en los que (a) el proceso de industrialización y urbanización fue más tardío, o incluso se haya en pleno desarrollo; (b) las masas populares o grandes sectores de las mismas recién están adquiriendo significación política; y (c) el proceso de independización nacional es reciente, relativamente reciente o en pleno desarrollo [...]”⁷.

Se puede observar en esta última cita un primer esbozo de la significación que Germani otorga al fenómeno peronista. Las implicancias del momento de transición, en los países que comenzaron “tardíamente” su desarrollo, pueden entonces ser explicadas por el “efecto de fusión” lo cual puede interpretarse casi como una “mezcla” entre rasgos tradicionales (fundamentalmente la tendencia al autoritarismo de las clases populares) y rasgos desarrollados; esto explica lo que para Germani serían formas amorfas de la política o por lo menos desviadas de la línea que los países desarrollados ponen como modelo. Así, el surgimiento del peronismo es la consecuencia de un cambio abrupto y traumático en un país que todavía no había llevado adelante su transformación económica pero que pretendía asumir las banderas de la justicia social y la distribución de la riqueza, propias de los países avanzados.

⁶ Ibídem pág.131

⁷ En relación a la independencia nacional no sólo se refiere a lo estrictamente legal sino también a la formación de una conciencia nacional. Ibídem pág.135

Puede puntualizarse aún más cómo fue según Germani el paso de la sociedad tradicional a la participación total en América Latina y por ende en la Argentina. Se distinguen en este proceso seis etapas: guerras de liberación y declaración formal de la independencia; guerras civiles, caudillismo, anarquía; autocracias unificadoras; democracias representativas con participación “limitada” u “oligarquía”; democracias representativas con participación ampliada; democracias representativas con participación total; y, como una posible alternativa a las aludidas formas de democracia: “revoluciones nacionales-populares”⁸.

La preocupación de Germani por explicar la etapa de la participación total en la Argentina lo llevó a preguntarse qué características poseía la población y cuáles de éstas condujeron a que un amplio sector de la misma apoyara al peronismo. Por lo dicho, llevó adelante un estudio profundo de la inmigración en el país y las implicancias de ésta. El proceso inmigratorio resultó, explica el autor, de un esfuerzo consciente de las elites por modificar la estructura social promoviendo el desarrollo del país con tres elementos: inmigración masiva, educación obligatoria, importación de capitales⁹.

La inmigración masiva (europeos en su mayoría) produjo entre los años 1887-1958 una modificación sustancial en la estructura social argentina. En primer lugar se modifica la composición por edades aumentando la población adulta y masculina. Además, si bien la intención de las clases dominantes era la modernización de la economía la mayoría de los llegados al territorio eran trabajadores pobres del agro, éstos tuvieron a su cargo la expansión del sector, pero las dificultades que afrontaron para obtener la propiedad de la tierra y la concentración de ésta en pocas manos trajo como consecuencia la concentración de los inmigrantes en las grandes ciudades.

A lo dicho debe agregarse la importancia del impacto cultural de estos grandes contingentes que se instalan en el país, produciendo una transformación sustancial en la vida de la Argentina no sólo en cuanto a hábitos y costumbres sino también en el aspecto político-ideológico. A esta situación se sumarán hacia 1930 las migraciones internas (del

⁸ Ibídem pág.147

⁹ Ibídem pág.180

campo a la ciudad); estos sectores que se movilizan comienzan a tener significación política sin hallar los canales institucionales adecuados para expresarla¹⁰.

Para Germani, las condiciones para el paso de una democracia de minorías a una democracia con participación real de todos estaban dadas. Según él, para que tal transformación tuviera lugar era necesario que libertad y democracia tuviesen el mismo significado para todos los ciudadanos. Para que esto sea posible agregaba el italiano son necesarios tres requisitos: 1) que las posibilidades materiales del progreso técnico alcancen a todos; 2) análoga justicia distributiva en el orden cultural; 3) la democracia moderna se halla en contradicción: por una lado, necesita la adhesión consciente de todos los ciudadanos para mantenerse; por otro, sólo un pequeño grupo hace verdadero uso de la libertad y el ejercicio de derechos. Aún eliminando diferencias económicas y culturales en la política (como saber especializado) aun quedarían diferencias. Para los ciudadanos comunes la participación se reduce al voto y a informarse, actividades muy importantes para el mantenimiento de la democracia y la única forma que el hombre común tiene para defender sus intereses. El punto central es que esta situación sea consciente.

Para Germani existía una pseudosolución totalitaria a las contradicciones de la democracia moderna: “[...] cualquier régimen necesita para ser duradero del consentimiento activo o pasivo de las masas [...] éstas lo conceden cuando sienten que de algún modo son parte de la sociedad nacional [...] la diferencia entre la democracia –o lo que debería ser la democracia- y las formas totalitarias, reside justamente en el hecho de que, mientras la primera intenta fundarse sobre una participación genuina, el totalitarismo utiliza un ersatz de participación, crea la ilusión en las masas de que ahora son ellas el elemento decisivo, el sujeto activo en la dirección de la cosa pública”¹¹.

¹⁰ En un artículo publicado en la década del '70 Germani vuelve a afirmar que la existencia de grandes proporciones de migrantes internos en el Gran Buenos Aires, que conformaban en su mayoría a la clase obrera, hace pensar que fueron ellos el componente más importante del voto peronista. Entre 1945-1946 la mayor parte de la clase obrera nativa y urbana había sido reemplazada por los recién llegados de las provincias. Este reemplazo se produjo por un desplazamiento masivo en la mano de obra y a través de un proceso de ascenso social –inter e intrageneracional- dentro de la clase obrera preexistente. GERMANI Gino, “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos” pág. 18-19

¹¹ GERMANI Gino op. cit pág.239

Como podrá inferirse, el peronismo, según Germani, es un tipo de estos autoritarismos que utilizan un “ersatz”. El peronismo parangonado por el italiano a los fascismos clásicos, se distingue de éstos en su base social: mientras que la base humana de los fascismos estaba compuesta esencialmente por la burguesía y la clase media inferior, con escasa participación proletaria, el peronismo forma su base social especialmente con los sectores trabajadores tanto urbanos como rurales. A lo que se suma que la clase media argentina se colocó del lado de la oposición.

Para Germani este fenómeno puede explicarse por varias causas entre las que se pueden mencionar:

- Proceso rápido de industrialización y urbanización masiva. En consecuencia la clase popular masificada era de formación reciente, carecía de experiencia sindical y no había sido politizada por los partidos tradicionalmente obreros.
- Sobre todo por el carácter inmigratorio de la población las clases medias también eran de formación reciente.
- Las clases medias no tenían problemas de proletarización, su situación era producto del ascenso social y habían encontrado su canal de expresión en el radicalismo.
- En cambio existía el problema de la integración de las masas populares¹².

Cabe remarcar que si bien Germani encontró grandes similitudes entre el fascismo y el peronismo también señaló que el primero no obtuvo el real apoyo de los trabajadores sino que más bien los neutralizó, situación contraria a lo ocurrido con el peronismo. Por ello, la pregunta que le surgía al autor es de qué manera el peronismo logró el apoyo sincero de vastos sectores populares.

La respuesta de Germani a este interrogante aceptaba la versión difundida de la demagogia del dictador. Sin embargo, consideró que la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo. Los trabajadores que apoyaban a Perón no sentían que habían perdido su libertad sino que la habían conquistado.

Al llegar a este punto es importante considerar algunas reflexiones de Germani sobre la racionalidad/ irracionalidad de las masas en cuanto a su apoyo al peronismo.

¹² *Ibidem* pág.241-242

Aceptaba cierta racionalidad por parte de las masas si se considera la situación en la que estaban, es decir, si se tiene en cuenta su reciente formación, su inexperiencia sindical, una legislación social inadecuada para el grado de desarrollo. En tal situación las masas necesitaban adquirir consciencia de su poder e incorporarse a la vida nacional como una categoría fundamental, con necesidad de afirmar sus derechos y de realizar cambios estructurales. La dictadura, según Germani, no logró estos objetivos ya que nada hizo en cuanto a cambios estructurales pero sí contribuyó a que los sectores populares tomaran consciencia de su propio significado cuyo punto máximo fue la experiencia del 17 de octubre¹³.

¿Qué es entonces lo que se torna irracional en las masas en este proceso? A ello Germani respondía: “la aparición de la masa popular a la escena política y su reconocimiento por la sociedad argentina pudieron haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios de expresión que ésta puede dar [...] el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse irracional; lo racional habría sido el método democrático”¹⁴. De todas maneras, el autor aclara que las condiciones que el país presentaba hacia 1940 no podían hacer factible el mecanismo democrático. Para Germani: “la tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas populares se inició bajo el signo del totalitarismo, que logró proporcionar, a su manera, cierta experiencia de participación política y social en los aspectos inmediatos y personales de la vida del trabajador, anulando al mismo tiempo la organización política y los derechos básicos que constituyen los pilares insustituibles de toda democracia genuina. La inmensa tarea a realizar consiste en lograr esa misma experiencia, pero vinculándola de manera indisoluble a la teoría y a la práctica de la democracia”¹⁵.

1.2 Acerca de los orígenes del peronismo: Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero

“Estudios sobre los orígenes del peronismo” es un trabajo clásico acerca del populismo en la Argentina. Sin duda, los aportes de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero fueron y son de gran importancia para la comprensión del fenómeno de masas

¹³ Ibídem pág.248-249

¹⁴ Ibídem pág.251

¹⁵ Ibídem pág. 252

más importante del país. Si bien las dos partes que conforman el cuerpo del tomo I fueron escritas con algunos años de diferencia, su complementariedad es indiscutible logrando una explicación integrada del surgimiento del peronismo a través del concepto fundamental de alianza de clases.

Los autores partieron del período previo al auge del peronismo, específicamente la década del '30, momento en el cual se produjo un reagrupamiento de fuerzas sociales que estuvo ligado a la forma de dar respuesta a la acelerada industrialización argentina. El supuesto general es que toda industrialización por sustitución de importaciones o “sin revolución industrial”, como sucedió en la Argentina, promueve características particulares en la dimensión sociopolítica.

Frente a esta situación existe en la literatura, explican los autores, un modelo clásico de orientación de los grupos frente a la industrialización: por un lado, los propietarios agropecuarios (la “oligarquía”) que pretenden mantener la preeminencia de la tierra como fuente de ingresos y se oponen a las actividades industriales; por otro lado, los propietarios industriales cuyos intereses se centran en el crecimiento de las nuevas actividades¹⁶.

Este modelo presenta una serie de variantes las cuales son rechazadas por los autores en tanto mantienen una oposición entre grandes terratenientes y burguesía industrial. En el caso argentino, el proyecto industrializador (aún con las limitaciones que éste presentaba) no era el proyecto hegemónico indiscutido de la clase dominante, enfrentado sólo por proyectos de mayor alcance de los sectores dominados, sino que en la propia clase dominante había oposición y choque; así el proceso es caracterizado por Murmis y Portantiero no como fusión de intereses sino como alianza entre fracciones de clase¹⁷.

De esta manera, se destacó en el trabajo que la oposición más fuerte a la industrialización vino de parte de un sector subordinado de los terratenientes cuya expresión política se canalizaba en la Unión Cívica Radical. La idea central entonces era que en el caso argentino no hubo un rechazo absoluto por parte de los terratenientes a la industria, lo cual no se traduciría necesariamente en posiciones políticas más progresistas.

¹⁶ MURMIS Miguel y PORTANTIERO Juan Carlos, “Estudios sobre los orígenes del peronismo. Tomo I”, pág.4.

¹⁷ Ibídem pág.7

La crisis de 1929 había llevado a una necesaria reestructuración de la producción a nivel mundial. En general, nos dicen los autores, hubo un crecimiento industrial desde 1930 en América Latina que coincidió con el incremento del intervencionismo estatal. Tal coincidencia se ligaba a un ascenso de las clases medias que comenzaban a participar en la estructura de poder. Sin embargo, la especificidad de la Argentina residía en que por aquellos años el control del Estado se hallaba en manos de los conservadores, y es a ellos a quienes deben atribuirse las medidas que favorecieron el crecimiento industrial¹⁸. No obstante, las fuerzas conservadoras no variaron por ello su contenido de clase.

Una de las hipótesis centrales del trabajo sostiene: “no hubo en el período contradicción entre una orientación pro crecimiento industrial expresada en el Estado, y los intereses de la fracción más poderosa de los terratenientes, aunque si los hubo con los de un grupo subordinado de propietarios rurales”¹⁹.

En resumen, la crisis mundial promovió una modificación en la economía argentina, la cual obligó a su élite a apartarse del modelo agroexportador implementando una serie de medidas que hicieron posible la industria en el país. Sin embargo, debe ponerse énfasis en lo limitado de este proyecto que no propuso un cambio estructural en la producción sino que más bien se orientó a expandir la industria preexistente, ligada a bienes de consumo no durable y sin la más mínima intención de llevar adelante una industria de base.

Este hecho tiene una importancia fundamental a la hora de comprender como se transformarán y reagruparán diez años después los grupos sociales dando lugar a una compleja trama, que permitirá el surgimiento de un movimiento como el peronista. Queda claro entonces, que el proyecto industrializador controlado por los conservadores sólo se proponía sustituir aquellos productos que anteriormente se importaban. Por lo demás, el crecimiento industrial con estas características no perjudicaba necesariamente a los sectores agropecuarios si se tiene en cuenta que el modelo anterior ya no funcionaba ajustadamente.

En 1933, con la firma del Pacto Roca-Runciman²⁰, terminaron de delinarse, según los autores, las orientaciones de las fracciones de clase. Así, se consolidó la alianza entre

¹⁸ *Ibídem* pág.9

¹⁹ *Ibídem* pág.11

²⁰ El Pacto Roca-Runciman, firmado entre Argentina y Gran Bretaña en 1933, garantizaba que no habría restricciones a la importación de carne vacuna enfriada procedente de Argentina. Esta concesión por parte de Inglaterra favorecía al sector más privilegiado de los hacendados (productores de “chilled”). En contrapartida la Argentina se comprometía, entre otras cosas, a no restringir las importaciones inglesas.

las clases propietarias y se radicalizó la oposición a la industria por parte de los criadores, sector subordinado del agro, el cual se veía seriamente perjudicado por el mencionado pacto. Al respecto explican Murmis y Portantiero: “los grupos agrarios más privilegiados, una vez resuelta su integración en el mercado mundial –y esto es lo que conseguirán a través del pacto Roca-Runciman- se ven favorecidos por el proceso de sustitución de importaciones”²¹, ya sea por su participación en algún sector de la industria o por la reactivación de la economía a través del mercado interno.

Hasta la década del '40, plantean los autores, no hubo fragmentaciones importantes en el seno de los industriales. Por el contrario, el sector agrario profundizó su división entre los hacendados “criadores” y los hacendados “invernadores”. Los primeros mantendrán la máxima oposición a la industria y la defensa absoluta del modelo de “crecimiento hacia afuera”.

Interesa destacar, respecto a este período, la tendencia del Estado hacia la autonomía (que asume formas intervencionistas) en tanto ya no tenía como función principal traducir en decisiones políticas los intereses de una clase dominante sino más bien los intereses de una alianza de clases, estructurada alrededor de la acumulación de capital industrial. Esta relación de fuerzas comenzó a modificarse hacia 1940 al producirse una diferenciación dentro del sector industrial, por la movilización de las clases populares y por el fortalecimiento del Estado a través de su área más tendiente a la autonomización: el ejército²².

Luego de esta breve descripción de las conceptualizaciones de Murmis y Portantiero, cabe preguntarse acerca de la situación de las clases dominadas y de su relación con los demás grupos en aquellos años. La significación de la clase obrera para el movimiento peronista es por demás conocida. No obstante, es de vital importancia referirse a los aportes que al respecto han elaborado los mencionados autores.

Es interesante ver que el planteo de Murmis y Portantiero se da en franca discusión con el modelo propuesto, entre otros, por Gino Germani para la explicación del componente obrero en los movimientos nacional-populares. Como se vio en páginas anteriores, el modelo clásico consideraba el apoyo obrero al populismo como una

²¹ MURMIS y PORTANTIERO, op.cit pág.22

²² Ibídem pág.45

desviación en las orientaciones típicas del proletariado que apoyaría, por definición, a movimientos inspirados en intereses de clase. De esta manera, para explicar la situación de los países dependientes y periféricos cuyos obreros se sumaban a movimientos “fascistas” se introdujo un corte en la clase obrera de acuerdo al momento en que los trabajadores eran incorporados a la producción industrial.

De dicho corte surgió entonces la clasificación entre obreros “viejos” y obreros “nuevos”, fundamental en la teoría germaniana, ya que el componente trabajador del peronismo se explicaba por este sector “nuevo” que por no tener tradición sindical, provenir del campo y no estar habituado a la vida urbana se transformó en masa disponible para la manipulación. Explican los autores respecto al modelo clásico: “uno de los puntos centrales para la distinción entre “viejos” y “nuevos” es la dicotomía entre tendencias a la acción autónoma y tendencias a la acción heterónoma que caracterizarían sus respectivos comportamientos”²³.

Los nuevos obreros se caracterizaban por la falta de un marco normativo estable; además su falta de autonomía se relacionaba a su necesidad de participación efectiva en un orden social y a la urgencia de resolver necesidades inmediatas. Son estos dos factores los que los alejaban de la tradición de autonomía del proletariado tradicional y los llevaban a sumarse al populismo²⁴.

Según Murmis y Portantiero, la literatura corriente ubicaba un momento inicial, previo al populismo, cuya asincronía entre movilización e intervencionismo social habría puesto en disponibilidad a las masas. Sin embargo, para los autores la presencia de un período previo de asincronía entre desarrollo económico y participación es lo que determinó los rasgos específicos que asumió, posteriormente, el peronismo. Para el caso argentino es preciso señalar que existió un período de explotación absoluta en el cual se enfatizaba la pobreza y la carencia de organización²⁵.

A través de esta proposición los autores se apartaron de aquellas conceptualizaciones que dejaban de lado el papel de los “viejos” obreros en la conformación del movimiento nacional- popular. De esta manera lo que se propusieron fue analizar la situación obrera previa teniendo como ejes: que en el surgimiento del peronismo

²³ Ibídem pág. 62

²⁴ Ibídem pág.66

²⁵ Ibídem pág.71

los obreros y organizaciones “viejas” tuvieron fuerte participación; que era difícil aceptar una participación pasiva o heterónoma en la constitución del peronismo; que la participación conjunta de “viejos” y “nuevos” implicaba un proyecto social de cierto alcance que se constituía de reivindicaciones obreras previas, del mismo modo que la posible participación obrera en una alianza policlasista era una tendencia previa al peronismo²⁶.

A lo mencionado se agrega: “[...] previo al populismo se desarrolló en la Argentina un proceso de crecimiento capitalista sin intervencionismo social y esta situación determinó la configuración de un monto crecido de reivindicaciones típicamente obreras que abarcaban al conjunto de la clase trabajadora [...] demandas que entre 1944-1946, por acción de definidas políticas estatales, [...] encuentran solución, lo que se traduce en una inversión de las tendencias de distribución del ingreso nacional. Sobre esta base la mayoría de los sindicatos –viejos y nuevos- articulan una política de alianzas con un sector del aparato del Estado”²⁷. Asimismo, cabe señalar, además de las obvias diferencias con el planteo clásico acerca del populismo, que para los autores esta relación del proletariado con el Estado no significó una renuncia a sus pretensiones históricas de autonomía e independencia frente a otros sectores sociales, lo cual se confirma con la creación del Partido Laborista.

No obstante, pueden tomarse algunos recaudos frente a esta afirmación, sobre todo si se tiene en cuenta que aunque obviamente los trabajadores no se plantearon la alianza como una abdicación en sus intereses de clase, la fuerte relación que los sindicatos establecieron desde al año 1945 en adelante con el Estado hace pensar en cierta pérdida de autonomía aunque la misma no sea total.

Con respecto a las mencionadas tendencias previas en el movimiento obrero, es decir, a la posibilidad de una alianza policlasista, se sustentaba a partir de la búsqueda de participación por parte del sector trabajador, situación que no pudo más que cruzarse con el reagrupamiento de fuerzas en los sectores propietarios hacia 1940. El carácter dependiente de la Argentina sumado a un proceso rápido de industrialización en manos de un sector ligado a la renta de la tierra, trajo aparejado el desarrollo de fuerzas internas no obreras

²⁶ Ibídem pág.73

²⁷ Ibídem pág.76

excluidas por el sistema de dominación lo cual abrió fácilmente el camino a la alianza de clases.

Es sustancial en el análisis exponer la especificidad del peronismo frente a otros populismos tomados típicamente como ejemplo como es el caso del varguismo. En este punto el foco del análisis se centró en el proceso de industrialización durante la década del '30 y en la particular relación entre las fracciones de clase. Pero lo específico se encuentra verdaderamente en que al momento de ascenso al poder del peronismo, lo esencial del proceso de sustitución de importaciones ya estaba realizado²⁸. A esto debe sumarse que la participación obrera en el peronismo se dio a través de las organizaciones sindicales; dicha participación tenía un peso propio en relación a otras formas posibles como no lo alcanzó en ninguna otra experiencia populista contemporánea en América Latina²⁹.

La hipótesis central, entonces, fue que la participación obrera era condición necesaria para llevar a cabo el proyecto hegemónico de un sector de las clases propietarias –principalmente los industriales menos poderosos- y de la burocracia militar y política que tendía a representarlos en un doble plano: por un lado, en el de los obreros considerados como consumidores para la industria que dependía del mercado interno; por otro, por las propias necesidades de legitimación política de la élite ligada al movimiento militar de 1943. Lo significativo para los autores era: “que la satisfacción de las reivindicaciones obreras acumuladas en la primera fase del crecimiento sustitutivo coincidía con el proceso de desarrollo económico de un sector propietario. Esta situación es la que hace viable una alianza interclases como la expresada en el peronismo”³⁰.

Sin duda que el análisis de Murmis y Portantiero reviste una gran significación en la comprensión del peronismo. El carácter profundamente histórico del estudio contribuye a una visión más acabada de las condiciones que hicieron posible el fenómeno populista. No obstante, queda algo desdibujado el papel del ejército en este proceso y las características del mismo como representante de la fracción subordinada de los industriales y de los obreros.

En el tomo II de “Estudios sobre los orígenes del peronismo” se tomó, en el artículo de Panaia y Lesser, al ejército como sujeto a analizar en la conformación de alianzas antes

²⁸ Ibídem pág.113

²⁹ Ibídem pág.120

³⁰ Ibídem pág.116

y durante el peronismo. Dicho estudio intenta abordar, principalmente, la posición estructural del ejército.

En referencia a esta problemática los autores sugieren que no puede considerarse al ejército como una clase social por no poder definirse su posición por el lugar ocupado en el proceso de producción, aunque sí debe tenerse en cuenta que es parte de las estructuras sociales y por ello está ligado indirectamente al proceso productivo. Dicen los autores al respecto: “La dinámica de la relación del ejército con el contexto social estará fundamentalmente informada por las condiciones de producción y reproducción que genera el sistema social de que se trate”³¹.

A partir de esto los autores consideran pertinente tomar al ejército como una *categoría social* tratando de reconocer sus características a través de la relación que éste mantiene con las clases en el poder. Partiendo de esta conceptualización puede entonces inferirse que el ejército es susceptible de convertirse en una *fuerza social* que puede tener peso político asumiendo una posición respecto a los actores políticos.

Se destaca en este estudio que el ejército puede adquirir un comportamiento relativamente autónomo en los países dependientes. Esto puede explicarse mediante la relación que el ejército mantiene con el Estado en tanto aparato de este último. Así, Panaia y Lesser pueden decir que en el modelo capitalista clásico no hay discontinuidad entre niveles de la política y niveles de la ideología lo que afirma que el ejército responde directamente a los intereses de la clase dominante. Por el contrario, dada la “inestabilidad política”, que flexibiliza las reglas de la política, en los países dependientes se puede observar una relativa autonomía del ejército que le permite actuar políticamente con matices diferentes y hasta a veces opuestos a los de la clase dominante, sin por ello estar en desacuerdo a nivel ideológico. Sin embargo, esto no significa que las categorías sociales asuman un grado de conciencia considerable para sí, sólo pueden señalar “fracturas” en la ideología dominante.

Este análisis del ejército, con un fuerte tono althusseriano, no logra responder claramente al interrogante acerca del lugar estructural del ejército y por ende tampoco puede aproximarse al papel de éste en el peronismo. Si bien se acepta sin discusión que el

³¹ LESSER Ricardo y PANAIÁ Marta, “Las estrategias militares frente al proceso de industrialización (1943-1947)” en “Estudios sobre los orígenes del peronismo Tomo II”, pág.87

ejército no puede ser considerado una clase social no resulta muy fructífero para el análisis el concepto de aparato de estado en tanto no permite visualizar la complejidad de relaciones que existen entre las clases, entre las fracciones de clase e incluso entre fracciones dentro del mismo ejército. Es decir, hacer una distinción entre el “nivel de lo político” y el “nivel de lo ideológico” en donde la ideología aparece como *la* ideología, que está presente más allá de que las prácticas políticas sean disímiles no da cuenta de la especificidad de los procesos y no explica en este caso cómo es posible que una fracción del ejército se plantee objetivos que exceden lo corporativo, todavía más que plantean un modelo de sociedad.

No obstante, cabe rescatar que el trabajo da cuenta de las estrategias militares frente a la industrialización mostrando propuestas de sectores militares en este contexto. La situación internacional hacía que el ejército requiriera una tecnologización que la industria argentina no podía afrontar tal y como estaba, por lo que el ejército frente a sus necesidades y visualizando la debilidad del sector industrial asumió esta tarea³².

Sin embargo, aunque se acepte esta interpretación no está clara la unión entre el marco conceptual y el estudio histórico de la temática. Si bien se entiende que la propuesta del ejército no está rompiendo con el modelo capitalista tampoco puede comprenderse como mero matiz político dentro de la ideología dominante ya que se corre el riesgo de adoptar una explicación lineal de lo social aplicando modelos mecánicamente. Queda entonces pendiente un estudio más profundo acerca del papel fundamental del ejército en esta coyuntura y su significación dentro de la conformación del movimiento peronista.

1.3 Ernesto Laclau: el populismo como lógica social

“Política e ideología en la teoría marxista”, publicado a fines de los años ‘70, es el primer trabajo de Ernesto Laclau en su intento de formular una teoría acerca del populismo. Siendo este su objetivo puso en discusión las teorizaciones más importantes que hasta el momento se habían formulado.

Una de las preocupaciones centrales de Laclau es el carácter equívoco que el término populismo ha tenido en las ciencias sociales: “Pocos conceptos han sido más ampliamente usados en el análisis político contemporáneo y, sin embargo, pocos han sido

³² *Ibidem* pág. 155

definidos con menor precisión. Sabemos intuitivamente a que nos referimos cuando calificamos de populista a un movimiento o a una ideología, pero encontramos las mayores dificultades en traducir dicha intuición en conceptos”³³. Esto ha conducido a una definición ad hoc por parte de cada autor que ha abordado el populismo lo cual ha obstaculizado una mejor comprensión del fenómeno.

El autor distinguió cuatro enfoques básicos en la interpretación del populismo, tres de los cuales lo consideran un movimiento y una ideología a la vez mientras que uno lo reduce a un fenómeno ideológico³⁴.

Se destaca un primer enfoque que considera al populismo como expresión típica de una clase social, la cual caracteriza tanto al movimiento como a su ideología. Según el caso concreto se adjudica el populismo a una clase social diferente. Laclau criticó esta perspectiva ya que si se quiere ver al populismo como un rasgo común la especificidad del mismo debe buscarse afuera y no en las bases sociales de los movimientos.

El segundo enfoque es el que Laclau denominó “nihilismo populista”, según el cual populismo es un concepto vacío de contenido y por tanto debe eliminarse del vocabulario de las ciencias sociales y ser reemplazado por un análisis directo de los movimientos calificados antes como populistas en función de su naturaleza de clase. Laclau estimó que aunque el análisis de los fundamentos de clase de un movimiento es fundamental, esto no es lo único a analizar ya que existe un “algo en común” presente en movimientos divergentes.

En tercer lugar se encuentra un enfoque que considera al populismo no como un movimiento sino como una ideología cuyos rasgos generales serían su carácter anti statu quo, la desconfianza en políticos tradicionales, la apelación al pueblo y no a las clases, entre otros. Así, esta ideología sería tomada por movimientos con bases distintas de acuerdo a procesos históricos que no son generalizables. No obstante, esta perspectiva presentaba para Laclau dos problemas: por un lado, no se sabe qué constituye la unidad de las características de la ideología y, por otro lado, no se sabe qué papel juega el elemento estrictamente populista.

³³ LACLAU Ernesto, “Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo” pág.165.

³⁴ Ibídem pág.166

El cuarto enfoque está ligado a la concepción funcionalista que considera al populismo como resultado aberrante de la asincronía en los procesos de transición de las sociedades tradicionales a las sociedades industriales³⁵. Esta perspectiva es la que mayor análisis mereció para Laclau, por ser la más rigurosa es sus teorizaciones. No obstante, el autor consideraba que estos desarrollos teóricos, cuyos representantes más distinguidos son Gino Germani y Torcuato Di Tella, eran susceptibles de algunas críticas. La primera de ellas fue la adjudicación del populismo a una etapa transicional de desarrollo, supuesto que no tiene en cuenta que también se han dado populismos en países “desarrollados”. Además, en los análisis funcionalistas el populismo nunca es definido en sí mismo sino que se define en contraposición a un paradigma. Sumado a esto la definición de las sociedades tradicionales y las industriales por adición de rasgos y como dos polos, hace que se pierda de vista la definición del populismo en su especificidad.

Estos enfoques llevarían, según Laclau, a un aparente círculo vicioso, según el cual la especificidad del “populismo” es hallada si se deja de lado la naturaleza de clase de los movimientos, por un lado, pero debe hacerse referencia a las contradicciones de clase como momento estructural fundamental para así encontrar el principio de unidad de las características ideológico-políticas aisladas, por otro³⁶.

No obstante, para Laclau esta confusión procedía de la no diferenciación entre el problema general de la determinación de clase de las superestructuras político-ideológicas y las formas de existencia de las clases al nivel de dichas superestructuras. Plantea al respecto el autor: “afirmar la determinación de clase de las superestructuras no significa establecer la forma en que dicha determinación se ejerce”³⁷.

La identificación de ambos niveles tiene su raíz en lo que Laclau llamó *reduccionismo de clase* lo cual consiste en pensar que si todo elemento ideológico y político tiene una necesaria pertenencia de clase, la clase también se expresa necesariamente a través de él, así las formas de existencia política e ideológica de una clase se reducirían, en tanto momentos necesarios, como explicitación de su esencia.

Al respecto cabe observar que Laclau asume que todos los desarrollos teóricos del marxismo son parte de esta interpretación mecanicista de la relación entre las clases

³⁵ Ibídem pág. 168-170

³⁶ Ibídem pág.184

³⁷ Ibídem

sociales y las superestructuras político-ideológicas. Si bien la crítica es válida para cierto marxismo ortodoxo, ligado a la II y III Internacional, deja de lado el esfuerzo de numerosos autores por realizar análisis de clase que no caigan en el economicismo vulgar. Esto debe tenerse en cuenta, en tanto la “lucha” contra el reduccionismo es uno de los ejes principales de la obra de Laclau.

Volviendo entonces al análisis del autor, éste se propuso abandonar el reduccionismo recurriendo a la definición de las clases sociales como los polos de relaciones de producción antagónicas que, como tales, no tienen ninguna forma de existencia *necesaria* en los niveles ideológico y político. No obstante, se debía afirmar la determinación en última instancia de los sucesos históricos por los procesos de producción³⁸.

Esta definición de las clases implicaba una serie de importantes consecuencias a tener en cuenta para la comprensión del análisis de Laclau:

1) Ya no es posible pensar en la existencia de las clases, a los niveles ideológico y político, bajo la forma de la reducción. Sin embargo, como las relaciones de producción continúan siendo determinantes en última instancia, las clases están presentes en las superestructuras. Pero la práctica política y los contenidos ideológicos ya no son las formas necesarias de existencia de las clases en estos niveles. Por ello, sólo puede concebirse su presencia afirmando que el carácter de clase de una ideología está dado por su forma y no por su contenido. La forma de una ideología consiste en su principio articulador. El carácter de clase de un discurso ideológico está dado por un principio articulador específico.

2) La articulación requiere entonces de la existencia de contenidos –interpelaciones y contradicciones- no clasistas, que constituyen la materia prima sobre la que opera la práctica ideológica de clase. Esta práctica ideológica está determinada no sólo por una visión del mundo coherente con la inserción de una clase en el proceso productivo, sino también por las relaciones de éstas con las otras clases y por el nivel concreto de la lucha de clases.

3) Si las clases se definen como los polos antagónicos de un modo de producción y si la relación entre el nivel de la producción y las superestructuras políticas e ideológicas debe ser concebida bajo la forma de la articulación y no de la reducción, las clases y los

³⁸ *Ibidem* pág.185

grupos empíricamente observables no coinciden necesariamente. Los individuos son los soportes y puntos de entrecruzamiento de una acumulación de contradicciones, no todas las cuales son de clase³⁹.

A partir de estas afirmaciones Laclau abordó el análisis del populismo teniendo en cuenta que era posible afirmar el carácter de clase de un movimiento o una ideología y simultáneamente afirmar el carácter no clasista de algunas de las interpelaciones que constituyen a la última. Ahora bien, el autor comenzó entonces a preguntarse cuál era el núcleo común de sentido del término “populista” teniendo en cuenta su ambigüedad evidente. Recurriendo a Aristóteles definió a la ambigüedad del populismo como analógica, ya que pese a la gran diversidad de usos del término, había en todos ellos la referencia común a un fundamento analógico que es el *pueblo*⁴⁰.

Pueblo, explicaba Laclau, es un concepto que no posee status teórico definido. Esto muestra el carácter elusivo del populismo ya que todos los usos del término refieren a un fundamento analógico que a su vez carece de precisión conceptual. Respecto a la recurrencia del término populismo el autor apuntaba: se debe a que “pueblo” no es un concepto retórico meramente, sino una determinación objetiva, ya que constituye uno de los polos de la contradicción dominante a nivel de una formación social concreta. Por ello, debe especificarse que la contradicción pueblo/bloque de poder se da a nivel de las relaciones político-ideológicas de dominación en una formación social determinada. Además, esta contradicción a nivel de formación social concreta es el campo específico de la lucha popular-democrática. No obstante, como la lucha de clases (es decir, la contradicción dominante a nivel de modo de producción) tiene prioridad sobre la lucha popular-democrática, esta última sólo se da articulada a proyectos de clase. Sin embargo, como la lucha ideológica se da en un terreno de interpelaciones y contradicciones que no son de clase, la lucha sólo puede consistir en proyectos articuladores antagónicos de estas mismas interpelaciones y contradicciones no clasistas⁴¹. La doble referencia al pueblo y a las clases fue denominada por Laclau como la *doble articulación del discurso político*.

³⁹ Ibídem pág.186-190

⁴⁰ Aristóteles distinguía tres tipos de términos: los unívocos que admiten un sentido; los equívocos que admiten dos sentidos pero sin relación entre sí más allá de la unidad verbal del nombre; los analógicos que tienen sentidos muy diversos pero en todos los cuales podemos encontrar la referencia a un elemento común que constituye el fundamento analógico de todos los posibles usos del término. Ibídem pág.192

⁴¹ Ibídem pág.193

A partir de este análisis Laclau pudo entonces definir la especificidad del populismo. Considerando que numerosos discursos políticos cuentan con la presencia de las interpelaciones popular-democráticas, el autor concluyó que lo que transforma a un discurso ideológico en populista es una forma particular de articulación de éstas interpelaciones. La tesis que sostuvo entonces es que el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto de la ideología dominante⁴². Puede decirse que el populismo representa una opción al bloque de poder sin por ello ser necesariamente revolucionario. Por ello, puede distinguirse entonces un populismo de las clases dominantes y un populismo de las clases dominadas⁴³.

Para el autor las clases no pueden afirmar su hegemonía sin articular al pueblo en su discurso, y la forma específica de esta articulación, en el caso de una clase que para afirmar su hegemonía debe enfrentarse al bloque de poder en conjunto, será el populismo.

Pueden hacerse algunas observaciones respecto a este trabajo de Ernesto Laclau. En primer lugar, queda desdibujado el lugar que le otorga a la lucha de clases en su análisis, cayendo en una especie de reduccionismo político-ideológico que pierde de vista el carácter material de los procesos. Esto no significa que lo aportes de Laclau acerca del papel de las ideologías y la construcción de los discursos políticos sean insignificantes, sólo que dejan de lado otros aspectos igualmente importantes por lo que incurre en el mismo error que critica a otros autores.

En segundo lugar, al distinguir la contradicción pueblo/bloque de poder a nivel de formación social concreta y dentro del campo de la lucha político-ideológica se está realizando una separación en el sujeto entre “hombre productor” y “hombre político” en la misma forma que lo realiza el capitalismo⁴⁴.

En tercer lugar, resulta cuestionable la aseveración de que el populismo-socialista lejos de representar la forma más atrasada de la ideología obrera constituye la más avanzada, ya que es el momento en que la clase obrera ha logrado condensar en su ideología el conjunto de la ideología democrática en una formación social determinada. Tal

⁴² Ibídem pág. 201

⁴³ En este sentido, la lucha de la clase obrera por su hegemonía consiste en lograr la máxima fusión entre la ideología popular-democrática y la ideología socialista. Ibídem pág. 203

⁴⁴ Sobre esta crítica véase SALA DE TOURON Lucía, “Algunas reflexiones sobre el populismo en América Latina” en ALTMAN Werner et col., “El populismo en América Latina”, pág. 25-26

afirmación es posible porque Laclau no explicita qué está entendiendo por socialismo ni qué significa realmente populismo-socialista. Si bien es válida su reivindicación del populismo, en el sentido de quitarle al término el carácter peyorativo del que goza y sacarlo del lugar de deformación política en el que ha sido ubicado, no puede afirmarse por ello que el populismo constituye la forma política superior de la clase obrera ya que tal forma no logra superar las contradicciones básicas de la sociedad capitalista. No obstante, es justo decir que las afirmaciones de Laclau se justifican en un entramado teórico que se conforma en ruptura con gran parte de la tradición marxista y que se plantea un nuevo horizonte interpretativo. Claro que una discusión de dicho desarrollo teórico excede los objetivos de este trabajo.

Finalmente, cabe agregar una observación de Emilio de Ipola respecto a este trabajo de Laclau. La misma plantea que si bien las contribuciones del autor respecto a la importancia del elemento ideológico en el populismo son válidas, pasan por alto un punto relevante y común a los populismos: la presencia de una élite y/o un líder carismático que conducen verticalmente al movimiento y cuyo poder, como puede verse en el caso del peronismo por ejemplo, excede cualquier doctrina o concepción ideológica preestablecidas⁴⁵. De todas maneras, aunque esta apreciación se considera válida también debe decirse que los posteriores desarrollos de Laclau sobre el populismo tomaron en cuenta este factor y fue desarrollado de una manera más acabada que en los escritos de los años '70.

El mencionado planteo de Laclau de finales de los 70 se sustentaba en la línea althusseriana del marxismo y en menor medida en Gramsci. Sin embargo, el autor modificó sustancialmente la base de sus reflexiones lo cual se vio reflejado en su libro "Hegemonía y estrategia socialista". Este hecho no puede dejar de mencionarse ya que es fundamental para comprender los cambios en el análisis del populismo que pueden observarse en su obra más reciente sobre el tema, "La razón populista". Así, abandonó a Althusser por considerar su planteo esencialista respecto de las estructuras y las relaciones sociales lo cual se volvía incompatible con la negatividad de lo social que asumieron Laclau y también Chantal Mouffe, lo cual los inclinó al posestructuralismo: "El posestructuralismo es el terreno en el que hemos encontrado la principal fuente de nuestra reflexión teórica y, dentro del campo

⁴⁵ DE IPOLA Emilio, "Investigaciones políticas", pág. 59

posestructuralista, la deconstrucción y la teoría lacaniana han tenido una importancia decisiva en la formulación de nuestro enfoque de la hegemonía”⁴⁶.

Dicho esto, se puede abordar entonces el análisis del populismo que Laclau desarrolló en “La razón populista”. Lo primero que puede decirse es que en continuidad con trabajos anteriores el autor mantiene su interés por quitarle al populismo el lugar marginal en el que la teoría política lo ha colocado, al mismo tiempo en que emprende con mayor profundidad el intento de llevar adelante una teoría del populismo.

Al respecto señalaba el autor que el impasse que la teoría política presenta frente al populismo no es casual y encuentra su base en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político⁴⁷. Entonces, para Laclau, su trabajo se orienta no a encontrar el verdadero referente del populismo sino a mostrar que éste no tiene unidad referencial y que es en realidad una lógica social que atraviesa diversos fenómenos, que puede estar presente en movimientos de distinto signo político y que se inscribe en el funcionamiento de todo espacio comunitario. Por ello no se entiende al populismo en términos de lo que carece; una aproximación al mismo en términos de desviación o anormalidad no coincide con el planteo del autor.

Su punto de partida fue entonces comprender que la desestimación del populismo tiene sus orígenes en la psicología de masas y se liga a un prejuicio hacia el “pueblo” y la “multitud”, éste ha llevado al repudio de los mismos en nombre de lo institucional o de las formas políticas dignificadas.

Al adentrarse en el desarrollo del libro se vislumbran los conceptos fundamentales del autor: primero el discurso, como el terreno primario de constitución de la objetividad como tal, entendiendo por éste no solo el habla y la escritura sino un complejo de elementos en el cual las relaciones tienen un rol constitutivo; segundo los significantes vacíos y la hegemonía. La operación por la que una particularidad, una diferencia, asume una significación universal inconmensurable con ella misma es lo que se denomina hegemonía y dado que esta universalidad encarnada es imposible la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío por lo tanto la totalidad es una totalidad fallida; por último la retórica. Plantea Laclau, que en la retórica clásica un término

⁴⁶ LACLAU Ernesto y MOUFFE Chantal, “Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia”, pág.11

⁴⁷ LACLAU Ernesto, “La razón populista”, pág.16

figurativo que no puede ser reemplazado por uno literal se denominó catacrisis, así puede entenderse que si el significante vacío proviene de la necesidad de nombrar un objeto que es a la vez imposible y necesario la operación hegemónica será necesariamente catacrética⁴⁸.

A este conjunto de conceptos fundamentales debe agregarse el de demanda. Al comienzo del libro el autor aclaró que el interrogante central es acerca de la lógica de formación de las identidades colectivas, por ello su unidad de análisis no es el grupo sino unidades menores a las que denominó demandas cuya articulación constituye la unidad del grupo. Laclau concibe al populismo como una de las formas de constituir la propia unidad del grupo. Pero como hay otras formas de articulación posibles si se quiere ver cuál es la especificidad de la articulación populista se deben identificar unidades más pequeñas que el grupo. A partir de aquí el autor introdujo una distinción fundamental denominando, por un lado, demanda democrática a aquella que satisfecha o no permanece aislada; y demandas populares a la pluralidad de demandas que, a través de su articulación equivalencial, constituyen una subjetividad social más amplia: comienzan así, incipientemente, a constituir al “pueblo” como actor histórico potencial⁴⁹.

Laclau formuló entonces las precondiciones del populismo:

- La unificación de una pluralidad de demandas en una cadena equivalencial que hace posible el surgimiento del “pueblo”.
- La constitución de una frontera interna que divide a la sociedad en dos campos.
- La consolidación de la cadena equivalencial mediante la construcción de una identidad popular que es cualitativamente algo más que la simple suma de los lazos equivalenciales.

Respecto de las demandas democráticas debe agregarse que éstas permanecen aisladas sólo del proceso equivalencial, lo cual implica que es una demanda satisfecha; pero esta satisfacción hace que la demanda se inscriba en una totalidad institucional/diferencial. Por tanto, se distinguen dos formas de construcción de lo social ya sea por afirmación de la particularidad, cuyos únicos lazos con otras particularidades son de naturaleza diferencial, o

⁴⁸ Ibídem pág. 92-96

⁴⁹ Ibídem pág. 98-99

bien mediante una claudicación parcial de la particularidad, destacando lo que todas las particularidades tienen, equivalentemente, en común. La segunda manera de construcción de lo social implica el trazado de una frontera antagónica; la primera no. La primera forma de construcción se denomina lógica de la diferencia y la segunda lógica de la equivalencia⁵⁰.

No obstante, debe tenerse en cuenta que dichas lógicas no están en relación de exclusión, es decir, la equivalencia es posible porque una serie de demandas particulares se frustraron, al mismo tiempo que sin la particularidad de las demandas no hay fundamento para la equivalencia; por ello la diferencia continúa operando dentro de la equivalencia tanto como fundamento como en relación de tensión con ella. El populismo privilegia la lógica de la equivalencia.

Ahora bien, si el populismo requiere del trazado de una frontera que divida a la sociedad en dos campos antagónicos ello implica un espacio fracturado. En la base de tal fractura, explica Laclau, se da la experiencia de una falta. Hay una plenitud de la comunidad que está ausente. La construcción del “pueblo” va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente.

Lo dicho lleva a preguntarse acerca de la estructuración del “pueblo” sobre lo cual Laclau explica que el “pueblo” del populismo está constituido por la cristalización del lazo equivalencial como tal. El lazo está en principio subordinado a las demandas pero luego reacciona sobre ellas y mediante una inversión de relación comienza a comportarse como su fundamento. En otras palabras, se establece entre las demandas individuales un vínculo equivalencial, para esto debe existir un denominador común que encarne la totalidad de la serie, éste debe provenir de la misma serie. Es una demanda individual que por ciertas circunstancias adquiere centralidad, esto es lo que se denomina operación hegemónica⁵¹. Al respecto dice el autor: “existen dos aspectos en la constitución de las identidades populares. [...] En primer lugar, la demanda que cristaliza la identidad popular está internamente dividida: por un lado, es una demanda particular; por el otro, su propia particularidad comienza a significar algo muy diferente de si misma: la cadena total de demandas equivalenciales. Aunque continúa siendo una demanda particular, pasa a ser también el

⁵⁰ Ibídem pág. 103-104

⁵¹ Ibídem pág. 122-124

significante de una universalidad más amplia que ella. [...] Pero esta significación más universal es necesariamente transmitida a los otros eslabones de la cadena, que de esta manera se dividen también entre el particularismo de sus propias demandas y la significación popular dada por su inscripción dentro de la cadena”⁵².

En este punto toma vital importancia para el autor la nominación. Laclau analiza cómo el pueblo se estructura por el acto de nominación, el nombre se torna el fundamento de la cosa⁵³. Plantea Laclau: “la identidad y unidad del objeto son resultado de la propia operación de nominación. Sin embargo, esto sólo es posible si la nominación no está subordinada ni a una descripción ni a una designación precedente. Con el fin de desempeñar este rol, el significante debe volverse no sólo contingente, sino también vacío”⁵⁴. A partir de esto Laclau puede decir entonces que la unidad del conjunto equivalencial, de la voluntad colectiva irreductiblemente nueva en la que cristalizan las equivalencias particulares, depende enteramente de la productividad social del nombre⁵⁵.

Se esboza entonces una definición de populismo que para Laclau contempla los siguientes aspectos. En primer lugar, por “populismo” no se entiende un tipo de movimiento, con alguna base social u orientación ideológica determinada, sino una lógica política. Las lógicas políticas se relacionan con la institución de lo social. Dicha institución surge de las demandas sociales y por ende es inherente a cualquier proceso de cambio social. Éste depende de la variable articulación entre la equivalencia y la diferencia, el momento equivalencial constituye un sujeto global que reúne la pluralidad de demandas sociales. A su vez esto implica el trazado de fronteras internas y el reconocimiento de un “otro” institucionalizado⁵⁶.

En segundo lugar, el momento de unidad de los sujetos populares se da a nivel nominal y no conceptual (los sujetos populares siempre son singularidades). El nombre al no estar conceptualmente fundamentado hace que los límites entre las demandas que abarcará y las que excluirá se vuelva difuso dando lugar a un cuestionamiento permanente. De ahí que el lenguaje del populismo se vuelva impreciso y fluctuante, no por una falla

⁵² Ibídem pág.124

⁵³ Esta afirmación se inscribe en el debate descriptivismo-antidescriptivismo al interior de la filosofía analítica contemporánea. Laclau se posiciona en la línea que sostiene la autonomización del significante, es decir, la separación entre el nombre y la descripción.

⁵⁴ Ibídem pág. 135

⁵⁵ Ibídem pág. 139

⁵⁶ Ibídem pág. 150

cognitiva sino porque intenta operar performativamente en una realidad social que es heterogénea y fluctuante. Por ello, Laclau considera a la vaguedad e imprecisión como un elemento esencial de cualquier operación populista⁵⁷.

Finalmente, la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia aunque antagónicas se requieren mutuamente. Una cadena equivalencial puede debilitar el particularismo de las demandas pero no puede eliminarlo totalmente. Es porque existen demandas particulares insatisfechas que puede establecerse una cadena equivalencial⁵⁸.

Es importante destacar que Laclau afirma que no existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista. No obstante, esto no significa que todos los proyectos políticos sean igualmente populistas, esto depende de la extensión de la cadena equivalencial. Puede notarse que en textos anteriores Laclau presentaba al populismo como una de las posibles formas de la política, mientras que en sus trabajos más actuales política y populismo son prácticamente sinónimos. Si bien está bien claro en el planteo del autor que la especificidad de populismo no se vincula a un grupo social determinado ni a un contenido ideológico específico, resulta difícil ver de qué manera el marco general de la “Razón Populista” puede aplicarse a casos concretos sin que esto conduzca a la aplicación de un modelo que no permita visualizar diferencias importantes entre regímenes políticos que sin duda las tienen.

Por último, es de vital importancia para el presente trabajo abordar los aportes que Ernesto Laclau presenta acerca de la relación entre populismo, representación y democracia. El autor se propuso analizar la representación desde dos caras. Por un lado, entiende que la función del representante no es simplemente transmitir la voluntad de aquellos a los que representa sino también dar credibilidad a esa voluntad en un contexto diferente. Dicha voluntad siempre lo es de un grupo sectorial y es tarea del representante mostrar que es compatible con la comunidad como un todo. “Está en la naturaleza de la representación el hecho de que el representante no sea un mero agente pasivo, sino que deba añadir algo al interés que representa. Este agregado, a su vez, se refleja en la identidad de los representados, que se modifica como resultado del proceso mismo de representación”⁵⁹. De esta manera se observa la representación como un doble proceso: del

⁵⁷ Ibídem pág. 151

⁵⁸ Ibídem pág. 153

⁵⁹ Ibídem pág. 200

representado al representante, por un lado, y del representante al representado, por otro. El representado depende del representante para la constitución de su propia identidad.

Así, Laclau señala que sería imposible la construcción del pueblo sin el funcionamiento de los mecanismos de representación mencionados. La identificación con un significante vacío es imprescindible para la emergencia de un pueblo, pero el significante vacío puede operar como punto de identificación sólo porque representa una cadena equivalencial. El doble movimiento de la representación está presente en la emergencia del pueblo. Por una parte, la representación de la cadena equivalencial por el significante vacío no es una representación puramente pasiva. Por otra parte, si el significante vacío opera como punto de identificación de todos los eslabones de la cadena, debe efectivamente representarlos, no puede autonomizarse completamente⁶⁰.

Otro punto fuerte del análisis de Laclau respecto a la democracia es aquél que considera a la relación entre democracia y liberalismo como contingente. Retomando los trabajos de Chantal Mouffe sobre el tema el autor afirma que no hay una relación necesaria entre dos tradiciones diferentes sino una articulación histórica contingente. De esto se deduce que otras articulaciones son también posibles por lo que existen formas de democracia fuera del marco liberal. Además como la emergencia del pueblo ya no es más el efecto directo de algún marco determinado, la cuestión de la constitución de una subjetividad popular se convierte en una parte integral de la cuestión de la democracia⁶¹.

La pregunta que surge es cómo concibe Mouffe esta articulación contingente. Su concepción se liga a la crítica de la denominada “democracia deliberativa” que intenta anular esta articulación contingente y presentarla como necesaria. En contra de esta concepción la autora presenta un modelo “agonístico” de la democracia⁶². También plantea la creencia como un “modo de vida” y la necesidad de renunciar al sueño de un “consenso racional”⁶³.

⁶⁰ *Ibidem* pág. 204-205

⁶¹ *Ibidem* pág. 211

⁶² Con modelo “agonístico” de democracia Chantal Mouffe se refiere a un modelo que sea capaz de aprehender la naturaleza de lo político, es decir, que coloque al poder y al antagonismo como constitutivo de las relaciones sociales. Desde el punto de vista del “pluralismo agonístico” el objetivo de la política democrática es constituir un “ellos” de tal forma que deje de ser concebido como un enemigo a eliminar y pase a ser un adversario que posee ideas que se combaten pero cuyo derecho a defenderlas no es puesto en duda. MOUFFE Chantal, “La paradoja democrática”, pág. 112-115

⁶³ LACLAU Ernesto, *op. cit* pág. 212

De esta manera, afirma Laclau, se llega al punto en que la identidad democrática es casi indiferenciable de la identidad popular. Pueden observarse los elementos: el fracaso de un orden puramente conceptual para explicar la identidad de los agentes sociales; la necesidad de articular una pluralidad de demandas a través de la nominación; y el rol importante del afecto en la cementación de la articulación. Como consecuencia de ello la construcción de un pueblo es la condición sine qua non del funcionamiento democrático. Para el autor, la democracia sólo puede fundarse en la existencia de un sujeto democrático, cuya emergencia depende de la articulación vertical entre demandas equivalenciales. Un conjunto de demandas equivalentes cuya articulación está dada por un significante vacío es lo que constituye un “pueblo”. Por ende, la posibilidad misma de la democracia depende de la constitución de un pueblo democrático⁶⁴.

1.4 Los usos del término: contribuciones de Carlos de la Torre sobre el populismo en América Latina

Los trabajos de Carlos de la Torre son muy reconocidos en lo que a la temática del populismo refiere. Este autor también se enmarca en el intento de explicar el apelativo de los líderes a sus seguidores sin que esto signifique una reducción a la manipulación o a la anomia, o a una racionalidad utilitarista que supuestamente explica todo⁶⁵.

Según el autor, en el contexto latinoamericano el término populista ha sido utilizado para designar diversos fenómenos entre los que se pueden mencionar: a) formas de movilización sociopolítica en las que “masas atrasadas” son manipuladas por líderes “demagógicos” y “carismáticos”; b) movimientos sociales multclasistas con liderazgo de la clase media o alta y con base popular obrera y/o campesina; c) una fase histórica en el desarrollo dependiente de la región o una etapa en la transición a la modernidad; d) políticas estatales redistributivas, nacionalistas e incluyentes. Estas políticas estatales populistas son contrastadas con las políticas excluyentes que benefician al capital extranjero, concentran el ingreso económico y reprimen las demandas populares; e) un tipo

⁶⁴ Ibídem pág. 215

⁶⁵ DE LA TORRE Carlos, “Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos”, en ÁLVAREZ JUNCO José y GONZÁLEZ LEANDRI Ricardo (Comps.), “El populismo en España y América”, pág.1

de partido político con liderazgo de las clases media o alta, con base popular fuerte, retórica nacionalista, la presencia de un líder carismático y sin definición ideológica precisa; f) un discurso político que divide a la sociedad en dos campos antagónicos: el pueblo contra la oligarquía; g) intentos de las naciones latinoamericanas de controlar procesos de modernización determinados desde el exterior haciendo que el Estado tome el lugar central en defensa de la identidad nacional a través del desarrollo económico⁶⁶.

Este uso del término en tan diversas formas ha generado que varios autores sientan rechazo hacia el concepto e intenten erradicarlo de las ciencias sociales. Sin embargo, la postura de De la Torre a este respecto es que pese al mal uso de la palabra es necesario preservar y reformular este término, ya que los fenómenos que han sido designados como populistas tienen rasgos en común que pueden ser identificados y comparados mediante el uso de esta noción.

Con este punto de partida, el autor se propuso hacer algunas distinciones analíticas que le permitieran abordar el fenómeno del populismo, entendiendo que éste no es un fenómeno del pasado solamente sino que reaparece en diferentes coyunturas y que por tanto se debe explicar por qué perdura el populismo: “mi hipótesis es que el atractivo del populismo debe explicarse por la continua marginalización y exclusión socioeconómica de la mayoría de la población y por la forma específica en la que fueron incorporados los sectores populares a la política. La gente común fue incorporada a la comunidad nacional, en Latinoamérica, a través de derechos ciudadanos que si bien existen en la legislación no siempre informan las prácticas cotidianas y, sobre todo, por la movilización y apelación discursiva al pueblo”⁶⁷.

Entonces, para entender el apelativo de los líderes populistas y las expectativas autónomas de sus seguidores deben estudiarse las siguiente variables: estilo personalista del liderazgo carismático; discurso político maniqueísta; mecanismos de articulación líder-bases clientelistas y de patronazgo; relación ambigua de la política populista con la democracia.

Con respecto al líder populista puede decirse que éste se identifica con la totalidad de la patria, la nación o el pueblo en su lucha contra la oligarquía. El vínculo que une al

⁶⁶ *Ibíd*em pág. 1-2

⁶⁷ DE LA TORRE Carlos, “Redentores populistas en el neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos” en *Revista española de ciencia política* N° 4, pág. 176

líder con sus seguidores es místico. Así, explica el autor siguiendo a Arranz, se le atribuyen cualidades que no posee pero con las cuales es investido por el rito social de la veneración. A esto deben sumarse los atributos personales del líder, por ejemplo su apariencia física. Los líderes carismáticos invocan mitos; a través de metáforas son asimilados a íconos de sus culturas⁶⁸. No obstante, estas imágenes e interpretaciones son contradictorias: por un lado, liberadoras y, por otro, basadas en la aceptación acrítica de los líderes.

El segundo punto, el del discurso maniqueísta, está ligado a los aportes de Laclau quien introdujo el análisis de discurso como alternativa a las interpretaciones objetivistas y como herramienta para comprender significados ambiguos. No obstante, el autor critica los primeros trabajos de Laclau por considerar que éste no toma en cuenta las condiciones de producción de los discursos y que no diferencia el discurso político del discurso en general. Por esto, De la Torre consideró importante tomar en cuenta los contextos de producción de los discursos, así como también se debe tener presente que para que los discursos tengan éxito deben parecer al público transparentes y conformes a la realidad. Es por ello que para entender el éxito o fracaso de los discursos políticos se los debe analizar como acontecimientos en los que las expectativas o acciones del público son tan importantes como la oratoria, gestos y rituales del orador⁶⁹. No se puede asumir que los seguidores aceptan pasivamente los discursos de los líderes, o que los discursos tienen un solo significado⁷⁰. Por otro lado, el discurso y la retórica populistas dividen en forma maniquea a la sociedad en dos campos antagónicos: el pueblo versus la oligarquía. El pueblo, por sus privaciones, es depositario de lo bueno, lo auténtico, lo justo, lo moral. El pueblo se enfrenta al anti-pueblo o a la oligarquía, que representa lo inauténtico, lo malo, injusto e inmoral.

Acerca del clientelismo De la Torre lo reconoce como un concepto superior que el de carisma para explicar cómo los populismos consiguen sus votos. Sin embargo, por lo dicho no debe entenderse que este concepto sea referencia única en el análisis, ya que si bien el clientelismo permite explicar ciertos rasgos del populismo desde una racionalidad formal, puede observarse que el fenómeno es mucho más que el intercambio de bienes y

⁶⁸ DE LA TORRE Carlos, op. cit. pág. 4

⁶⁹ *Ibidem* pág. 5

⁷⁰ DE LA TORRE Carlos, "Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo" en Revista de Ciencia Política, Volumen XXIII, N° 1, pág. 61

servicios por votos. Por esto, debe tomarse en cuenta que las estructuras organizativas otorgan además de ciertos beneficios un sentido de pertenencia al movimiento, una identidad basada en aportes simbólicos. Por esto, explica De la Torre: “los seguidores populistas no deben ser vistos como un grupo que responde automáticamente con su voto cuando le dan recursos. Los pobres pueden abandonar una red clientelar, pueden votar en forma diferente a lo que les propone el “broker”, o pueden sentirse en la obligación de pagar un favor”⁷¹.

Así, el autor recomienda una distinción analítica de los fenómenos populistas como movimientos electorales y como movimientos sociales. De la Torre propone, entonces, resolver este falso dilema analizando los fenómenos en la convergencia de los conceptos de carisma y clientelismo, entendiendo que estas son dos formas de acción política distintas pero que se complementan en procesos políticos concretos.

A partir de estos rasgos esbozados puede decirse que para De la Torre el populismo está: “asociado a la presencia de un liderazgo específico, de corte personalista y paternalista; junto a una coalición policlasista, heterogénea, concentrada en los sectores subalternos de la sociedad que generan un proceso de movilización política de arriba hacia abajo, que pasa por alto las formas institucionalizadas de mediación o las subordina a vínculos más directos entre el líder y las masas y que cuentan con una ideología amorfa o ecléctica, con un discurso que exalta los sectores subalternos o antielitista y/o antiestablishment y un proyecto económico que utiliza métodos redistributivos ampliamente difundidos con el fin de crear una base material para el apoyo del sector popular”⁷².

Luego de este esbozo de algunos de los aportes de Carlos de la Torre, es posible adentrarse en el tratamiento que el autor da a la relación populismo-democracia. Éste plantea que quizás uno de los mayores efectos del populismo fue el acceso, para grandes grupos sociales, a la dignidad simbólica de ser alguien en sociedades altamente excluyentes.

De esta manera, según De la Torre en la incorporación a la vida política de las masas, en América Latina, la democracia se entendió más como la ocupación de espacios

⁷¹ *Ibíd*em pág. 57

⁷² DE LA TORRE Carlos, citado por FREIDENBERG Flavia en “Populismo en América Latina” en Revista Reflexión Política Año 5 N° 9, pág. 162

públicos de donde los pobres estaban excluidos que como el respeto a las normas e instituciones de la democracia liberal⁷³. Este hecho trajo aparejado una serie de contradicciones a considerar: por un lado, al incorporar a los sectores excluidos, ya sea por expansión del voto o por mayor presencia en el ámbito público (plazas, calles), el populismo es democratizante pero, por otro lado, esta incorporación y activación popular se da por medio de movimientos heterónomos que se identifican acriticamente con líderes carismáticos que en algunos casos son autoritarios⁷⁴.

Los políticos dicen encarnar al pueblo y ya no se crean instituciones para expresar la voluntad popular, por lo que los regímenes populistas tienden al autoritarismo. A esto se le debe sumar que el discurso maniqueo que polariza a la sociedad hace ver a opositores y seguidores del líder como enemigos y no como rivales democráticos que aceptan el derecho a existir del otro diferente. Así, se han privilegiado formas de representación populistas que asumen la identidad de intereses entre pueblo y líder sobre formas de representación liberales que son visualizadas como impedimentos para la expresión de la verdadera voluntad del pueblo.

Lo que estas tradiciones políticas muestran, según el autor, es cómo fueron incorporados los sectores populares a la política, es decir, más como pueblo que como ciudadanos y a través de formas de participación política litúrgicas que siempre están presentes. Así, para De la Torre, el populismo no es ni una aberración ni un fenómeno transitorio, sino que forma parte de tradiciones de participación política y de constitución de los sujetos políticos. Quizás, afirma el autor, la inseguridad económica o la falta de confianza en modelos de democracia que no han dado beneficios a las mayorías y que han sido usados por las élites para marginar y silenciar a los pobres hacen que el populismo reemerja constantemente⁷⁵.

Sin embargo, cabe cuestionarle al planteo de De la Torre si el populismo no es acaso algo más que una alternativa a la democracia liberal excluyente. Porque de no ser así, sería posible pensar en una democracia liberal que fuera capaz de incluir a todos los

⁷³ DE LA TORRE Carlos, “¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en Latinoamérica?”, en AIBAR GAETE Julio (Coord.), “Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica”, pág. 55

⁷⁴ DE LA TORRE Carlos, “Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos” en ÁLVAREZ JUNCO José y GONZÁLEZ LEANDRI Ricardo (Comps.), “El populismo en España y América”, pág.10

⁷⁵ DE LA TORRE Carlos, “Redentores populistas en el neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos” en Revista española de ciencia política, Nº 4, pág. 177

sectores en su seno, cuando en realidad la propia lógica de este modelo requiere para su funcionamiento de la exclusión, en la participación política y económica efectiva, de un amplio sector de la sociedad. Esto debe tenerse en cuenta, de lo contrario puede caerse nuevamente en un modo de interpretación del populismo que lo coloque como desviación de un modelo a seguir.

Pero, sin duda también hay que considerar el alto carácter delegativo de las formas populistas. Si bien los populismos han propiciado una forma concreta de participación, simbólica y material, en amplios sectores uno de los correlatos ha sido el rasgo delegativo de esta democracia que se caracteriza por tomar al ganador de la elección como quien tiene la capacidad de elegir lo mejor para la comunidad. El presidente dice encarnar a la nación y por ello a los intereses de la sociedad sin que ello se relacione directamente con campañas electorales o con principios partidarios.

Cabe señalar la otra cara de esta relación compleja entre populismo y democracia que tiene que ver con la manera en que las élites utilizan el término democracia. De esta manera De la Torre señala que la noción de democracia ha sido utilizada para descalificar a los líderes populistas y a sus seguidores como la antítesis y negación de los valores y comportamientos que deben caracterizar a la democracia. Sin embargo, aunque en la práctica la democracia sea excluyente, como discurso y práctica tiene la potencialidad (a diferencia del pueblo) para constituirse como sistema para procesar demandas respetando el derecho a la disensión⁷⁶.

El populismo no es una desviación en los patrones democratizantes, afirma De la Torre, es más bien parte constitutiva de la democracia en América Latina. Sin embargo, el carácter ambiguo que muestra la relación populismo-democracia obliga a un análisis más profundo de las maneras que el populismo tiene para constituir las formas de representación que hacen que sus seguidores sean numerosos y que a su vez persista como forma de ejercer la política en diferentes coyunturas.

Para esto es fundamental dejar de analizar al populismo en términos de aberración, anomia o manipulación. Pero también es fundamental ver el carácter histórico de estos procesos para que el estudio no se oriente sólo a manifestaciones discursivas sino que tenga

⁷⁶ DE LA TORRE Carlos, “¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en Latinoamérica?” en AIBAR GAETE Julio (Coord.), “Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica”, pág. 70

en cuenta que estos fenómenos políticos tienen también injerencia en las condiciones materiales concretas de sus sociedades.

1.5. Síntesis

Recapitulando entonces y a modo de conclusión, lo que Gino Germani presentó en sus trabajos se ligaba a una tradición de pensamiento que veía a la historia mundial como un desarrollo lineal, en el cual aquellas sociedades que comenzaron tardíamente su desarrollo tenían como modelo a seguir los países más avanzados. Esta visión, sin duda, no toma en cuenta la imposibilidad de esto, en tanto el carácter internacional del capital y su misma lógica de funcionamiento requiere la dominación de unos países sobre otros. Pero dejando de lado esto por un momento, cabe preguntarse qué es lo que Germani veía en los fenómenos populistas o en los movimientos “nacionales y populares”. Pues bien, lo que el autor estaba viendo era una desviación en el camino que las sociedades debían recorrer para llegar a un estadio moderno y consolidar la democracia. Esta desviación se explicaba por el “efecto de fusión” y el “efecto de demostración” los cuales ponían de manifiesto el desfase que se produce entre una estructura productiva de subsistencia y la influencia de modas, costumbres y prácticas político-ideológicas provenientes de los países avanzados que a su vez reforzaban prácticas tradicionales que ahora eran entendidas como “novedosas”.

Lo característico de los países avanzados era una participación política creciente que generaba movilizaciones a escala mundial produciéndose las migraciones internacionales pero también internas. Este es un elemento fundamental en la explicación de Germani ya que esto producía modificaciones sustanciales en la estratificación social, a lo que se unía una demanda de los sectores marginales por mayor participación política.

Tómese en cuenta que para el italiano en los países avanzados las orientaciones políticas del proletariado se inclinaban a la izquierda mientras que en general los otros sectores sociales se inclinaban a la derecha. Por esto, es difícil comprender para el autor por qué en los países más atrasados la clase obrera se orientó hacia lo que él consideraba movimientos autoritarios como el caso del peronismo.

La respuesta estaba para Germani en las nuevas características que la población argentina adquirió a través de las migraciones internacionales y fundamentalmente de las internas. Por un lado entonces, se estaba ante un país que aún no había llevado adelante su desarrollo económico pero que contaba con una gran población de extranjeros que poseían otras tradiciones político-ideológicas que influyeron fuertemente en las aspiraciones de las clases populares que a su vez no encontraron los canales adecuados para expresar sus demandas; por otra parte, se debe agregar la gran migración campo-ciudad que sumó a los trabajadores “nuevos” sin experiencia política ni sindical lo cual los convirtió en masa disponible a la manipulación.

De esta manera, para Germani, el peronismo llevó adelante la incorporación de las masas a la política de modo traumático y abrupto, a la vez que ejerció la demagogia haciendo creer a las masas que ellas eran quienes orientaban verdaderamente la cosa pública, pero fundamentalmente habiéndole dado al pueblo la experiencia (real o ficticia) de haber conquistado sus derechos y de estar ejerciéndolos.

Sintetizando, por otra parte, los aportes de Murmis y Portantiero puede decirse que lo fundamental de su análisis estuvo en la incorporación del concepto de “alianza de clases”. Como pudo verse, los autores profundizaron en las condiciones económicas, políticas y sociales que hicieron posible el surgimiento del peronismo. A través de este análisis lo que se puso de manifiesto es la complejidad de relaciones que se establecieron entre las clases sociales y sus fracciones en la etapa de industrialización por sustitución de importaciones.

Lo que quedaba demostrado por los autores es que el proyecto industrializador no fue el proyecto hegemónico de la clase dominante sino que al interior de la clase hubo oposición y choque representado fundamentalmente en la oposición a la industria por parte de un sector subordinado del agro, los criadores.

El proyecto industrializador no se caracterizó por llevar cambios de carácter estructural sino más bien por reorientar la producción en el contexto de la crisis mundial. No hubo grandes rupturas al interior de los industriales, situación que se mantuvo hasta comienzo de los '40 donde la movilización popular y la creciente autonomización del ejército llevaron a un nuevo reagrupamiento de las fuerzas económicas y políticas.

Respecto a las clases dominadas Murmis y Portantiero no compartían el enfoque clásico que explicaba la participación obrera en los movimientos populistas a través de un corte que distinguía entre obreros “viejos” y “nuevos”, donde los segundos al carecer de un marco normativo estable y de autonomía se inclinaron al populismo. Por el contrario, lo que para los autores explicaba esta orientación del proletariado era un periodo previo de asincronía entre el desarrollo económico y la participación política lo cual determinó los rasgos que iba a asumir el peronismo posteriormente. Se vivió un periodo de explotación absoluta, pobreza y carencia de organización.

Con este punto de partida, los autores se alejaron de la dicotomía “viejos” y “nuevos” y pusieron énfasis en: el papel fundamental de los obreros “viejos”, las organizaciones sindicales que no se caracterizaban por una acción heterónoma y en que la participación conjunta de obreros “viejos” y “nuevos” se ligaba a reivindicaciones previas al igual que era previa la tendencia a una alianza policlasista.

La hipótesis central es entonces que la participación obrera era condición necesaria para llevar a cabo el proyecto hegemónico de un sector de las clases propietarias – principalmente los industriales menos poderosos- y de la burocracia militar y política que tendía a representarlos tanto desde el punto de vista de los trabajadores como consumidores, como desde la propia necesidad de la elite castrense de legitimarse hacia el año 1943.

Más allá de las especificidades que Murmis y Portantiero señalaron en esta investigación, se considera que lo esencial del análisis, a los fines del presente trabajo, es el carácter fundamentalmente histórico que se le dio a la explicación del surgimiento del peronismo. Si bien es importante tener en cuenta las conceptualizaciones del fenómeno populista es igualmente importante contextualizar los sucesos que se analizan, tarea que los autores realizaron con la mayor rigurosidad, por ello la necesidad de retomarlos.

En cuanto al trabajo de Ernesto Laclau cabe destacar su esfuerzo por quitarle al término populismo su carácter peyorativo así como también por no considerar los vacíos u omisiones presentes en las ciencias sociales como algo casual, sino más bien como muestra de la carencia de herramientas ontológicas adecuadas para la explicación.

Como se profundizó en el apartado anterior, la obra de Laclau sobre populismo tuvo continuidades pero también rupturas en cuanto a las bases filosóficas desde donde partía el

análisis. Algunas de las continuidades en su obra se relacionan con el señalamiento: primero, del carácter equívoco del término populismo y a las malas interpretaciones que esto ha provocado; segundo, la preocupación fundamental por evitar el reduccionismo de clase presente según el autor en el marxismo y que ha llevado a una comprensión errónea de la ideología y por ende de la función hegemónica.

La preocupación del autor se dirigió no a encontrar el verdadero referente del populismo sino a mostrar que éste en realidad no tiene referente alguno; el populismo se comprende como una lógica social que atraviesa a diversos fenómenos que pueden ser de signos políticos diferentes y que se inscribe en el funcionamiento de todo espacio comunitario. No obstante, puede considerarse que este énfasis en la forma más que en el contenido lleva a un concepto de populismo que no goza de gran capacidad explicativa, en tanto no puede distinguir las diferencias entre movimientos políticos diversos como pueden ser el peronismo, el maoísmo o el nazismo.

Es entonces en la centralidad del discurso donde se encuentra el eje del planteo laclauniano, entendiendo a éste como terreno primario de constitución de la objetividad como tal. A ello deben sumarse los conceptos de significante vacío y hegemonía, por los cuales una particularidad asume el rol de una universalidad inconmensurable con ella misma. Así la unidad de análisis pasa a ser la demanda y no el grupo, siendo la articulación de demandas (por la operación hegemónica) lo que constituye al grupo mismo.

Entonces, por populismo según Laclau no se entiende un tipo de movimiento, con alguna base social u orientación ideológica determinada, sino una lógica política. Las lógicas políticas se relacionan con la institución de lo social. Dicha institución surge de las demandas sociales y por ende es inherente a cualquier proceso de cambio social. Éste depende de la variable articulación entre la equivalencia y la diferencia, el momento equivalencial constituye un sujeto global que reúne la pluralidad de demandas sociales. A su vez esto implica el trazado de fronteras internas y el reconocimiento de un “otro” institucionalizado.

Respecto a la específica relación populismo-democracia Ernesto Laclau la abordó desde la triada populismo-representación-democracia. La representación es entendida como un doble proceso en el cual el representante no tiene una función pasiva sino que añade algo al interés que representa. Este doble proceso va desde el representado al representante

(como expresión de los intereses de los representados) y del representante a los representados como elemento fundamental para la constitución de la identidad de estos últimos.

Si bien el punto de la representación es importante, lo que resulta fundamental del planteo de Laclau para este trabajo es la afirmación de que la relación entre democracia y liberalismo es una relación contingente, de lo cual se deduce que otras articulaciones son posibles, por lo que un replanteo del concepto de democracia se vuelve imprescindible.

Tomando en cuenta el análisis de Laclau puede decirse que, a los efectos de la presente investigación, resulta de interés la importancia que el autor otorga a la dimensión discursiva en los fenómenos políticos y al peso que ella sin duda tiene en la comprensión del populismo. Sin embargo, este desarrollo teórico corre el riesgo de una explicación unilateral basada solamente en el plano discursivo por lo que si bien estos aportes se toman en cuenta se lo hace en articulación con otras dimensiones consideradas igualmente relevantes.

No obstante, no está de más repetir que las conceptualizaciones de Laclau parten de una matriz de pensamiento diferente a la de otros autores tomados aquí y que probablemente muchas de las afirmaciones aquí esbozadas serían rechazadas, pero se considera que las diferencias no son totalmente insalvables por lo que algunas articulaciones teóricas son posibles, si se entiende que el populismo es un fenómeno complejo que requiere de una explicación que tenga en cuenta diversas aristas.

Por último, cabe sintetizar los aportes de Carlos de la Torre de quién se dijo que tiene como prioridad resignificar al término populismo y preservarlo de los malos usos. Sin embargo, lo central para este trabajo se relaciona al modo en que el autor define al populismo y las contribuciones que el mismo realiza respecto a la relación populismo-democracia.

En referencia al primer punto puede decirse que la definición de populismo del autor, por su carácter comprensivo, permite una aproximación al fenómeno que deja de lado las explicaciones unilaterales del mismo. Así, De la Torre logra unificar la importancia del líder pero también la de las redes clientelares, así como un análisis que tenga en cuenta los aspectos ideológicos y discursivos pero también las condiciones históricas en que surge cada populismo. Esto permite, fundamentalmente, hablar de “los” populismos más que del

“el” populismo, es decir, permite encontrar características comunes sin por ello perder de vista la especificidad histórica de cada fenómeno.

Respecto a la relación/tensión populismo-democracia, los trabajos del ecuatoriano son de la mayor importancia, en cuanto intenta desentrañar el complejo lazo existente entre ambos términos. De esta manera el autor ve al populismo no como una desviación de la democracia, sino como parte constitutiva en las formas de participación política de América Latina. Así, la democracia entendida desde el populismo estuvo más relacionada a la ocupación de espacios públicos, de donde antes las grandes masas estaban excluidas, que a las instituciones y formas propias de la democracia liberal.

Este proceso tiene para el autor una doble cara: el populismo ha sido un elemento dinamizador en la inclusión a la vida política de amplios sectores pero, a su vez, tiene un carácter fuertemente personalista y delegativo que genera concentración del poder y por ende prácticas autoritarias.

La relación es compleja y requiere de análisis cada vez más detallados pero, como se dijo anteriormente, el populismo no es sólo una alternativa a la democracia liberal en contextos altamente excluyentes, no se define en oposición a la institucionalidad democrática. Tiene sus especificidades, es de gran significación para la vida latinoamericana y por ende argentina y la posibilidad de un proyecto político que lo supere está en la comprensión, cada vez mayor, de esta forma política que ha movilizó y moviliza a gran parte de la sociedad.

Capítulo II

Hacia una elaboración de esquemas de comprensión: democracia y populismo

El propósito de este capítulo se centra en la elaboración de esquemas o tipologías teóricas que permitan realizar, posteriormente, una identificación de los gobiernos democráticos que asumieron rasgos populistas en la Argentina. La elaboración de estos esquemas conduce necesariamente a una lectura crítica de diversos aportes conceptuales referidos al populismo y a la democracia.

Para aproximarse al enunciado objetivo se esclarecerá, en primer lugar, el marco conceptual del que se parte; luego, en segundo lugar, se abordarán aportes teóricos acerca de la definición de democracia y las implicancias de ellos para analizar contextos como la Argentina; finalmente, en tercer lugar, se presentarán una serie de tipologías y caracterizaciones que guiarán una aproximación histórica.

Cabe agregar que si bien esta investigación es de carácter teórico e histórico, asume una hipótesis de trabajo que guía las lecturas, la cual entiende que los populismos, como forma política en la Argentina, han alterado la institucionalidad demo-liberal y algunos de sus aspectos invitan a repensar el concepto de democracia y la relación de éste con fenómenos de estas características.

2.1 Marco teórico-conceptual

En principio puede decirse que en prácticamente todas las investigaciones acerca del populismo se plantea la dificultad que existe para definir dicho fenómeno. Esto, al decir de Laclau, obstaculiza una mejor comprensión del populismo, ya que no hay acuerdo sobre qué es el populismo sino una serie de intuiciones que cada autor termina plasmando en una definición *ad hoc*.

Por ello, se considerará al populismo más como un constructo teórico que como un concepto acabado de sencilla aplicación, entendiendo por constructo teórico el “bosquejo

de una categoría de análisis que va en proceso de construirse como tal y que permite dada su flexibilidad aplicarse a la comprensión y análisis de fenómenos sociales específicos”⁷⁷.

Dicho esto, se tomará como marco general las teorizaciones de Carlos de la Torre acerca del populismo como también, específicamente, en lo que refiere a la relación/tensión entre populismo y democracia.

El punto de partida de De la Torre es que el populismo no es solamente un fenómeno del pasado sino que reaparece en diferentes coyunturas. Por ende, debe explicarse la perdurabilidad del mismo. Para responder a esta situación, el autor se inclina a pensar que lo atrayente del populismo se liga a la continua exclusión socioeconómica de la mayoría de la población y a la forma específica en que las grandes masas fueron incorporadas a la vida política⁷⁸.

A grandes rasgos el autor concibe al populismo como un fenómeno político “asociado a la presencia de un liderazgo específico, de corte personalista y paternalista; junto a una coalición policlasista, heterogénea, concentrada en los sectores subalternos de la sociedad que generan un proceso de movilización política de arriba hacia abajo, que pasa por alto las formas institucionalizadas de mediación o las subordina a vínculos más directos entre el líder y las masas y que cuentan con una ideología amorfa o ecléctica, con un discurso que exalta los sectores subalternos o antielitista y/o *antiestablishment* y un proyecto económico que utiliza métodos redistributivos ampliamente difundidos con el fin de crear una base material para el apoyo del sector popular”⁷⁹.

En cuanto a la específica relación que se quiere abordar, populismo-democracia, Carlos de la Torre aporta significativos elementos en esta problemática. La pregunta que guía su trabajo es si puede considerarse al populismo como la forma constitutiva de la democracia en América Latina. El autor aborda en su estudio la forma de incorporación a la vida política de las grandes masas en Latinoamérica y las significaciones de estos sucesos en la política de la región. Se plantea así la necesidad de analizar un fenómeno que apela a formas de democracia directa (movilizaciones masivas, ocupación de las calles y plazas,

⁷⁷ MEDINA GALLEGOS Carlos, “Populismo y Neopopulismo. Elementos para una caracterización de diferencias”, pág.19

⁷⁸DE LA TORRE Carlos, “Redentores populistas en el neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos” en Revista española de ciencia política, N° 4, pág. 176

⁷⁹ DE LA TORRE Carlos, citado por FREIDENBERG Flavia, “Populismo en América Latina” en Revista Reflexión Política Año 5 N° 9, pág. 162

etc.) y que entiende a la democracia como la ocupación de espacios de los que antes amplios sectores estaban excluidos. Al mismo tiempo, el populismo muestra desprecio por las instituciones clásicas de la democracia liberal por lo que se lo considera autoritario⁸⁰. Sin embargo, se debe tener en cuenta que esta última afirmación es de doble filo, en cuanto puede conducir a interpretar al populismo como un fenómeno que se sale de los cánones de la democracia. Por ello, si bien es cierto que el populismo posee prácticas de concentración de poder y delegación, es necesario analizar con mayor profundidad qué rasgos específicos tiene y cómo se relacionan éstos con una forma particular de democracia, ya que se considera que el populismo es algo más que una desviación de la democracia liberal, y ese algo más es lo que debe investigarse si se quiere arribar a una definición del fenómeno que lo saque del lugar de forma política primitiva ligada al “atraso” de las sociedades latinoamericanas y le de el estatus que como hecho de masas de gran duración posee.

Volviendo a De la Torre, el autor agrega la importancia del carácter delegativo de los populismos que tienden a una concentración del poder en el líder que no permite la expresión popular. Más allá de ello, no puede dejarse de lado la importancia de los populismos en la incorporación de las masas a la vida política, que otorgó a grandes sectores la inclusión en términos de ciudadanía que, aunque con importantes limitaciones, tuvo gran peso en las condiciones de vida de estos grupos. Es en esta paradoja, en esta tensión permanente, donde se pondrá especial atención.

Si bien, se toma a De la Torre como marco general también se tienen en cuenta otros aportes como los de Ernesto Laclau respecto al discurso populista como división dicotómica de la sociedad, que la presenta escindida en dos polos antagónicos. No obstante, aunque se entienda que este es un rasgo en común que presentan los populismos, se considera fundamental comprender la situación histórica en la que tales discursos se producen, es decir, sus especificidades y, por ende, no sólo su forma sino también su contenido. Por ello, se hablará de “los populismos” y no de “el populismo”. A este respecto el trabajo de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero sobre las condiciones de surgimiento del peronismo, es un excelente ejemplo de la necesaria ubicación histórica y procesual de los fenómenos.

⁸⁰ DE LA TORRE Carlos, “¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en Latinoamérica?” en AIBAR GAETE Julio (Comp.), “Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica” pág. 55

Por último, cabe agregar dos aportes de Ernesto Laclau de fundamental importancia. Primero, la mencionada contingencia de la relación democracia-liberalismo la cual permite pensar en otras posibles relaciones que planteen una superación de esta forma de democracia dejando de lado la idea de que hay un modelo a seguir en la construcción de la misma. Segundo, la importancia de la representación como elemento de la política lo cual permite visualizar a los populismos, por un lado, como un fenómeno más complejo que la simple manipulación de un líder y, por otro, como un proceso doble donde el representante no es un mero agente pasivo que es portavoz de los intereses de sus representados sino que agrega algo al interés que representa. Esto se evidencia en la identidad de los representados la cual se ve modificada por el proceso mismo de la representación.

Lo dicho hasta aquí implica necesariamente una profundización sobre qué políticas y prácticas se consideran democráticas. Para ello, es fundamental la aproximación a algunos trabajos que pueden dar luz al concepto de democracia así como también a la relación que ésta tiene con manifestaciones como la populista.

2.2 Aproximaciones al concepto de democracia

La década del '80 puso nuevamente en la agenda latinoamericana el problema de la democracia. Sin duda, la salida institucional a las dictaduras militares de la región exigía repensar qué significaba vivir en democracia y de qué manera era posible instaurarla. No obstante, desde aquellos años a esta parte el debate no ha sido saldado ni teórico ni históricamente. Por ello, es de mayor importancia retomar algunas líneas de discusión que pongan en cuestión la idea de un modelo de democracia a seguir como si éste fuera el único posible. Para poder ver esto se hace necesario comprender la democracia como un fenómeno histórico que ha adoptado más de un sentido y es, precisamente, esta determinación histórica lo que impide hablar de democracia sin adjetivos. Así, el intento de hacer pasar la democracia liberal como *la* democracia se liga a una construcción histórica relacionada con una serie de condiciones y sucesos a tener en cuenta si se quiere pensar en alternativas posibles.

El punto aquí no es hacer una reconstrucción exhaustiva del concepto de democracia desde la antigua Grecia hasta la actualidad, lo cual excede con creces los objetivos de este

trabajo, sino más bien retomar algunas teorizaciones que se cree pueden echar luz sobre la problemática planteada en esta investigación y que además responda a las especificidades latinoamericanas que en general no son tenidas en cuenta.

En este sentido, lo primero que se afirma es la contingencia en la relación democracia-liberalismo. La democracia liberal, entonces, no se presenta como modelo único sino como una relación históricamente construida. Si bien este es un punto fuerte en el “posmarxismo”⁸¹ otros autores como Ellen Meiksins Wood han abordado esta problemática que vale la pena analizar. En este sentido, la autora realiza un recorrido histórico donde puede observarse que, al menos, hasta el último cuarto del siglo XVIII el significado predominante de “democracia” era fundamentalmente aquel que le habían dado los griegos, que inventaron la palabra: gobierno del *demos*, el “pueblo” en su doble significado de estatus cívico y categoría social. Luego, la redefinición estadounidense⁸² comenzó a distanciarla de su sentido original pero todavía allí el pueblo seguía siendo el referente más importante.

Hacia finales del siglo XIX, la movilización de masas era considerablemente mayor al siglo anterior, por ello, si bien los sectores dominantes se habían dado diversas maneras para contener la participación popular en la democracia, las nuevas circunstancias exigían no sólo mayores mecanismos de control sino también una reformulación teórica de lo que se entendía por ella.

En este sentido, afirma Meiksins Wood: “[...] En una época de movilización masiva, el concepto de democracia fue sometido a nuevas presiones ideológicas de las clases dominantes, que no sólo demandaban la enajenación del poder ‘democrático’, sino también una clara disociación de la ‘democracia’ y el *demos* –o por lo menos un viraje decisivo del poder popular como criterio principal de los valores democráticos. El efecto fue que el enfoque de la democracia dio un giro del ejercicio activo del poder popular al goce pasivo de las salvaguardas y derechos constitucionales y de los procedimientos, y del poder colectivo de las clases subordinadas a la intimidad y el aislamiento del ciudadano

⁸¹ Forma en la que general se ha denominado a las teorizaciones de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

⁸² “La república estadounidense estableció firmemente una definición de democracia en la que la transferencia de poder a los ‘representantes del poder’ constituía no sólo una concesión necesaria en cuanto al tamaño y la complejidad, sino más bien a la esencia de la democracia misma. Por lo tanto, los estadounidenses aunque no inventaron la representación, pueden recibir el reconocimiento de haber establecido una idea constitutiva esencial de la democracia moderna: su identificación con la enajenación del poder”. MEIKSINS WOOD Ellen, “Democracia contra capitalismo”, pág. 253

individual. El concepto de “democracia” se fue identificando cada vez más con el de *liberalismo*”⁸³.

Debe tenerse en cuenta, a la luz de estas conceptualizaciones, que el proceso de identificación entre democracia y liberalismo, signado por fuertes luchas y enfrentamientos, no significó simplemente la adopción por parte del liberalismo de ciertos principios democráticos, sino más bien una invasión del liberalismo a la democracia que terminó por eliminar el contenido inicial de ésta y la convirtió en un mecanismo electoral que poco se relaciona con la participación del pueblo.

Es a partir de esto que se hace necesaria una comprensión de la democracia que la desligue de simples mecanismos electorales, es decir, de aquellas conceptualizaciones que la definen como el acceso a puestos de gobierno, mediante elecciones limpias, donde los individuos tienen posibilidad de participar, en condiciones de igualdad en contiendas, habilitados y protegidos por sus derechos de participación, tanto en la posibilidad de votar como de ser elegido⁸⁴.

Decir esto no significa negar la importancia de los derechos de participación y de las elecciones sino afirmar que la democracia no puede ser reducida a mecanismos de participación prácticamente iguales a los del mercado como si la política pudiera y debiera medirse por las posibilidades de competir que tienen los individuos en condiciones de igualdad, respaldados por la ley. Estos principios, que muestran claramente una concepción de la democracia como protectora de los derechos liberales, poco tienen que ver con la realidad social en general y la latinoamericana en particular. No es necesario un gran esfuerzo científico para saber que los derechos a “participar”, por no decir a competir, son parte de una formalidad que carece de correlato empírico. No se tienen en cuenta las condiciones de desigualdad económico-social que impiden que los individuos accedan a la participación política en situación de igualdad, sin importar cuanto se afirme la “igualdad ante la ley”.

Lo importante aquí es tener en cuenta que uno de los mecanismos más eficaces del capital para mantener su dominación es presentar a la esfera económica y a la esfera política de la vida social como espacios separados, lo cual permite una cierta ampliación en

⁸³ *Ibidem* pág.264

⁸⁴ Como ejemplo de esta forma de definir y analizar la democracia véase PÉREZ MÚNERA Carlos, “La democracia delegativa” en Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, N° 106

la participación de los ciudadanos dejando, al mismo tiempo, intactas las relaciones de propiedad.

Respecto a esto último puede afirmarse que es necesario establecer una nueva relación entre lo económico y lo político que muestre su fuerte imbricación y que permita comprender que los cambios en las sociedades no pueden darse por simples mecanismos burocráticos, sino que requieren de una comprensión de la sociedad como un todo y esta sociedad como un todo incluye indefectiblemente la dimensión económica de la vida social en su íntima relación con la vida política. No es casual entonces la invasión del liberalismo a la democracia en pos de resguardar los intereses de las clases dominantes. Esto conduce a considerar con mayor seriedad las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales con las que se relaciona la práctica democrática si se quiere arribar a una definición de democracia que supere los estrechos márgenes de la formalidad liberal.

En este sentido, las democracias latinoamericanas han sido más estudiadas politológica que sociológicamente, es decir, centrando el análisis en el régimen democrático antes que en sus condiciones de posibilidad y realización⁸⁵. Esto hace perder de vista que aunque la democracia, efectivamente, sea un régimen político, en las sociedades divididas en clases es también, y sobre todo, una forma de dominación político-social de clase⁸⁶. Afirmar esto implica analizar la democracia teniendo en cuenta, permanentemente, el contexto histórico donde los regímenes democráticos se desarrollan y los efectos de éstos en la vida social, viendo entonces a qué concepción de democracia se acercan más.

Tomando en cuenta la importancia de los factores socio-históricos, conviene analizar las condiciones de Latinoamérica y, por ende, de la Argentina para desde allí pensar las posibilidades de la democracia en el país tanto en el pasado como en la actualidad. Esto requiere dejar de estudiar la democracia desde un plano solamente institucional para comprenderla en su contexto⁸⁷.

América Latina se caracteriza por ser una región altamente desigual, donde la brecha entre ricos y pobres es muy grande. Esta realidad no ha logrado revertirse desde la transición democrática hasta el momento. Podemos establecer matices entre los gobiernos

⁸⁵ ANSALDI Waldo, "La democracia en América Latina, un barco a la deriva", pág. 32

⁸⁶ *Ibidem* pág. 36

⁸⁷ *Ibidem* pág. 32

pero de todas maneras la situación no se ha inclinado hacia algo diferente. Lo cual invita a reflexionar si la vigencia institucional de la democracia, en contextos de capitalismo dependiente, constituye, como cierto discurso propone, en sí mismo un mecanismo que aspira y se compromete con la igualdad (no sólo jurídica), si es que se reconoce a ésta como uno de los principios centrales de la democracia.

En este punto deben señalarse algunas cuestiones importantes: primero, el presentar a la democracia liberal como *la* democracia ha sido una constante desde la transición democrática en adelante; segundo, el interpretar al pasado argentino, desde la última dictadura hacia atrás, como un todo antidemocrático sin distinción entre gobiernos militares y gobiernos electos también se hace presente desde la transición en adelante; tercero, y en relación al punto anterior, en general se considera que todo gobierno que se salga de los principios de la democracia clásica liberal es antidemocrático, aun cuando sus medidas hayan sido más democráticas, en el sentido que se ha querido darle a éstas en lo esbozado hasta aquí, es decir, cuando las implicancias en cuanto a real participación del pueblo y los efectos en la vida material de las personas se hayan inclinado a una mayor igualdad que lo que la democracia meramente institucional ha mostrado.

Lo dicho no significa afirmar que la institucionalidad de los procesos sea en sí misma negativa ni mucho menos que la concentración del poder sea positiva. Pero sí se considera importante evaluar los impactos concretos que determinadas políticas han tenido en la realidad socio-económica si se quiere comprender por qué el populismo reaparece como forma política a lo largo de la historia Argentina.

Retomando entonces la relación entre populismo y democracia puede verse que las prácticas populistas necesariamente entran en tensión con los cánones del demoliberalismo. Los populismos han privilegiado históricamente formas de participación que no conciben con la democracia liberal a la cual consideran como un obstáculo para la verdadera expresión de la voluntad popular. Esto ha llevado a que primen, en los populismos, formas de participación directa o semi-directa que se han relacionado más con la ocupación de espacios públicos que por el respeto a normas e instituciones demoliberales.

Así, en el caso de la Argentina, la inclusión de las masas a la vida política se relaciona con el acceso a ser alguien o más bien a ser reconocido y ocupar un lugar preponderante como nunca antes se había dado. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que

más allá del estatus simbólico que el populismo pudo otorgar a las masas, su política redistributiva tuvo un impacto real y concreto en la vida económica de la sociedad que hace que la adhesión a este tipo de movimientos sea aún más entendible, a la vez que da por tierra con aquellas caracterizaciones que presentan a las grandes masas como irracionales y manipuladas por un líder demagógico con poderes prácticamente sobrenaturales.

El populismo tiene un discurso fuertemente antiliberal sobre todo en lo político-ideológico e incluso antiimperialista, más no anticapitalista. Los populismos no se reconocen como enemigos de la democracia –como sostienen sus adversarios- sino, precisamente, como los auténticos profundizadores de ella, en tanto permiten la irrupción e intervención del pueblo en la política y que éste se realice no mediante las normas y procedimientos de la democracia liberal, sino a través de la participación igualitaria de todo el pueblo en las cuestiones del poder⁸⁸.

Cabe resaltar que en general los aportes acerca de la relación populismo-democracia tienden a confrontar ambos términos asimilando democracia a democracia liberal. La confusión surge al no separar ambos conceptos entendiendo, como se señaló más arriba, que es el liberalismo quien retoma algunos aspectos de la democracia útiles a sus fines pero la anula en cuanto a su definición original como “gobierno del pueblo”.

Lo que se quiere señalar, entonces, es que el populismo no es una simple desviación del demoliberalismo sino que tiene sus especificidades, las cuales dan lugar a otros criterios democráticos como así también a una crítica de sus rasgos autoritarios. Todo esto con la intención de aclarar las características de la vida política en la Argentina para así aportar elementos que permitan pensar en alternativas reales a lo ya existente.

Retomando entonces, el populismo es altamente democratizante toda vez que contribuyó a la inclusión de amplios sectores a la ciudadanía política y a derechos sociales pero, como contrapartida, presenta rasgos de concentración de poder en cuanto al apoyo y delegación hacia el líder, que desde entonces encarna al pueblo y por ello no se crean canales de expresión popular de otro tipo.

El populismo no es una aberración, forma parte de las tradiciones políticas del país y de la región y esto puede explicarse en tanto los intentos más cercanos a las instituciones

⁸⁸ Ibídem pág.82

liberales han contribuido a los intereses de las clases dominantes y no han dado solución a la permanente exclusión de las masas tanto económica como políticamente.

Otros dos aspectos a tener en cuenta se relacionan, en primer lugar, con el reconocimiento del otro como adversario con derecho a existir y, en segundo lugar, con el populismo como “armonizador” de la lucha de clases. El primer aspecto ha sido claramente tratado por el “posmarxismo” y se relaciona con el planteo de Mouffe acerca del modelo “agonístico” de democracia. Se entiende por tal el reconocimiento del otro como digno de existir y con derecho a defender sus principios, aun cuando no sean compartidos por un nosotros. Pero, el discurso populista que polariza a la sociedad presenta al nosotros y al ellos como enemigos lo cual convierte al populismo en autoritario. No obstante, cabe preguntarse si el populismo lleva de hecho esto a la práctica ya que puede decirse (y esto se relaciona con el segundo punto) que fácticamente el populismo no realiza cambios profundos en la estructura económica de la sociedad, lo cual implicaría un enfrentamiento concreto de clases en pos de sus intereses. Por lo que puede pensarse que el populismo presenta una faceta discursiva donde la sociedad se encuentra polarizada en contraste con una práctica política de “armonía” de clases presentándose como una alianza entre fracciones burguesas dominadas y el sector trabajador. Claro está que el populismo no se ha orientado hacia el socialismo y que por ello ha creído posible avanzar en materia social dentro de los márgenes del capitalismo.

Lo dicho no implica negar que el populismo haya tenido una gran significación y haya revolucionado en importantes aspectos la vida social de la Argentina lo cual llevó a grandes enfrentamientos y luchas. De hecho lo hizo y su influencia llega hasta nuestros días en tanto se mantiene como fuerza política, aún con las transformaciones dadas a través de los años. El punto es tener claro los límites hacia uno y otro lado del populismo, ya que son sus ambigüedades las que más de una vez dificultan su análisis y la posibilidad de pensar su superación.

En concordancia con este planteo, resultan de mayor interés los aportes de Emir Sader⁸⁹, en cuanto a los desafíos teórico-políticos que la izquierda latinoamericana (en sentido amplio) debe plantearse si quiere avanzar en un proyecto emancipatorio que tenga en cuenta verdaderamente las peculiaridades socio-históricas de América Latina. Así, es

⁸⁹ SADER Emir, “El Nuevo Topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana”, pág. 109

observable una tradición de izquierda que “importó” esquemas conceptuales europeos a situaciones de capitalismo dependiente, como es el caso de la Argentina, lo que impidió una lectura de los procesos específicos que se daban en el país y en la región y que llevaron a confusiones tales como caracterizar al nacionalismo reformista como reproductor del fascismo en Latinoamérica⁹⁰.

En referencia a esta situación resulta válido cuestionarse, desde un punto de vista transformador, de qué manera se interpreta al fenómeno populista, es decir, qué ha significado éste en la historia de la región, para desde allí plantear posibles alternativas que tengan en cuenta procesos democráticos que no asimilen la democracia a la democracia liberal, que tengan en cuenta la historia latinoamericana y argentina y que a su vez elaboren herramientas teóricas y políticas acordes a las transformaciones que las sociedades han sufrido en las últimas décadas, lo cual obliga necesariamente a repensar la manera de encarar hoy por hoy una política transformadora y los elementos teóricos que esto requiere⁹¹.

Sin llevar adelante las mencionadas tareas se torna dificultoso pasar de la estrategia defensiva y de resistencia que los movimientos sociales han sostenido en los últimos años a la construcción de proyectos hegemónicos alternativos. Esto implica poner en cuestión la sociedad civil como espacio privilegiado de actuación y reposicionar como fundamental el tema del Estado⁹². A este aporte de Sader, puede agregarse la necesidad de repensar las experiencias pasadas y los elementos que éstas han aportado así como la crítica a sus aspectos negativos (claramente analizar el peronismo en esta clave es fundamental), en pos

⁹⁰ El forzamiento de la realidad latinoamericana a las conceptualizaciones europeas fue tal que ni siquiera se tuvo en cuenta la diferente base social de fenómenos como el fascista y el populista; así como tampoco evitaron comprender la amplia mayoría electoral que llevó a Perón a la presidencia como resultado de la manipulación del líder. En este sentido los esfuerzos teóricos de, por ejemplo, Carlos Mariátegui se vuelven más significativos en tanto intento de traducir categorías teóricas pensadas para Europa a la realidad de América Latina.

⁹¹ En sintonía con la importancia de pensar en las alternativas pueden retomarse algunas propuestas de Boaventura de Sousa Santos, quien plantea que no basta con elaborar alternativas ya que el pensamiento moderno en torno a éstas ha sido propenso a la inanición, ya sea por articular alternativas irrealistas que caen en descrédito por utópicas, ya sea porque las alternativas son realistas y por ello fácilmente cooptadas por aquellos cuyos intereses se verían afectados por las mismas. Necesitamos por lo tanto un pensamiento alternativo sobre las alternativas. El autor propone una epistemología que a diferencia de la moderna concebida como conocimiento-como-regulación se pase a una de conocimiento-como-emancipación. Este paso planteado por el autor no es sólo de orden epistemológico sino que implica un tránsito desde el conocimiento a la acción. DE SOUSA SANTOS Boaventura, “Reinventar la democracia. Reinventar el Estado”, pág.37

⁹² *Ibídem* pág. 115

de una democracia real, participativa que aspire a su vez a la igualdad y a la transformación radical de la sociedad estando, a su vez, a la altura de los problemas actuales.

En este sentido cobra importancia el planteo de Sader en cuanto permite repensar la relación entre reformismo y revolución, teniendo en cuenta que en general los sectores más radicales han desdeñado la significación de algunas reformas, a la vez que los grupos ligados al reformismo han menospreciado la cuestión del poder⁹³. De esta manera es necesario replantear la relación entre reforma y revolución como articulación compleja que pueda orientarse hacia un proyecto contrahegemónico.

Bien señala Sader, sin embargo, que las medidas reformistas de significación ligadas a los nacionalismos, tuvieron éxito durante la expansión del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y caducaron junto al fin de este ciclo, lo cual puso de manifiesto las limitaciones de estas medidas en cuanto no llevaron adelante transformaciones estructurales. No obstante, la lógica reformista sobrevive en nuevas coyunturas políticas ante la reacción de los sectores populares a las medidas neoliberales⁹⁴.

Estos lineamientos del autor brasilero son realmente pertinentes al actual contexto latinoamericano. No obstante, no puede dejar de pensarse el fino límite en el que esta articulación entre reforma y revolución transita y la necesidad de que sea analizado en profundidad. No se trata de impugnar medidas progresistas desde una ultraizquierda dogmática sino de dar su justo peso al Estado y a las posibilidades y limitaciones que éste posee en un proceso transformador.

Justo es decir que la última dictadura militar en la Argentina significó una profunda derrota no sólo en cuanto al exterminio físico y moral de aquellos que actuaban en pos de la transformación social sino también de los importantes debates que hasta ese momento venían dándose en torno a la construcción del socialismo y la democracia. Tener en cuenta estos hechos da luz a los procesos que desde 1983 en adelante comenzaron a producirse en nuestro país, entendiendo que la reconstrucción de movimientos que puedan pasar de la resistencia a la construcción de alternativas ha llevado largas décadas y aún no ha logrado consolidarse.

⁹³ *Ibíd*em pág. 120

⁹⁴ *Ibíd*em pág. 122

El neoliberalismo no constituyó un conjunto de medidas impuestas por un gobierno al cual sólo bastaba derrocar para terminar con el modelo. Se instauró un tipo de sociedad que no tuvo efectos devastadores sólo en el ámbito económico sino también en lo político y en lo ideológico. Logró, como en el caso del menemismo, aplicar una serie de políticas regresivas sin tener si quiera que apelar a la represión directa para conseguir sus fines⁹⁵. Esto no puede dejar de relacionarse con las acciones llevadas a cabo por el proceso militar que prepararon el terreno, pero también debe tenerse en cuenta que el retorno a la democracia no sólo repudió al terrorismo de Estado sino también a toda la política anterior que habría llevado con su accionar al golpe de Estado⁹⁶.

Considerando, entonces, el proceso histórico de la Argentina desde el surgimiento del peronismo, es imprescindible analizar aquellas prácticas políticas que fueron conformando a lo largo de los años la vida política en el país. En este punto cabe indagar no sólo las características que asumieron los primeros gobiernos peronistas sino también los drásticos cambios que se configuran a partir del golpe de Estado de 1955.

Desde este momento la proscripción del movimiento peronista y la instauración de una “semi-democracia” llevaron a que la política se ejerciera en un plano institucional presionado por las fuerzas militares, por un lado, y en un plano extra-institucional en el que la denominada Resistencia peronista, especialmente el sector sindical tenía el papel central. De esta manera, a pesar de los intentos de las fuerzas golpistas de erradicar el peronismo de la clase obrera, la figura de Perón en el exilio y la identificación de los sectores populares con el gobierno precedente a 1955, conformaron un período, al menos hasta 1966, de inestabilidad y alternancia de gobiernos militares y civiles custodiados por las fuerzas armadas⁹⁷.

El análisis histórico de la relación populismo-democracia en la Argentina será abordado en el siguiente capítulo. No obstante, se considera fundamental hacerlo a la luz de una serie de esquemas que permitan dar cuenta de la complejidad y particularidad del devenir político desde el peronismo en adelante.

⁹⁵ En este punto vuelve a aparecer la importancia de la dimensión simbólica que el peronismo otorgó a grandes sectores de la sociedad, ya que debe tenerse en cuenta que la irrupción total de neoliberalismo en la Argentina vino de la mano del Partido Justicialista aun cuando los lineamientos de esta política se contraponían de plano a los principios generales del peronismo.

⁹⁶ En este sentido véase ABOY CARLES, Gerardo. “Repensando el populismo” en *Política y Gestión* N. 4

⁹⁷ CAVAROZZI Marcelo, “Autoritarismo y Democracia (1955-1983)”, pág. 10

2.3 Esquemas de comprensión

El abordaje de la tensión entre populismo y democracia liberal requiere el delineamiento de lo que se entiende por cada uno de los elementos de esta relación. Debe aclararse, sin embargo, que la elaboración de esquemas o tipologías no tiene como fin encorsetar la realidad en modelos preestablecidos, sino más bien ser una guía que permita, a la luz del análisis histórico, comprender la complejidad que la política ha asumido en nuestro país desde 1945 en adelante.

Así, se mencionarán algunas de las características más relevantes que el populismo y la democracia liberal poseen, según los aportes teóricos que hasta aquí se han esbozado. Asimismo, los esquemas a delinear son entendidos en su flexibilidad, es decir, en la posibilidad de ser modificados según lo que el análisis concreto demande, estableciendo un ida y vuelta inevitable entre la elaboración teórica y el análisis de la realidad.

Si como se dijo la democracia fue invadida por el liberalismo, se torna necesario apuntar algunos de los principios en que se fundó la democracia liberal y que persisten como base de sustentación más allá de la infinidad de manifestaciones disímiles que se dieron a lo largo de la historia.

Al decir de Ellen Meiksins Wood, en la otra historia de la democracia, aquella que no se originó en la democracia ateniense sino en el feudalismo europeo, y que culminó en el capitalismo liberal, los principales mojones, como la Carta Magna Inglesa y el año 1688, marcan el ascenso de las clases con propiedades. No se trata ya de campesinos que se liberan del dominio político de sus señores, sino de los señores mismos que afirman sus poderes independientes frente a las imposiciones de la monarquía. Este es el origen de los modernos principios constitucionales, las ideas del gobierno limitado, de la separación de poderes y demás, principios que han desplazado las implicaciones sociales del “gobierno del demos” –como el equilibrio de poder entre ricos y pobres- en cuanto criterio central de la democracia. Sin duda la afirmación del privilegio aristocrático contra las monarquías usurpadoras produjo la tradición de “soberanía popular” de la cual se deriva la concepción moderna de la democracia; sin embargo, el “pueblo” en cuestión no era el *demos* sino un

estrato privilegiado que constituía una nación política exclusiva, situada en un espacio público entre el monarca y la multitud⁹⁸.

No obstante, debe tenerse en cuenta que en Inglaterra la propiedad de la tierra estaba ya asumiendo una forma capitalista, en la cual el poder económico ya no estaba indisolublemente ligado al estatus jurídico, político y militar, y la riqueza dependía cada vez más del “mejoramiento” o el uso productivo de la propiedad sujeto a los imperativos de un mercado competitivo. De esta manera al trasladar la sede del poder del *señorío* a la *propiedad*, el capitalismo le restó notoriedad al estatus cívico, a medida que los beneficios del privilegio político le cedían paso a la ventaja puramente “económica”. Con el tiempo esto llegó a hacer posible una nueva forma de democracia⁹⁹.

Se fueron delineando entonces las características de la democracia liberal; así, ésta iba a permitir la extensión de la ciudadanía restringiendo sus poderes, es decir, fue capaz de imaginar un cuerpo ciudadano incluyente pero en gran medida pasivo, que abarcaba tanto a la élite como a la multitud, pero cuya ciudadanía sería de alcance limitado. No puede obviarse respecto a lo dicho que la conformación del capitalismo también transformó la esfera política a otros niveles como es la relación capital-trabajo, la cual presupone individuos formalmente libres¹⁰⁰ e iguales, sin derechos u obligaciones prescriptivas ni privilegios o inhabilitaciones jurídicas.

De esta manera cuando la “multitud trabajadora” ingresó finalmente a la comunidad de ciudadanos fue como agregado de esos individuos aislados, sin propiedad y abstraídos de las solidaridades comunales. Desde luego, la disolución de las desigualdades tradicionales representó un avance para estos individuos ahora “libres e iguales”, lo cual le otorgó nuevos derechos y facultades. Pero debe tenerse en cuenta que esto se realizó a la par de una devaluación de la ciudadanía y de la esfera política que había transferido algunos de los poderes al dominio puramente económico de la propiedad privada y el mercado. La devaluación de la ciudadanía implícita en las relaciones sociales capitalistas es un atributo esencial de la democracia moderna.

⁹⁸ MEIKSINS WOOD Ellen, op.cit. pág. 238-239

⁹⁹ *Ibidem* pág. 241-242

¹⁰⁰ Cabe agregar individuos libres en “doble sentido”, es decir, libres de establecer contratos pero a la vez libres de los medios de producción. La creación del “individuo soberano” suponía al mismo tiempo el desposeer y desarraigar al campesino.

La democracia liberal moderna posee como rasgo una disociación entre la identidad civil y el estatus socioeconómico, lo que permite la coexistencia de la igualdad política formal con la desigualdad de clases¹⁰¹. A este respecto, conviene tener presente para comprender al demoliberalismo que entre las ideas más fuertes de John Locke (principal teórico del liberalismo aunque no un demócrata) la institución del “gobierno” puede y debe concebirse como instrumento para la defensa de la “vida, libertad y propiedad” de los ciudadanos; es decir, la razón del gobierno es la protección de los derechos del individuo contenidos en la ley¹⁰².

Otro punto central a considerar en el desarrollo histórico de la democracia liberal es la redefinición estadounidense de la misma. Estados Unidos le dio al mundo moderno su definición de democracia cuyo ingrediente esencial es la dilución del poder popular. Esto se condensa en la fórmula de la “democracia representativa”. Así algo que hasta ese momento era concebido como la antítesis de la democracia pasa a ser parte constitutiva de la misma: no el ejercicio del poder político sino renunciar a él, transferirlo a otros, su enajenación¹⁰³.

El proceso de consolidación de la democracia liberal requirió todavía de grandes modificaciones en el siglo XIX. En efecto, la creciente movilización popular llevaba a que las clases dominantes no sólo debieran mantener la enajenación del poder sino también disociar definitivamente la “democracia” del *demos*. El cambio fundamental se da entonces en el paso del ejercicio del poder popular al estado pasivo donde lo fundamental era la protección y derechos constitucionales, lo cual se relacionaba, a su vez, con la indeclinable intención liberal de limitar el poder del Estado. La identificación entre democracia y liberalismo es total. Esta reducción es posible sólo en el contexto de las relaciones sociales capitalistas.

Sin duda que lo dicho hasta aquí no tiene una correspondencia directa con los hechos históricos y menos aún con la historia latinoamericana. No se está intentando trasladar conceptualizaciones ligadas a la realidad europea de manera acrítica, sino precisamente lo contrario. Cuando se discute en el presente trabajo la idea de un modelo único de democracia se está discutiendo precisamente con aquel discurso que pretende implantar este modelo a realidades socio-históricas diferentes, sin tener en cuenta que la

¹⁰¹ MEIKSINS WOOD Ellen, op.cit. pág. 246-247

¹⁰² HELD David, “Modelos de democracia”, pág. 102

¹⁰³ MEIKSINS WOOD Ellen, op.cit. pág. 252

democracia liberal europea es producto de determinadas condiciones históricas. No obstante, los intentos políticos de instaurar la democracia liberal en nuestro país existieron y existen y es por eso que se vuelve fundamental analizar de qué manera esto se ha producido y que relación se ha establecido entre el demoliberalismo y otras tradiciones, como la populista, que tienen su origen en América Latina, sin olvidar al mismo tiempo que no son tipos puros sino que combinan diversas teorías y prácticas.

Por otro lado, debe aclararse que los que se presentan como rasgos de la democracia liberal no están exentos de matices históricos incluso en Europa por lo que la generalización del demoliberalismo sólo tiene como fin ser un marco comprensivo para el análisis socio-histórico de la Argentina. A grandes rasgos se pueden establecer las siguientes características de la democracia liberal:

- La relación entre democracia y liberalismo es una relación históricamente constituida.
- Presenta a lo “económico” y a lo “político” como esferas separadas, propiciando la igualdad política sin necesidad de transformar las relaciones económicas.
- Tiene como principio la igualdad jurídica y política de los individuos susceptibles de derechos y facultades inalienables. Esto se fue ampliando con el tiempo. Tómese en cuenta la tardía incorporación de las mujeres y minorías raciales a la ciudadanía.
- Plantea como fundamental la división de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) como mecanismo de control para evitar la corrupción y la concentración del poder.
- La intervención del Estado debe ser la mínima posible. Un avance de éste significa un avasallamiento de las libertades individuales las cuales son intocables en la concepción liberal, sobre todo las relacionadas a la propiedad privada pero también a la libertad de expresión, asociación, etc.
- La democracia liberal es representativa. Esto no sólo se relaciona con las dificultades objetivas que la democracia directa representa en sociedades complejas y extensas geográficamente, sino fundamentalmente como manera de excluir la participación popular.
- En relación al punto anterior, la participación de la ciudadanía se canaliza a través del sufragio universal (el cual también se fue ampliando con el tiempo ya que en un

principio sólo contemplaba a hombres) en general por el sistema partidario, en el cual el individuo elige al representante o partido que encarna sus intereses.

- En cuanto a la representación es importante señalar que este mecanismo que parece tan sencillo en efecto no lo es. La representación, como aquí se entiende, no se relaciona a la idea del representante como depositario de un mandato que debe cumplir a toda costa sino como una influencia recíproca entre representante y representado. Relación en la que por lo general los representantes se escinden de sus representados actuando autónomamente, lo que en general se conoce como “clase política”.

Pueden establecerse, tomando como punto de partida las teorizaciones analizadas, los siguientes rasgos del populismo:

- Más que de *el* populismo conviene hablar de *los* populismos. Si bien pueden establecerse rasgos comunes, en general poseen particularidades de acuerdo al contexto histórico.
- Se caracterizan por un liderazgo específico de carácter paternalista. A su vez, asociado a una alianza policlasista. Esta alianza está concentrada en los sectores subalternos y la burguesía nacional como fracción dominada de la clase.
- Los populismos son altamente delegativos por lo que el poder tiende a concentrarse en el líder. En general, no contemplan formas institucionales de mediación sino que la relación entre líder y seguidores es directa. Esto lleva a que los políticos encarnen al pueblo y no se creen canales para la expresión de la voluntad popular.
- El ejercicio de la democracia es entendido como ampliación de los derechos ciudadanos lo cual contempla no sólo lo político sino también la redistribución de la riqueza. Además la participación se entiende como la ocupación de espacios públicos.
- Las instituciones liberales son consideradas impedimentos para la expresión de la voluntad popular.
- Otorgaron estatus simbólico a los sectores populares los cuales se vieron incluidos por primera vez como sujeto con derecho a participar en las decisiones públicas.

- El discurso populista divide a la sociedad en dos polos antagónicos: el pueblo y la oligarquía. Discurso que no es recibido pasivamente por los seguidores y que puede adquirir más de un significado según el contexto en el que se produce.
- Es ideológicamente antiliberal pero no anticapitalista lo cual no lo conduce a transformaciones estructurales que pudieran asociarse a un horizonte socialista.

Cabe agregar que, como en el presente trabajo se apela a esquemas de comprensión sobre la democracia y el populismo, entendiendo que son sólo pautas generales que guían el análisis pero que deben entenderse de acuerdo al contexto histórico, no puede obviarse el debate en torno al concepto de neopopulismo.

Si bien en esta investigación no se profundiza acerca de este debate y se retoma un concepto de populismo que no considera al fenómeno como algo estático sino que va adquiriendo especificidades históricas pero también rasgos comunes entre diferentes experiencias, es posible señalar algunos aspectos que distinguen a los populismos considerados “clásicos” de los denominados “neopopulismos”.

Según Carlos de la Torre, los denominados neopopulismos poseen una base social cuya alianza no es la burguesía industrial nacional unida al proletariado, sino una alianza entre elites emergentes y los sectores más pobres de la sociedad. A su vez, excluyen a los sectores organizados de la sociedad como las clases medias, el proletariado y burguesía industrial, actores esenciales en los populismos clásicos¹⁰⁴.

Los líderes neopopulistas han promovido políticas económicas basadas en las privatizaciones de empresas, la apertura de la economía, el fin del intervencionismo estatal y la confianza ciega en el mercado¹⁰⁵. Estas políticas son tan opuestas a las de sus predecesores populistas que incluso algunos autores han cuestionado el uso del prefijo “neo” para experiencias que ellos consideran más bien “anti-populistas”, como es el caso de Aníbal Quijano o Carlos Vilas. Sin embargo, esta interpretación se liga a una conceptualización del populismo que lo relaciona con un determinado contexto histórico, la fase de sustitución de importaciones y el intervencionismo de Estado pero, como se ha planteado, el populismo reaparece en diferentes coyunturas y para entender la especificidad

¹⁰⁴DE LA TORRE Carlos, “Redentores populistas en el neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos” en Revista española de ciencia política, Nº 4, pág. 172

¹⁰⁵Ibídem

de la política latinoamericana no se puede asociar populismo a estructuras económicas determinadas.

Esto no significa que la política sea totalmente autónoma respecto de la economía, sino más bien enfatizar que la relación es aún más compleja y que el populismo es parte de la cultura política en América Latina, por lo que muchas de sus características reaparecen constantemente¹⁰⁶. En este sentido, si bien gobiernos como los de Menem o Fujimori llevaron adelante políticas neoliberales en desmedro de sectores populares, siempre reivindicados en los populismos clásicos, continuaron un tipo de retórica política y liderazgo personalista similar al de sus predecesores. Al mismo tiempo, mantuvieron una relación compleja con las instituciones liberales, pero en este caso desfavoreciendo a las mayorías y anulando todo canal de crítica y debate.

En este sentido, cabe resaltar entonces que la aceptación de estos nuevos liderazgos en los '90 se relaciona a la forma en que fueron incorporadas las grandes masas a la política, tanto en la Argentina como en América Latina. De todos modos, no todos los neopopulismos son iguales y actualmente se asiste a una serie de gobiernos también enmarcados en esta categoría que no asumen necesariamente medidas neoliberales.

Lo importante a tener en cuenta entonces es que en todo análisis debe considerarse la especificidad de la política y sobre todo el contexto histórico de cada gobierno a analizar, al tiempo que el estudio y la crítica de los mismos debe tener presente que no puede pensarse a la política en Latinoamérica como desviación de los modelos europeos como si existiese algo así como *la* política. Ello es fundamental para superar las limitaciones tanto de la democracia liberal como del populismo en pos del cambio social.

2.4 Síntesis

Lo planteado en el presente capítulo ha tenido como fin cuestionar el concepto de democracia imperante, es decir, aquél que presenta como sinónimos a la democracia y democracia liberal y con ello replantear qué sentido asume la tensión de ésta con fenómenos como el populismo.

¹⁰⁶Ibídem pág. 176

Se debe reflexionar, entonces, acerca del carácter históricamente determinado de los hechos como así también de las teorías que los sustentan. Por ello, una de las ideas básicas en la que se erige esta investigación es que para entender por qué el populismo surgió y tomó las características que tomó en nuestro país no debe comparárselo con el demoliberalismo como si este fuera la verdadera democracia, cuando como se vio, a través de los autores tomados, la invasión del liberalismo a la democracia estuvo ligada a la necesidad de contener la movilización de masas creciente hacia finales del siglo XIX y principios del XX.

El ubicar a la democracia liberal en su contexto histórico ayuda a pensar las condiciones que la hicieron posible y por ende a analizar qué posibilidades tiene ésta de instaurarse en un país como la Argentina, con características absolutamente diferentes no sólo en lo económico sino también, y no es un dato menor, en sus tradiciones culturales y políticas. La igualdad jurídico-política es importante pero sólo será formal en tanto continúen las relaciones de dominación en el plano económico.

De esta manera la posibilidad de pensar en alternativas para nuestro país y la región exige sacar al populismo de su connotación peyorativa a la vez que tener una visión crítica de sus rasgos contraproducentes, sobre todo en lo que refiere a la concentración de poder, la relación de las masas con el líder y la inexistencia de canales de participación diferentes, aunque no excluyentes, de la ocupación de espacios públicos.

Por otra parte, tanto en lo que respecta al populismo como a la democracia liberal la cuestión de la representación se vuelve un tema central en tanto requiere comprenderla como un proceso dual en el que la influencia representante/representado es recíproca. Esto contribuye a dejar de lado la manipulación como mecanismo de cooptación en relación al populismo, a la vez que permite analizar la distancia establecida en el demoliberalismo entre representante/representado como problemática cuanto más patente es la instauración de una “clase política”.

Lo dicho en el presente capítulo tiene como fin ser un marco para el análisis histórico de la relación democracia-populismo en la Argentina. De allí la elaboración de esquemas de comprensión que sintetizen las características más importantes de los polos de la relación. No está de más afirmar la susceptibilidad de los mismos a ser modificados si el

análisis de la historia argentina, a partir de 1945, así lo requiere. Dicho análisis será abordado en el siguiente capítulo.

Capítulo III

La relación populismo-democracia en la historia argentina

El presente capítulo tiene como fin un análisis histórico de la relación/tensión entre el populismo y la democracia en la Argentina. Se abordarán los gobiernos electos entre los años 1940 y 2007 sin profundizar en los gobiernos de facto, aunque indudablemente éstos son ineludibles en el contexto histórico.

El foco estará puesto en analizar los fenómenos tratando de desentrañar la relación planteada en este trabajo con la ayuda de los conceptos esbozados en los capítulos anteriores. No obstante, el cruce de dichos conceptos con los fenómenos históricos requerirá de la flexibilidad de los primeros y de su posible modificación en caso de ser necesario.

El abordaje histórico de los gobiernos no pretende ser un estudio exhaustivo de todas las aristas que juegan en la conformación de cada uno, sino más bien un análisis de aquellos elementos que dan la pauta de la manera en qué se conformó la relación populismo-democracia desde la aparición del peronismo.

3.1 1945-1955: Perón y la irrupción del populismo en la política argentina

La llegada del peronismo al poder marcó una ruptura en los cánones políticos con los que el país había contado hasta el momento. Las transformaciones que se produjeron en los distintos niveles de la vida social dejaron una huella profunda que es necesario considerar en todo análisis de la política argentina y en especial de la relación populismo-democracia.

3.1.1 Los años previos al peronismo

La crisis económica mundial de 1929 llevó a que la Argentina viviera un acelerado proceso de industrialización. Así, durante la década del '30, ante las restricciones del comercio internacional, el gobierno argentino tomó una serie de medidas proteccionistas

para la economía abriendo paso al proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Estas transformaciones en la economía del país repercutieron, sin duda, en las fuerzas sociales dando lugar a reagrupamientos y modificaciones al interior de las mismas, a la vez que se modifica el papel del Estado¹⁰⁷.

Sin embargo, las medidas que favorecieron la industrialización no eran el proyecto hegemónico de la clase dominante, había enfrentamientos y contradicciones al interior de la misma. Por ello, el proceso es caracterizado, por Murmis y Portantiero, como de alianza entre fracciones de clase. Así, señalan los autores, la oposición más fuerte a la industrialización viene de una fracción dominada de los terratenientes, representados por la Unión Cívica Radical.

De este modo, la industrialización fue promovida por el gobierno conservador de entonces sin que por ello modificara sus orientaciones de clase, es decir, continuaron representando a los hacendados más poderosos. Éstos a su vez apoyaron un proyecto limitado de industrialización debido a las modificaciones en la economía mundial, pero de ningún modo propiciaron una transformación radical de la estructura económica del país. La industria desarrollada, entonces, se ligaba, fundamentalmente, a bienes de consumo no durables. De esta manera sólo se buscaba sustituir los productos que anteriormente se importaban sin tocar los intereses establecidos de las clases dominantes.

De todos modos, los cambios sociales eran inevitables ante las importantes modificaciones en la estructura productiva del país. Por ello, no sólo apareció un sector subordinado dentro de los industriales, ligado a capitales locales, sino que también comenzaron a modificarse las características de la clase trabajadora que cambió a la par que se aceleraba la industrialización del país.

En resumen, la crisis mundial dio lugar a modificaciones en la economía argentina, la cual tuvo que apartarse del modelo agroexportador que hasta entonces mantenía tomando una serie de medidas que hicieron posible la industria local. Sin embargo, este es un marco limitado de “industrialización sin revolución industrial” que dio lugar a una industria “no integrada”, basada en una industria liviana, productora de bienes de consumo no durables¹⁰⁸. Durante el período no aparecen propuestas orgánicas ni siquiera por parte de

¹⁰⁷ MURMIS Miguel y PORTANTIERO Juan Carlos, op.cit pág. 3

¹⁰⁸ *Ibíd*em pág. 16

los mismos industriales que profundizaran el proceso y se dirigieran al desarrollo de la industria de base.

Igualmente, no puede dejar de mencionarse la importancia que tuvo por aquellos años la firma del tratado Roca-Runciman¹⁰⁹ entre Argentina y Gran Bretaña. La firma del mismo, tuvo un influencia fundamental en cómo se reagruparon posteriormente las distintas fracciones de clase. El pacto aseguraba la primacía del sector más concentrado del agro lo cual despertaba recelo en los industriales que temían que su desarrollo se viera frenado por las manufacturas inglesas. Pero más allá de ello, la Unión Industrial Argentina (UIA), representante del sector más poderoso de la industria, realizaba demandas limitadas al gobierno, orientadas básicamente a la no reducción de aranceles aduaneros a las importaciones de manufacturas inglesas.

Hacia fines de 1933 el gobierno lanzó un nuevo plan económico donde se incluía el control de cambios, la creación de Juntas Reguladoras de la Producción y el desarrollo de un plan de obras públicas, medidas que motivaron el apoyo de la UIA. Así, siguiendo el análisis de Murmis y Portantiero, puede decirse que desde 1933 hasta 1943 la solidaridad de orientaciones entre los industriales y el Estado, bajo la hegemonía del sector ganadero más privilegiado, se mantuvo. Los grandes hacendados, obligados por la situación externa, modificaron su orientación librecambista tradicional y avalaron medidas oficiales que indirectamente tuvieron consecuencias industrialistas como el control de cambios o el aumento de gravámenes: achicadas las exportaciones, debían achicarse también las importaciones¹¹⁰.

Al menos hasta la Segunda Guerra Mundial no se produjeron fragmentaciones significativas en el seno de los industriales y en caso de haberlas habido este sector contaba con escasa fuerza de presión, por lo que el bloque hegemónico se mantuvo intacto. Esto se fue modificando hacia 1940 y fue un elemento central en surgimiento del peronismo.

¹⁰⁹ El pacto garantizaba que “el Reino Unido no impondría restricciones a la importación de carne vacuna enfriada procedente de la Argentina [...] asimismo, la Argentina tenía una serie de obligaciones que el 85% de las licencias de importación de la carne argentina en Inglaterra debía ser distribuida por el gobierno británico, lo cual consolidaba el trust frigorífico y a los ganaderos ligados a él. Además el gobierno argentino se comprometía a mantener libre de derechos al carbón y todas las otras mercancías que hasta entonces se importaban libres de derecho; [...] además el gobierno argentino se comprometía a no imponer ningún nuevo derecho ni a aumentar los existentes en lo referente a los derechos aduaneros de las importaciones inglesas”.
Ibídem pág. 16-17

¹¹⁰ Ibídem pág. 21

Cabe resaltar en este contexto el creciente rol del Estado en la estructura social. El Estado pasó a ser expresión de la creciente complejidad de las relaciones económicas reflejando a su vez las nuevas articulaciones entre los grupos a partir del crecimiento de la industria. Se reforzó la tendencia del Estado hacia la autonomía, en tanto su rol principal ya no era traducir al nivel de las decisiones políticas los intereses de una clase dominante de origen agrario, sino la relación de esos intereses con los de otras capas propietarias, estructuradas alrededor de la acumulación de capital industrial¹¹¹.

Respecto de la clase obrera previa al peronismo, puede decirse que se encontraba en un contexto de crecimiento capitalista sin intervención social de ningún tipo lo cual fue generando un cúmulo importante de reivindicaciones de clase. A ello se suma la transformación en la estructura misma del sector debido a las crecientes migraciones del campo a la ciudad.

Una serie de estudios han pretendido mostrar que el gran número de adeptos al peronismo provenientes de la clase obrera se debe a la escasa participación sindical y a un importante número de obreros “nuevos” que carecía de tradición política y que por ello era fácilmente manipulable; por el contrario, si bien es real que el sindicalismo creció de manera significativa durante el peronismo éste ya contaba previamente con una estructura importante que trató de satisfacer sin éxito, mediante distintas acciones, los reclamos obreros¹¹². El peronismo contó con un fuerte apoyo tanto de obreros “viejos” como “nuevos” lo cual no significa que durante el peronismo no se hayan producido importantes transformaciones para este sector y para la estructura sindical misma.

Desde el punto de vista político-institucional los gobiernos de la denominada “década infame” se caracterizaron por el fraude electoral y la corrupción. La democracia y la participación política eran definitivamente una formalidad por lo que los sectores dominados de la sociedad no encontraban dentro de las “instituciones democráticas” ningún canal de participación. Los conservadores se mantuvieron en el poder a través de la amenaza y la corrupción sin que los partidos opositores pudieran constituirse en un polo de poder que cuestionara el orden establecido.

¹¹¹ *Ibidem* pág. 42-43

¹¹² *Ibidem* pág. 76

Así, al decir de Alejandro Groppo¹¹³, en el período previo al peronismo las formaciones partidarias se encontraban atravesadas por un dualismo: mientras que los partidos mostraban un alto grado organizativo a nivel nacional, en el cual una estructura central articulaba diferentes secciones en las provincias y regiones, a nivel de la estrategia política y a nivel de discurso esa unidad organizativa no era tan visible.

De esta forma, la Concordancia (los conservadores) basaba su estabilidad política en la manipulación de resultados electorales. A su vez, el Partido Socialista era un importante opositor al gobierno de Agustín P. Justo, pero ambos compartían una concepción del trabajo ligada al positivismo que determinaba su valor de acuerdo a la productividad. Este concepto de trabajo va a ser desplazado por uno nuevo, propuesto por el peronismo, el cual lo entiende como la atribución de un derecho.

El PS aspiraba a la normalización institucional del país con un discurso estructurado en torno a los valores del consenso y la estabilidad política, por lo que llamaban a “elecciones limpias”. Sin embargo, el PS estaba dividido debido a las cercanías de un sector con el gobierno, mientras que otro sector del mismo pretendía hacer una alianza con la Unión Cívica Radical (UCR), principal partido opositor¹¹⁴. Estas ambigüedades del PS, a las que colaboraban los conservadores con distintas estrategias desde el gobierno, determinaban la imposibilidad del partido para erigirse como representante de amplios sectores de la sociedad, entre ellos el movimiento obrero.

Por otra parte, la UCR¹¹⁵ también se encontraba dividida en su interior entre el sector “participacionista” o “anti-personalista” o Alvearistas involucrados decididamente en las elecciones y la fracción “abstencionista” o “Yrigoyenistas”. Para algunos los Alvearistas eran un parte más del régimen pero de igual modo el abstencionismo del otro sector duró sólo hasta 1935 cuando participaron de las elecciones, hecho que fue visto por otros partidos opositores como una cooptación por parte del gobierno¹¹⁶. Más allá de ello, lo que Groppo quiere destacar al describir la situación de los partidos es la dislocación de la

¹¹³ GROPPA Alejandro, “Los dos príncipes: Juan D. perón y Getulio Vargas”, pág. 137

¹¹⁴ *Ibidem* pág. 139-143

¹¹⁵ Sería importante que en futuras investigaciones se tomara la historia de la UCR para comprender la democracia en la Argentina, ya que fue el partido que propulsó la ley electoral de 1912 y llevó como bandera los principios demoliberales básicos. Asimismo sería importante profundizar en su derrotero y ver qué características y elementos de su conformación pudieron también llevar al partido a tener profundas prácticas anti-democráticas tanto propiciando fuerte represiones policiales como participando de elecciones ilegítimas mientras el peronismo estuvo proscripto.

¹¹⁶ *Ibidem* pág. 145-147

identidad política de los mismos que no lograron, por aquél entonces, articular una oposición fuerte que fuera capaz de disputarle el poder al conservadurismo.

El Partido Comunista tampoco estuvo exento de contradicciones y ambigüedades entre 1931 y 1943. Desde 1931 hasta 1935 el PC pasó de enarbolar un discurso anti-imperialista en contra de los partidos de la oposición a fomentar un frente unido “democrático” en contra del bloque en el poder¹¹⁷. Esto determinó que las demandas del PC fueran menos radicales en tanto reclamaban la “normalidad institucional” y el “desarrollo político nacional” lo que imposibilitaba una alianza con otros partidos que no veían clara la posición del PC respecto al gobierno¹¹⁸.

En síntesis, los años previos a la llegada de Perón al poder se caracterizaron por importantes cambios en la estructura productiva del país que, a su vez, trajeron aparejadas importantes modificaciones en la conformación y agrupamiento de las diferentes clases y fracciones de clase. Así, durante la “década infame”, el sector más concentrado del agro logró mantener su hegemonía, pero la coyuntura internacional le impuso una serie de medidas que permitieron un incipiente desarrollo industrial. Este desarrollo supuso la aparición de un sector industrial local que no tuvo fuerza como para posicionarse fuertemente en el espectro político-económico de la época, por un lado; y la transformación de la clase obrera tanto por su inserción en esta industria naciente como por la llegada de migrantes internos que se movilizaron del campo a la ciudad, por el otro. Estos cambios obviamente influyeron en las características de la política argentina y serían elementos esenciales para la conformación del movimiento peronista.

El gobierno conservador se sostuvo en la formalidad de la democracia, ya que si bien se proclamaba la igualdad jurídica y el sufragio universal (aunque debe recordarse que las mujeres no tenían derecho a votar) esto de hecho no funcionaba, tanto por la corrupción y el fraude electoral como por la amenaza y control directo sobre los votantes¹¹⁹. De esta manera el gobierno llevaba adelante una fuerte política liberal en lo económico y un profundo conservadurismo en lo político; aunque como se vio tuvo que tomar algunas

¹¹⁷ Estos cambios iban en consonancia con la política de la Internacional Comunista que ante la amenaza nazi pasa de la estrategia clase contra clase a la estrategia de frente único.

¹¹⁸ GROppo Alejandro, op. cit pág. 158

¹¹⁹ Era común el uso de “matones” que vigilaban y amenazaban en la puerta de las salas de votación, no dejaban entrar a votar a quienes se sabía eran opositores o instigaban a los votantes a elegir al candidato oficial.

medidas proteccionistas prácticamente a la fuerza. Puede pensarse que la degradación de la vida política era tal que la implantación de la democracia liberal- representativa significó para amplias mayorías una situación muy desfavorable por lo que el apoyo masivo a un líder se vuelve aún más comprensible.

Hacia 1943 la situación de los conservadores en el gobierno era ya insostenible lo que desencadenó en el golpe de Estado que puso corte a este proceso de diez años a la vez que abría paso a Perón en el poder.

3.1.2 De Junio de 1943 a la presidencia de Perón

El golpe militar de 1943 fue en general bien recibido por los diferentes sectores del escenario político del país. Sin embargo, el grupo militar que derrocó al entonces presidente Castillo no estuvo exento de contradicciones internas. Muestra de ello fue la renuncia del Gral. Rawson a la presidencia a las cuarenta y ocho horas de haberla asumido. Es que la unidad de los militares estuvo dada por su oposición al gobierno conservador corrupto pero no compartían los mismos objetivos e intereses. El desplazamiento de Rawson y su reemplazo por Ramírez evidenció la existencia de una logia militar: el GOU (Grupo de Oficiales Unidos). En la logia predominaban las ideas nacionalistas y neutralistas, pero también había admiradores de las experiencias fascistas europeas; otros oficiales eran cercanos al nacionalismo popular e incluso al radicalismo, de ideas más democráticas¹²⁰. A esta logia pertenecía Perón y su influencia se mostró en las divergencias acerca del carácter de la revolución de Junio, el rumbo que debía tomar y el enfrentamiento de intereses en su propio seno.

Asimismo, en el terreno de lo político y social no estuvieron del todo claros los objetivos de los militares. En términos generales, el nuevo régimen se proponía eliminar la corrupción moral y política, buscar la unión del pueblo y restituirle sus derechos. Así, el gobierno tuvo una orientación nacionalista, industrialista y autoritaria con signos claramente derechistas. Entre las principales medidas se nacionalizó el Banco Central, se continuó con la organización de la flota mercante del Estado tendiente a lograr el monopolio estatal del transporte marítimo, se estatizó la corporación de transportes, tomó

¹²⁰ RAPOPORT Mario, “Historia económica, política y social de la Argentina”, pág. 284

nuevo impulso la Dirección Nacional de Fabricaciones militares, entre otras. De esta manera se fueron sentando las bases de lo que sería, posteriormente, el sistema productivo del peronismo¹²¹.

Ramírez, estableció la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas. Además implantó la censura de la prensa y la clausura de los partidos políticos, allanó los locales comunistas y encarceló a numerosos líderes sindicales¹²². Al mismo tiempo, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón comenzó a delinear los rasgos de lo que iba a ser su gobierno al tiempo que tejía su alianza con los trabajadores. La política de Perón desde la Secretaría se desplegó sobre tres ejes: la justicia social, el control de la clase obrera y la despolitización de las organizaciones sindicales. El propósito fundamental era neutralizar la influencia comunista a través de algunas medidas sociales que favorecieran al sector trabajador; sin embargo, este proyecto rebasó los límites de lo estipulado, llegando a tener un peso determinante respecto de los otros objetivos del gobierno militar¹²³.

Puede pensarse, a partir de estos sucesos, que el apoyo generalizado al golpe militar se mantuvo mientras los objetivos del mismo se redujeron a lo político-institucional, es decir, a la limpieza del escenario político de manera tal que las sucesivas elecciones pudieran darse en el marco de la legalidad, los derechos fueran respetados y los partidos pudieran participar libremente. De esta manera, mientras los objetivos del gobierno militar se mantuvieron en estos parámetros recibieron el apoyo de importantes sectores. Ahora bien, la labor de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión y la trascendencia que ésta tomó entre las clases populares imprimió un sello al gobierno y al proceso de la revolución que puso de manifiesto los divergentes intereses de sus dirigentes.

La tarea de Perón en la Secretaría había establecido ya en 1944 convenios con mejoras para los trabajadores de distintos sectores; convenios que regulaban salarios, vacaciones pagas e indemnizaciones por accidentes o despidos. El beneficio del aguinaldo alcanzaba a cada vez más trabajadores y a partir de 1945 sería obligatorio para todos. Se aumentaron salarios y se implementó el descanso dominical¹²⁴. Debe tenerse en cuenta que

¹²¹ CULLEN Rafael, "Clase obrera, lucha armada, peronismos. Vol. I: Génesis, desarrollo y crisis del peronismo original", pág. 47

¹²² *Ibídem* pág. 50

¹²³ RAPOPORT Mario, *op. cit* pág. 285

¹²⁴ CULLEN Rafael, *op. cit* pág. 51

muchas de estas políticas ya existían, la diferencia es que Perón las efectivizó cambiando con ellas de manera rotunda las condiciones de vida de miles de trabajadores.

En este sentido, la sanción de 1944 del Estatuto del Peón Rural¹²⁵ tuvo una gran significación no sólo en cuanto a los beneficios otorgados a los trabajadores del campo sino también en lo referente a la organización del peronismo posteriormente. Las medidas tomadas por dicho estatuto introdujeron cambios de los que difícilmente pudieran olvidarse los trabajadores. Por primera vez se tuvo en cuenta a un sector de la producción absolutamente precarizado y postergado, que a su vez tenía una dimensión nacional lo que le permitió a Perón tener llegada a todo el territorio.

De esta manera se incorporó a la vida política a un sector hasta entonces marginado. Puede decirse que desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Perón redefinió el carácter de la revolución de junio entendiéndola como una “revolución social”. A partir de entonces, comenzaron los conflictos al interior del gobierno militar el cual albergaba en su propio seno una política que no era compartida por el conjunto castrense. La sanción del Estatuto del Peón trastocaba una serie de intereses ligados a los productores agropecuarios que comenzaron a molestarse con este tipo de políticas.

Sin embargo, puede pensarse que en más de un momento el proceso social superaba al mismo Perón quien no tenía intenciones de traspasar los límites del sistema. Muestra de ello fue que, ya en la presidencia, Perón tendió más bien a apaciguar a los trabajadores y a tratar de evitar un levantamiento generalizado. Si de alguna manera Perón apuntaba a políticas sociales que mejoraran en general la calidad de vida de las personas y aseguraran el consumo en el contexto internacional de la posguerra esto debía hacerse bajo un férreo control del Estado y del peronismo en el gobierno. No por nada una de las estrategias previas a la presidencia fue impulsar sindicatos paralelos que socavaran el poder de las viejas estructuras sindicales reticentes al peronismo y cercanas al comunismo.

En general puede decirse que si bien durante su gestión en la Secretaría de Trabajo y Previsión Perón inclinó la balanza, a través de sus medidas, a favor de los trabajadores su proyecto apuntaba a la “conciliación” o “armonía” entre las clases. Proponía un Pacto Social donde el Estado mediara en el conflicto de clases. En palabras del mismo Perón en el

¹²⁵ El Estatuto del Peón Rural introdujo la legislación laboral en las estancias. Se dispuso la regulación de las vacaciones pagas, jornada ocho horas, descanso dominical, sueldos mínimos, indemnización por despido y diversas medidas de seguridad e higiene en las tareas. *Ibíd*em pág. 51-52

mundo existían dos tipos de dictadura la del capital y la del proletariado: “La nuestra hasta ahora había sido una dictadura del capital y nosotros queremos dar a esa estructura una nueva forma, creando una verdadera democracia en el medio, donde ni el capital ni el proletariado actúen sobre las decisiones del gobierno [...] El gobierno lo ejerce el Estado por su poder político y nadie le sale al cruce para decir cómo tiene que gobernar”¹²⁶.

De todas maneras, aunque Perón pretendía ganar el apoyo de los capitalistas las medidas tomadas desde la Secretaría provocaron una fuerte reacción de las patronales, tanto de la SRA como de la UIA, partidos políticos e instituciones profesionales. A ello se sumó la ofensiva estadounidense que no veía con buenos ojos el derrotero del gobierno argentino y acusaba de nazi a Perón. De esta manera la oposición fue cerrando filas hasta conformar un frente político que se oponía a las medidas tomadas desde la Secretaría y que reclamaba el llamado a elecciones. La llegada del embajador norteamericano Spruille Braden y su intento fallido de llegar a un acuerdo con Perón terminó de constituir el campo opositor.

Puede notarse que:

- Hacia el fin del gobierno militar ya se habían constituido en la Argentina dos bloques antagónicos: por un lado, las patronales, los partidos y el gobierno norteamericano representado por Braden; Perón, los trabajadores y un pequeño grupo de industriales nacionales, por el otro. Ya en este momento los trabajadores veían claramente que lo que se estaba disputando no era la defensa de una democracia y una libertad vacías de contenido, sino los derechos adquiridos con la gestión de Perón, que les otorgaba no sólo beneficios claros sino también un status simbólico en la política nacional.
- Perón había introducido claramente la distinción entre un “nosotros” y un “ellos”, claro rasgo del populismo como forma política. Definía de esta manera a los bandos: “De un lado está, claramente determinada, la oligarquía que se había entronizado en el país durante tantos años, [...] había llegado a sus extremos de explotación hasta explotar la miseria, la ignorancia y la desgracia de nuestra clase trabajadora [...] Así como explotó la democracia en su provecho y en perjuicio de

¹²⁶ *Ibíd*em pág. 55-56

la clase trabajadora, hoy pretende levantar la bandera de una democracia que no siente para servir a sus futuros intereses políticos [...]”¹²⁷.

- A través de estos planteos, Perón cuestionaba la concepción de democracia imperante, es decir, aquella que asimilaba la democracia a la democracia liberal. Esto no significa que Perón haya rechazado al liberalismo en su totalidad. Más bien puede decirse, que presentaba un tipo de democracia diferente que se sustentaba en las masas, que promovía una serie de importantes reivindicaciones, pero que contenía el proceso a través de un férreo control sobre los trabajadores mediante el Estado, con los sindicatos como mediadores. Por tanto, si bien el peronismo llevó adelante importantes cambios se sigue manteniendo la separación entre lo económico y lo político propia del capitalismo.
- La “ciudadanización” del proletariado fue un hecho de gran significación que sin dudas implicó un cambio sustancial en la Argentina y no por nada generó la fuerte reacción opositora de las patronales y los productores. No obstante, puede pensarse que el peronismo subestimó la cuestión del poder al no considerar las limitaciones de un proyecto económico-político asentado en una coyuntura internacional favorable que años después se mostraría restaurada y hostil a este tipo de proyectos.

Hacia 1945, con la agudización del enfrentamiento entre los dos polos de la sociedad, el gobierno le pidió la renuncia a todos los cargos que por entonces detentaba Perón: Vicepresidente, Ministro de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión. Perón y su colaborador Mercante fueron apresados. Esto provocó la reacción inmediata de los sectores trabajadores que desarrollaron medidas de fuerza reclamando la libertad del nuevo líder, numerosas huelgas generales fueron convocadas. El reclamo desembocó en la masiva movilización del 17 de octubre de 1945 donde millones de trabajadores se manifestaron frente a la Casa Rosada para exigir la liberación de Perón, liberación que fue concedida y que marcó el triunfo del proyecto peronista que meses después asumió la presidencia de la nación.

¹²⁷ DEL CAMPO Hugo, “Sindicalismo y Peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable” citado por CULLEN Rafael, op. cit pág. 74

3.1.3 El peronismo en el poder

El triunfo electoral del peronismo en 1946 se sustentó fundamentalmente en el movimiento obrero y los sectores populares que se habían visto altamente beneficiados por las políticas de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. En los últimos meses del gobierno militar la división social se había acentuado; no obstante, en su retórica Perón aspiraba a la conciliación de los diversos sectores evitando la polarización política; él mismo se presentaba como el nexo que regularía las discrepancias de intereses a través del Estado. Comienza a perfilarse la figura del líder del movimiento que con sus grandes cualidades sería capaz de “armonizar” intereses diversos. Al respecto, decía Perón en su discurso del 17 de Octubre de 1945: “[...] que sea desde esta hora, que será histórica para la República, el coronel Perón un vínculo de unión. Que sea esa unidad indestructible e infinita para que nuestro pueblo no solamente posea la felicidad sino que también sepa dignamente defenderla [...]”¹²⁸.

Por su parte, los partidos políticos que integraron la Unión Democrática, que enfrentó a Perón en las elecciones, ignoraron las profundas transformaciones que se estaban produciendo en el país. Caracterizaron al peronismo como una amenaza para las instituciones demo-liberales por su tendencia básicamente “fascista”. En consecuencia no terminaron de aceptar la derrota electoral de 1946.

Desde el punto de vista político puede decirse:

- El peronismo no podía, por sus características, insertarse en un sistema de partidos típico de la democracia liberal. El bloque político que lo apoyaba en las elecciones de 1946 era frágil, razón por la cual Perón decidió disolver estos partidos y formar provisoriamente el “Partido Único de la Revolución Nacional”¹²⁹. Algunos sectores, principalmente el Partido Laborista, intentaron mantener su autonomía y mantener la organización de un partido de los trabajadores. Sin embargo, con la posterior fundación del Partido Peronista en 1947 la mayoría de los trabajadores adhirieron a esta nueva propuesta por lo que el Partido Laborista terminó desapareciendo.

¹²⁸ Audiovisual disponible en www.youtube.com, nombre de la búsqueda: El discurso de Perón el 17 de octubre de 1945.

¹²⁹ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 356

- Así, aparece una primera tensión con los cánones del demo-liberalismo en cuanto a la competencia libre entre partidos. El peronismo fue definido por el mismo Perón como un “movimiento”. Al ser un movimiento incluía en su seno a elementos de izquierda y de derecha lo que marcó la tensión al interior del mismo peronismo y su constante crisis.
- Perón aparecía como el líder que conciliaba estas divergencias lo cual imprimió un fuerte sello verticalista al peronismo que se constituyó como movimiento “desde arriba hacia abajo”, a la vez que impulsó la burocratización de las relaciones impidiendo una democratización al interior del mismo movimiento. Estos límites hicieron que el peronismo tuviera dificultades para mantenerse frente a la embestida de los opositores en contextos de crisis como también en momentos históricos diferentes a 1945.
- La identificación del peronismo con la nación hacía que fuera imposible su funcionamiento en un sistema multipartidario: sólo existían los peronistas y los anti-peronistas.
- Otra de las tensiones con las que se encontró el peronismo al asumir el poder fue la división de poderes. Principalmente, la cuestión de la justicia. La Suprema Corte de Justicia era un baluarte opositor y venía impugnando las medidas de la Secretaría de Trabajo desde 1944. Perón consideraba que la justicia debía acompañar el “desenvolvimiento social” por lo que promovió juicios políticos con la intención de remover a los jueces de la corte. Finalmente, varios miembros de la Corte fueron destituidos al igual que otros jueces, el gobierno se aseguró de esta manera la lealtad de la justicia¹³⁰.
- El peronismo había obtenido en las elecciones mayoría parlamentaria en ambas cámaras lo que le permitió llevar adelante numerosas políticas sin mayores dificultades¹³¹. El control de la justicia, la mayoría parlamentaria y la fuerza de la figura de Perón implicó sin dudas una concentración del poder.

¹³⁰ *Ibíd*em pág. 357

¹³¹ Aún con mayoría en ambas cámaras, el poder legislativo se burocratizó a partir de 1951. El Poder Ejecutivo acentuó su control sobre los representantes del pueblo. Desaparecían las iniciativas de los legisladores y numerosos proyectos de ley eran elaborados o revisados en los distintos ministerios para luego ser presentados formalmente al cuerpo, suscriptos por los diputados justicialistas. *Ibíd*em pág. 358

Esta tensión invita a reflexionar acerca de la división de poderes ya que es utilizada, en general, como herramienta para vetar las iniciativas de otros sectores. Es decir, las diversas instancias de la democracia liberal no funcionan como espacios de debate democrático sino de impugnación de medidas por el sólo hecho de no provenir del partido propio. Allí es donde se observa que la democracia liberal se presenta como un espacio de discusión y debate plural que pretende llegar al “consenso” cuando en realidad lo que se ve es la disputa de intereses de relaciones sociales que se constituyen en la vida económica y cuyo desenlace depende de las correlaciones de fuerza, aunque esto no se presente de manera directa.

Como contraparte, el populismo ataca la formalidad de derechos e impulsa una distribución de la riqueza bajo un concepto de democracia que tiene en cuenta los derechos políticos y económicos reales de los sectores trabajadores; sin embargo, concentra poder y burocratiza las relaciones llevando a un punto de ahogo a la sociedad. Lo pendiente entonces, es pensar de qué manera se construye una democracia que tome en cuenta los derechos políticos y económicos a la vez que propicie formas reales de participación y no direcciones verticales y burocráticas, en este sentido poner en cuestión el papel del Estado y del poder se vuelve fundamental.

Un hecho muy significativo de los primeros años del peronismo fue la reforma de la Constitución de 1853. La convención deliberó durante dos meses en el año 1949 con una gran mayoría de convencionales peronistas. El principal propósito de esta reforma era la imposición de la reelección presidencial hasta entonces prohibida. No obstante, más allá de lograr la reelección se plasmaron en la constitución una serie de reformas que convalidaban las nuevas concepciones políticas, económicas y sociales acerca del Estado. Se expandieron las potestades del mismo hasta márgenes antes impensables lo cual restringió bastante la autonomía de los movimientos sociales; se perfiló un Estado de corte igualitarista, con preceptos constitucionales que impulsaban la redistribución de la riqueza a favor de los sectores asalariados; se establecieron los derechos especiales del trabajador, la ancianidad y la familia, la educación y la cultura; se reguló el mercado de trabajo con la creación de distintos organismos; pero de tales derechos se excluyó, y no es un dato menor, el derecho a huelga¹³².

¹³² *Ibíd*em pág. 359

La nueva Constitución plasmó, asimismo, un Estado nacionalista e intervencionista en las esferas de la distribución, comercialización y servicios; así como también la propiedad inalienable e imprescriptible de los recursos públicos. Esta legislación fue posible en el contexto de expansión de la economía argentina en un marco internacional favorable; ya en el segundo gobierno las posibilidades económicas del Estado se vieron restringidas y, por ende, su capacidad para encausar las fuerzas sociales por lo que acentuó sus rasgos autoritarios hacia la sociedad civil y la represión hacia sectores opositores.

En cuanto al sector trabajador, el peronismo le otorgó una organización de la que éste carecía, homogeneizándolo. No obstante, esta sindicalización “por arriba” llevó a una pérdida de autonomía de los gremios los cuales pasaron a ser un brazo del Estado, una especie de agentes del Estado ante la clase. Esta relación privilegiada supuso importantes beneficios para los trabajadores, pero perdieron en autonomía y ganaron en burocratización. Las limitaciones y obstáculos de este tipo de relación sindicato-Estado se verían posteriormente cuando el contexto fuera otro y el Estado no estuviera en manos del peronismo.

Ahora bien, profundizando un poco más en la relación entre peronismo y democracia puede decirse que:

- El atractivo político fundamental del peronismo, siguiendo a Daniel James, residió en su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía dentro de un contexto más amplio, esencialmente social. La cuestión de la ciudadanía en sí misma y la del acceso a la plenitud de los derechos políticos, fue un aspecto poderoso del discurso peronista, donde formó parte de un lenguaje de protesta, de gran resonancia popular, frente a la exclusión política¹³³.
- De esta manera, el peronismo puede reunir capital político denunciando la formalidad de la democracia imperante hasta entonces. Redefinió el problema de la ciudadanía en su totalidad al darle carácter social y al desafiar la validez del concepto de democracia reducida al goce de derechos formales. La ciudadanía ya no debía ser más definida en función de derechos individuales y relaciones dentro

¹³³ JAMES Daniel, “Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976”, pág. 27

de la sociedad política sino en función de la esfera económica y social de la sociedad civil¹³⁴.

- Aunque esto no implicó una ruptura total con el liberalismo, puso en cuestión el carácter “natural” de una separación, lo político y lo económico o la sociedad civil y el Estado. En el discurso de Perón luchar por derechos políticos traía aparejado, inevitablemente, un cambio social.
- Así, según James, el mayor legado que los sindicalistas recibieron del peronismo fue la integración de la clase trabajadora a una comunidad política nacional y un correspondiente reconocimiento de su status cívico y político dentro de esa comunidad. A la vez que le otorgó a la clase un importante grado de cohesión política¹³⁵. Esto implicó la consecuente dependencia de los mimos frente al Estado.

Para una mayor comprensión de los cambios producidos entre 1945-1955, es necesario tener en cuenta la base de sustento material y la forma en que el gobierno encaró la política económica en general. Por ello, se reseñarán brevemente algunas de las medidas económicas más importantes a fin de ilustrar la significación del peronismo en la Argentina.

El discurso económico peronista se sustentaba en cuatro columnas: la importancia del mercado interno, del nacionalismo económico, del estatismo y el papel central de la industrialización. La implementación de esta estrategia se valió de las instituciones ya existentes complementadas con nuevos organismos destinados a cumplir su función en el marco de esta nueva política económica. El Estado pasó a tener un papel central como regulador de la economía y como proveedor de bienes y servicios. Lo más significativo fue la aplicación de políticas sociales que provocaron una fuerte redistribución de ingresos en el marco de una estructura trabajo-intensiva, basada en una creciente dotación de trabajadores en la industria y en otras actividades, con un poder adquisitivo más elevado y mejores posibilidades de salida de la misma producción industrial. Este proyecto se sustentaba en el fortalecimiento de los sectores sindicales y en una alianza política y social entre éstos y un sector del empresariado nacional¹³⁶.

¹³⁴ *Ibíd*em pág.30

¹³⁵ *Ibíd*em pág.25

¹³⁶ RAPOPORT Mario, *op. cit* pág. 379-380

El primer Plan Quinquenal del gobierno delineaba la política económica durante los años 1947-1951. La impronta era el nacionalismo económico con el fin de lograr la independencia del país a este nivel. En este sentido la idea de planificar aparecía como la forma de encarar una serie de cambios que transformarían sustancialmente la estructura productiva de la Argentina a largo plazo.

En sus puntos esenciales, que se cumplieron parcialmente, el Plan postulaba: la transformación de la estructura económico-social por expansión industrial; la reducción de los factores de vulnerabilidad externa a través del rescate de la deuda pública y privada y la nacionalización de los servicios públicos; la elevación del nivel de vida de la población mediante una redistribución de la riqueza y un plan general de obras y servicios públicos referidos a sanidad, educación y vivienda; el empleo de parte de las ganancias generadas por los términos de intercambio favorables de que gozaba el país, junto con las reservas de oro y divisas acumuladas durante la guerra, para la financiación del programa; el mantenimiento de una política nacionalista frente a los organismos internacionales; una amplia movilización de recursos nacionales, la aceleración de la capitalización industrial, el fomento de la creación de un importante mercado de consumo interno y máxima utilización de la fluidez brindada al sistema bancario, para independizarse de las fluctuaciones de la balanza de pagos¹³⁷.

El Plan se centraba básicamente en la expansión de la industria quitando el centro del sector agrario. El crecimiento económico que permitió la coyuntura de posguerra, en tanto las exportaciones se incrementaban y por ende sus ganancias, a la vez que gran parte de esos activos se destinaban a la industria, tuvo como eje la industrialización liviana. Esta política se llevó a cabo fundamentalmente mediante el IAPI (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio). El IAPI absorbió las funciones de la Junta Reguladora de Granos y encaró los problemas específicos que creaba la comercialización externa de las cosechas argentinas. El nuevo ente estatal comenzó a operar dentro del área perteneciente al Banco Central de la República Argentina nacionalizado poco tiempo antes. El Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio, monopolizó desde 1946, la comercialización de cereales y oleaginosas. Entre 1946 y 1949, compró las cosechas de los agricultores para

¹³⁷ *Ibidem* pág. 385

venderlas internamente y en el exterior, obteniendo un margen muy amplio gracias a los favorables términos del intercambio externo¹³⁸.

A medida que la política económica peronista se fue profundizando hacia un modelo nacional-distribucionista, el IAPI fue adquiriendo nuevas funciones. Internamente, otorgaba fondos a las diversas reparticiones y entes públicos destinados a la compra de bienes de capital, operando como un verdadero organismo financiero. En este papel, fue fundamental en la nacionalización de empresas (otro eje importante de la política económica peronista) y en la compra de bienes de capital para diversos emprendimientos estatales¹³⁹.

Por primera vez un gobierno asumía firmemente una posición industrialista. Ésta apuntaba específicamente a la sustitución de importaciones a través de la expansión de la industria de bienes de consumo no durables, especialmente los vinculados a insumos agropecuarios. Sin duda, esto fue posible mientras el contexto favorable de la posguerra lo permitió. Pero ya a fines del primer gobierno peronista se pusieron de manifiesto las limitaciones de un modelo que no había logrado modificar la estructura productiva del país a nivel de base como para cortar definitivamente la dependencia de la importación de bienes de capital. Esto, sumado al deterioro de los términos de intercambio ante la reactivación económica de Europa y la gran sequía que azotó al país a fines de los '40, hizo entrar en crisis al plan económico del gobierno que tuvo que volver su política hacia el agro.

En 1952 Perón asumió su segundo mandato en el marco de la crisis económica que deterioraba su base de sustentación. Sin embargo, aún ganó con un buen margen en donde el voto femenino, importante reivindicación política otorgada en 1947, tuvo gran significación. Sin embargo, este gobierno estuvo marcado por la inestabilidad política, que se agravó con la muerte de Eva Perón quien le aseguraba el apoyo de los sectores más necesitados de la población. Todo esto cuando la política de austeridad impulsada a causa de la crisis castigaba a los sectores populares que empezaron a manifestar su descontento.

A lo dicho, se sumó el conflicto entre el gobierno y la Iglesia Católica. Esta última, en principio, había apoyado al peronismo pero poco después no vio con buenos ojos las

¹³⁸ *Ibíd*em pág. 413

¹³⁹ *Ibíd*em pág. 415

políticas sociales del peronismo que a su entender cuestionaban las jerarquías sociales. Además, siguiendo las iniciativas del Vaticano de formar partidos demócratas cristianos la Iglesia se orientó a ello intentando restar fuerzas al peronismo y sumar a las corrientes opositoras. El gobierno respondió con una serie de medidas como el divorcio, la equiparación de hijos legítimos y extramatrimoniales y la derogación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas que rompieron definitivamente las relaciones con el clero¹⁴⁰.

Respecto a la crisis económica, algunas de las medidas orientadas a enfrentarla se plasmaron en el Segundo Plan Quinquenal, que si bien mantuvo los postulados industrialistas impulsaba a mantener el equilibrio de precios y salarios; fomentar el incremento de la actividad agrícola-ganadera; conceder un papel complementario al capital y crédito extranjero¹⁴¹, entre otras. Se propuso un Plan de Estabilización que pusiera freno al aumento salarial tratando de vincularlo a la evolución de la productividad del trabajo.

Por último, en el marco de esta crisis, el tema de los contratos petroleros terminó de socavar el poder del peronismo. Perón había mantenido una política nacionalista respecto a los recursos naturales que se había consagrado en la Constitución de 1949. No obstante, el país había tenido dificultades para adquirir equipos de perforación, instrumentos de refinación y repuestos, en principio porque estos no estaban disponibles para la compra¹⁴². Esto derivó en la firma de contratos con la Standard Oil de California la cual se encargaría de explorar y explotar una importante zona de Santa Cruz, concesión otorgada por cuarenta años.

La crisis política, el conflicto con la Iglesia y la firma de los contratos petroleros permitieron que finalmente la oposición cerrara sus filas incluyendo en las mismas a un importante sector del Ejército. En septiembre de 1955, un golpe de Estado autodenominado “Revolución Libertadora” puso fin a una década de peronismo. Comenzó aquí un largo exilio del General Perón y la proscripción del peronismo en la política argentina. Esto marcó en los años posteriores el rumbo de dicha política y una inestabilidad constante caracterizada por la consecución de gobiernos electos e irrupciones militares.

¹⁴⁰ Ibídem pág. 441

¹⁴¹ Ibídem pág. 475

¹⁴² Estados Unidos privilegiaba el abastecimiento local.

En el presente trabajo no se analizará en profundidad la “Revolución Libertadora”, pero debe tenerse en cuenta que el derrocamiento de Perón y la proscripción de su movimiento originaron la llamada “Resistencia peronista”. Desde allí se conformaron una serie de grupos y organizaciones que fueron centrales en los años posteriores, donde el eje de su política estuvo en la lucha por el retorno de Perón. Sin embargo, dieciocho años duró el exilio del líder y como se verá importantes cambios se produjeron en todos los ámbitos de la sociedad de los que el populismo y también la democracia no estuvieron exentos.

3.2 La democracia restringida: los gobiernos de Arturo Frondizi y Arturo Illia

El golpe militar que derrocó a Perón en 1955, introdujo una serie de medidas tendientes a retroceder en aquellas políticas que el peronismo había formulado en pos de una redistribución de la riqueza. La intervención militar fue apoyada por los partidos políticos anti-peronistas, los cuales, incapaces de disputarle el poder por vías electorales recurrieron al golpe de Estado.

Tras la caída de Perón (quién debió refugiarse en la embajada de Paraguay¹⁴³) asumió la presidencia el General Lonardi quien intentó llevar adelante una política “conciliatoria” con los vencidos en el terreno militar y civil. Esta actitud generó la reacción de la oficialidad liberal, los partidos políticos tradicionales y los grupos de presión quienes aspiraban a una depuración del Estado y de la sociedad argentina, eliminando todo rastro del peronismo¹⁴⁴. Por ello, Lonardi se vio obligado a renunciar siendo reemplazado por el General Aramburu quien se mostró decidido a llevar adelante la política represiva contra el peronismo.

Debe observarse que, en general, los golpes militares en la Argentina, incluido el de 1955, se autodefinieron como los verdaderos defensores de la democracia. Así, asumieron la tarea de “preservar” la democracia de los ultrajes que pudieran cometer algunos gobiernos electos. En estos discursos se volvió a enfatizar la idea de democracia como una abstracción, carente de contextualización histórica. En definitiva se hablaba de *la* democracia, una que no refería de ninguna manera al avance de las clases populares en la

¹⁴³ A partir de este momento, Perón comenzó un largo recorrido por diferentes países donde fue asilado, asentándose finalmente en la España franquista donde pasó la mayor parte del tiempo que duró su exilio.

¹⁴⁴ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 499

participación o toma de decisiones, ni suprimía la separación entre la esfera económica y política de la vida social. En estos discursos la democracia se asimilaba a la democracia liberal consistiendo en la igualdad ante la ley aunque ello ocultara una gran desigualdad social. De esta manera, cualquier tipo de intervencionismo que inclinara la balanza a favor de los trabajadores, aun cuando esto no significara un cambio radical en la sociedad, generaba la reacción de los sectores conservadores.

De este modo, en nombre de la democracia, la “Revolución Libertadora” intervino la CGT, disolvió el partido peronista y la CGE, proscribió las actividades políticas de los peronistas, prohibió el uso de sus símbolos y arrestó a muchos de sus dirigentes. Anuló por decreto la Constitución de 1949 y restableció la de 1853. Además se creó un órgano de gobierno denominado “Junta Consultiva Nacional” integrada por veinte miembros pertenecientes a partidos políticos anti-peronistas. Éstos obtuvieron de esta manera una participación marginal en las decisiones de poder¹⁴⁵.

Puede decirse que el restablecimiento de la democracia para los sectores golpistas consistía en la eliminación del peronismo como movimiento político, por lo que llevaron adelante una fuerte represión. Esto fue hecho con el aval de los partidos políticos a la vez que, en general, los militares eran considerados un actor político legítimo con capacidad de intervención en momentos en los que la democracia “peligrara”. Si bien, en la mayoría de los golpes de Estado los gobiernos de facto se presentaban como transitorios más de uno se estableció por varios años y tuvo pretensiones de quedarse en el poder buscando lograr en algún momento el apoyo electoral.

No obstante, el golpe del '55 tuvo que enfrentarse a fuertes luchas encarnadas por los militantes peronistas quienes llevaron adelante huelgas, sabotajes a la producción e incluso hechos armados¹⁴⁶. Estos hechos fueron aumentando la inestabilidad de un gobierno que aún con la represión no había logrado doblegar totalmente al peronismo. En este contexto se convocó a elecciones presidenciales para febrero de 1958. El peronismo estaba proscripto y no fue autorizado a participar en la contienda electoral al igual que los partidos de izquierda, por lo que la elección quedó reducida a las dos líneas de la UCR: la

¹⁴⁵ *Ibíd*em pág. 500

¹⁴⁶ Pocos meses después del derrocamiento de Perón se produjo un levantamiento de militantes peronistas (civiles y militares) dirigidos por el General Valle con intenciones de recuperar el poder. De escasa organización el levantamiento fue aplastado y muchos de ellos fueron arrestados y posteriormente fusilados.

Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) dirigida por Arturo Frondizi, por un lado; y la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) encabezada por Ricardo Balbín (que contaba con el apoyo del gobierno), por el otro.

Más allá del llamado a elecciones, desde este momento y por muchos años más el funcionamiento político en el país se caracterizó por gobiernos débiles que fueron electos en el marco de una democracia restringida, es decir, en el marco de la exclusión de la mayoría de la población ligada al peronismo. A su vez, estos gobiernos fueron permanentemente custodiados por los militares por lo que su margen de acción se limitaba fuertemente siendo destituidos ante la más mínima desviación en cuanto al objetivo central de la derecha: “desperonizar al país”.

El candidato electo en 1958 fue Arturo Frondizi quién triunfó con el 45% de los votos. Este amplio número se relacionó con los votos que el electorado peronista le brindó. Este apoyo estuvo dado por el pacto realizado entre Frondizi y Perón quienes asumieron una serie de compromisos que favorecerían a ambas partes: Perón llamaba a sus seguidores a abandonar el voto en blanco como forma de repudiar las elecciones y se inclinaba hacia el voto positivo, el cual a su entender sería más fructífero para lograr la legalización del peronismo; Frondizi, por su parte, tomaba los votos peronistas para llegar al poder comprometiéndose a amnistiar a los dirigentes peronistas, restablecer el orden sindical anterior a los militares y permitir participar a los peronistas en futuras elecciones¹⁴⁷.

Desde el punto de vista ideológico, el frondizismo se asentó en las ideas de Rogelio Frigerio quien convirtió su revista “Qué” en el órgano de prensa de la candidatura de Frondizi. La idea base era la defensa y protección de la industria argentina. Se remarcaba la importancia del desarrollo de la industria pesada y la explotación de recursos naturales, especialmente el petróleo. Se enfrentaba al imperialismo y a la oligarquía local proponiendo traspasar el poder económico a manos de la burguesía nacional¹⁴⁸. Estas concepciones tenían una fuerte relación con los planteos peronistas por lo que la desconfianza de los militares hacía que ejercieran una fuerte presión sobre el presidente.

Sin embargo, debe decirse que aunque en un comienzo pudieran encontrarse estas coincidencias entre el peronismo y el frondizismo, las intenciones de este último estuvieron

¹⁴⁷ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 503

¹⁴⁸ Ibídem pág. 502

en “redireccionar” al electorado peronista. Entre 1955 y 1973 gran parte de las estrategias de los partidos se orientaban a deshacer la relación del líder con sus bases apareciendo una dinámica de resistencia-integración entre los peronistas. Esta dinámica pendulaba entre la posibilidad de integrarse a la institucionalidad propuesta por la democracia restringida y aprovechar las posibilidades que estos gobiernos ofrecían al sector trabajador o mantener la resistencia y la lucha en pos del retorno de Perón y la legalización del movimiento¹⁴⁹.

Más allá de la significación que esta dinámica tuviera en las bases peronistas la influencia de Perón, aún desde el exilio, no fue un dato menor. El líder logró desde la distancia consolidar, mediante el contacto y direccionamiento permanente, la lealtad de sus seguidores pero también consiguió frenar las intenciones de algunos sectores del movimiento de convertir al peronismo en un movimiento revolucionario, que se organizara para tomar el poder al calor de la reciente Revolución Cubana¹⁵⁰.

Esta serie de contradicciones no lograron disolver la relación del líder y las masas quienes en su mayoría eran fieles a la figura de Perón aun con la distancia y el paso de los años. No obstante, hacia 1973 la polarización entre las tendencias divergentes en el mismo movimiento peronista se profundizaría.

Retomando entonces el gobierno de Frondizi, el presidente electo, cumpliendo el pacto con Perón, sancionó una ley de amnistía y la ley de Asociaciones Profesionales que restableció el sindicato único por rama y por industria. No obstante el levantamiento de la proscripción se haría esperar y no alcanzaría los resultados buscados. Además retomó los proyectos de Perón con empresas extranjeras en cuanto a la explotación del petróleo de los cuales había sido férreo opositor. Si bien una de las propuestas centrales de Frondizi durante su campaña había sido la explotación nacional del petróleo las imposibilidades económicas y de recursos del país le hicieron virar en cuanto a su apreciación del capital extranjero. Las dificultades podían superarse mediante la atracción de capitales foráneos dispuestos a invertir en la exploración y explotación petrolera¹⁵¹.

Las consideraciones del frondizismo respecto al papel del capital extranjero se relacionaban con la línea desarrollista de su concepción económica. Frondizi y Frigerio

¹⁴⁹ Al respecto véase JAMES Daniel, op.cit pág. 152

¹⁵⁰ Respecto a la tendencia revolucionaria resulta ilustrativa la correspondencia entre Perón y J.W.Cook. Este último era dirigente de la Resistencia y representante de Perón en el país. Mantuvo profundos debates con el líder exiliado ya que era partidario de una radicalización del peronismo hacia el socialismo.

¹⁵¹ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 503

caracterizaban a la Argentina como un país subdesarrollado y desintegrado al que, por lo tanto, había que desarrollar e integrar. El subdesarrollo era considerado como la incapacidad de lograr la expansión autosostenida de las fuerzas productivas con un ritmo suficiente como para achicar la brecha con los países desarrollados. El énfasis estaba puesto en la industrialización del país pero no en la industria liviana que hasta el momento se había desarrollado, la cual había contribuido a profundizar la dependencia en cuanto a la necesidad de importar bienes de capital de los países desarrollados. Por tanto se debía propulsar las industrias básicas: acero, petroquímica, metalmecánica, automotriz, entre otras.

Se dirigía una crítica frontal al liberalismo económico como medio para el desarrollo; el Estado tenía un rol fundamental en cuanto a la protección arancelaria, la promoción industrial y la política impositiva; el programa de desarrollo debía tener un ritmo acelerado para el cual el país no contaba con recursos suficientes. Por ello el papel del capital extranjero era crucial para mantener el ritmo de desarrollo siempre y cuando éste contribuyera a sustituir importaciones¹⁵². La industria clave para el desarrollismo era la siderurgia, pero el eje se centró en el petróleo debido al déficit energético en el país.

La firma de los contratos petroleros puso fin a la “tregua” que el peronismo le había dado al nuevo gobierno. Bajo directivas de Perón comenzó el repudio a los contratos firmados con una huelga de los trabajadores del petróleo. Esto sumado al deterioro de las condiciones de vida y a la caída del salario hizo que entre 1959 y 1960 se diera una fuerte protesta por parte de los trabajadores que impulsaron un gran número de medidas de lucha.

En este contexto, si bien muchos partidos y sectores militares comenzaron a plantear la “necesidad” de destituir a Frondizi, los trabajadores no querían que sus acciones colaboraran a ello. Al mismo tiempo, las bases peronistas se dividieron aún más entre las direcciones gremiales y los movimientos armados clandestinos que, aunque tuvieron acciones conjuntas, no acordaban completamente en las estrategias a seguir, reapareciendo nuevamente la tensión entre incluirse o resistir.

1959 fue un año de creciente conflictividad en donde los trabajadores pusieron de manifiesto su descontento ante las limitaciones del gobierno. Entre los conflictos uno de gran significación fue la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre y la huelga general

¹⁵² *Ibidem* pág.548

proclamada en su apoyo. Lucha que se llevó adelante ante el intento de privatización del frigorífico que había sido nacionalizado durante el primer gobierno de Perón¹⁵³. Ante esta situación, el gobierno no dudó en desplegar el aparato represivo y llevar adelante la intervención de varios sindicatos. Pese a la gran magnitud de las luchas entre 1959-1960 éstas fueron derrotadas y la desmoralización del movimiento obrero no fue menor. La avanzada represiva embistió fundamentalmente contra las comisiones internas en las fábricas, las cuales habían tenido gran importancia en la democratización y participación del movimiento obrero, tanto en la toma de decisiones como en la recuperación de los espacios de trabajo como lugar de reunión y discusión.

Además de la represión directa se aplicaron sistemas de racionalización que minaron el derecho de los trabajadores y sus comisiones internas con las cuales podían intervenir en las condiciones de trabajo y en el manejo de los tiempos, división de tareas e incluso de la movilidad dentro de la misma fábrica¹⁵⁴. Esto terminaba de deteriorar las medidas democratizantes del peronismo no sólo en el sistema institucional en general sino también al interior del sector trabajador. El resultado fue un retroceso en la lucha de los trabajadores y una creciente burocratización de los sindicatos.

Ante estas circunstancias Frondizi creyó poder “integrar” a los gremios a su proyecto y de esta manera fortalecer su presidencia. Al mismo tiempo surgieron algunos sectores neo-peronistas que pretendían participar en las contiendas electorales más allá de la dirección de Perón. Por ello, en las elecciones de marzo de 1962 en las que se disputaban varias gobernaciones Frondizi autorizó la participación del peronismo buscando medir fuerzas y confiando en su capacidad para captar los votos anti-peronistas. El peronismo triunfó en varias provincias, significativamente, también en Buenos Aires. La reacción del gobierno fue intervenir cinco de las provincias donde había ganado el justicialismo; sin embargo, ni siquiera esta medida impidió que los militares depusieran al gobierno para “preservar” los principios de la Revolución Libertadora.

En síntesis:

- Las características del gobierno de Frondizi y las medidas que adoptó no permiten caracterizarlo como populismo. Si bien intentó erigirse como nuevo líder de las

¹⁵³ JAMES Daniel, op.cit pág.159

¹⁵⁴ *Ibíd*em pág. 193

clases populares no logró una ruptura en el orden social que superara la huella dejada por Perón.

- La presencia de las Fuerzas Armadas en la política, como un actor legítimo con función tutelar, dio matices particulares al contexto. De este modo, aunque en un principio el frondizismo tuviese un discurso progresista, con énfasis en el desarrollo nacional y en la participación popular por vías más institucionalizadas, éste no tuvo su correlato en los hechos y esto no puede explicarse sólo por la presión militar sino por los rasgos mismos de la UCRI.
- Por otra parte, el gobierno de la UCRI llegó al poder a través de la proscripción del peronismo lo cual pone de manifiesto la incapacidad de construir políticamente una alternativa al peronismo que no estuviese unida al aparato represivo. Al mismo tiempo, no se produjo ninguna ruptura antagónica en la sociedad que diera cuenta del carácter transformador del gobierno, más bien se pretendía integrar a las masas a un “sistema institucional” que prohibía al movimiento y al líder de la mayoría de la sociedad.
- El carácter “democrático” de este gobierno se torna más que difuso si se considera el marco institucional en el que se estableció y las medidas tomadas ante el clima de agitación no sólo respecto a la represión directa sino en las políticas adoptadas respecto a los sindicatos, organización del trabajo, reducción salarial, entre otras.
- Mantuvo formalmente el sufragio universal aparentando una participación masiva que en realidad fue avasallada con intervenciones y represión ante el triunfo del peronismo. Es decir, una igualdad jurídica formal que contrastaba con la verdadera desigualdad social y política que se estableció por aquellos años.

Los militares no llegaron a un acuerdo sobre quién debía suceder en el poder a Frondizi: algunos pretendían un gobierno de facto que profundizara la tarea de la “Revolución Libertadora” mientras que los sectores más legalistas no deseaban comprometer a las instituciones militares en el gobierno. Con el apoyo de estos últimos sectores, ligados al frondizismo, se consiguió que el presidente del Senado, José María Guido, asumiera la presidencia¹⁵⁵.

¹⁵⁵ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 505

Si bien Guido asumió la primera magistratura, los militares impusieron un gabinete antiperonista, antifronidista y reaccionario. Aunque Guido tomara la presidencia en una especie de salida institucional su gobierno era profundamente débil, custodiado por las Fuerzas Armadas que no estaban dispuestas a ceder en sus propósitos represivos.

Por otro lado, en vista de elecciones programadas para 1963, el gobierno sancionó un Estatuto de los Partidos Políticos. Dicho estatuto reafirmaba la proscripción del peronismo calificándolo como “totalitario” y a los partidos de izquierda. Se establecían restricciones a los partidos menores por lo que sólo quedaban habilitados para participar la UCRI, la UCRP y la Democracia Cristiana¹⁵⁶. De esta manera se acentuó la democracia limitada sin miramientos, con el aparato represivo a disposición en caso de tener que actuar ante posibles manifestaciones¹⁵⁷.

Desde el gobierno se desplegó una estrategia legalista que integrara al peronismo pero no a Perón. Se trataba de armar un frente con las tendencias radicales y demócrata-cristiana; sin embargo, esto no tuvo éxito ante la resistencia de las propias bases del peronismo a integrarse a un proyecto desarrollista que había minado sus conquistas como también por la resistencia de los sectores más reaccionarios de unirse a los sectores populares.

En julio de 1963 se realizaron las elecciones presidenciales en el marco de una semi-democracia que no encontraba bases para sustentarse. El triunfo fue para Arturo Illia de la UCR del Pueblo. Sin duda, el triunfo de Illia pudo producirse por la proscripción del peronismo. Este último retomó en estas elecciones la estrategia del voto en blanco como forma de repudiar el carácter ilegítimo del proceso electoral. El presidente electo asumió debilitado con tan sólo el 25% de los votos, con mayoría en la Cámara de Senadores pero no en la de Diputados¹⁵⁸ lo cual profundizaba sus limitaciones.

El nuevo gobierno apuntaba la necesidad de restablecer el orden constitucional y de permitir la participación de todas las fuerzas políticas. Se impulsaron medidas que tenían

¹⁵⁶ *Ibidem* pág. 506

¹⁵⁷ En este contexto se produce el enfrentamiento entre dos sectores del Ejército: los azules, más legalistas y propensos a una salida electoral, con un antiperonismo más moderado que consideraba que pese a los excesos del pasado el peronismo era un movimiento nacional y cristiano importante para frenar a la subversión; por otro lado los colorados consideraban al peronismo un movimiento sectario y clasista que animaba el resentimiento de los obreros y cuestionaba la jerarquía social.

El enfrentamiento entre ambos bandos dio el triunfo a los azules ante lo cual se cambió el gabinete por uno más moderado. *Ibidem*.

¹⁵⁸ *Ibidem* pág. 507

como fin restituir la confianza en el sistema republicano, intentando dar la sensación de honestidad y respeto por los valores democráticos, coincidente con la tendencia histórica de la UCR de presentarse como “vanguardia moral” frente a las embestidas anti-democráticas de diversos sectores. Así, se anularon los contratos petroleros firmados por Frondizi por considerarlos fraudulentos, se recurrió a la emisión monetaria para poner al día deudas estatales y se restablecieron las libertades públicas intentando distender el clima de tensiones a fin de recobrar la credibilidad del sistema institucional¹⁵⁹.

Tras el triunfo electoral dijo Illia: “En mi gobierno no se perseguirá a nadie, y serán sagradas la libertad y el derecho de las personas. A este respecto todos serán iguales ante la ley, y aún el comunismo, si se encuadra dentro de las normas legales y constitucionales”¹⁶⁰. Sin embargo, esto era contradictorio con los aliados militares que propiciaban una dictadura democrática. Al mismo tiempo el frente sindical había iniciado un fuerte “plan de lucha”, consistente principalmente en la ocupación de lugares de trabajo, que erosionaba el poder de Illia. De esta forma, las intenciones conciliadoras del presidente no lograban resolver la tutela militar y el “problema peronista”.

Se produjo durante la presidencia de Illia un intento de regreso del General Perón. Éste fue detenido en Brasil por pedido del gobierno argentino, quien le negó el ingreso al país, siendo obligado a retornar a España¹⁶¹. Este hecho puso de manifiesto una vez más la fuerte presión de los sectores de derecha para eliminar el peronismo, fundamentalmente, a su líder. Al mismo tiempo, el “retorno de Perón” jugaba un papel fundamental en el plano simbólico al articular a diferentes sectores del movimiento en pos de este objetivo¹⁶². El regreso del líder significaba el retorno de aquellos años en donde los trabajadores se habían visto incluidos y beneficiados. Simplificando el proceso, puede pensarse que la vuelta de Perón implicaba, para las bases del movimiento, la vuelta de aquella política socializante. Sin embargo, los cambios en la sociedad argentina desde 1955 hasta el efectivo retorno de

¹⁵⁹ TCACH César y RODRIGUEZ Celso, “Arturo Illia: un sueño breve”, pág. 49

¹⁶⁰ *Ibidem* pág. 68

¹⁶¹ *Ibidem* pág. 509

¹⁶² Decir esto no implica negar la existencia de fuertes contradicciones al interior del mismo movimiento peronista. Por estos años la línea gremial dirigida por Augusto Vandor, proveniente del sector metalúrgico, se orientó hacia una actitud más conciliadora, negociadora y pragmática, que pretendía integrarse a las nuevas reglas del poder e impulsar un “peronismo sin Perón”. El análisis de esta disputa excede los alcances de este trabajo, pero es importante su mención en tanto pone de manifiesto que el peronismo no ha sido un bloque homogéneo e incluye en su interior tendencias opuestas.

Perón en 1973 pusieron de manifiesto, como se verá luego, las imposibilidades para aplicar el modelo justicialista “clásico” en un contexto diferente.

Los obstáculos al regreso de Perón entraban en contradicción con el discurso de la UCRP en el poder. La apertura al respeto por los derechos constitucionales se reducía a los estrechos márgenes del demoliberalismo que no incluía, claro está, a un movimiento “totalitario” como el peronismo. Mucho menos iba a permitirse el regreso de su líder, cuando se tenía clara consciencia del poder del mismo y de su capacidad para movilizar a grandes sectores de la sociedad en la puja por el restablecimiento de un sistema político que no se enmarcaba en los cánones “democráticos”, que contaba con el apoyo de la mayoría y que podía llegar a cuestionar intereses muy poderosos. Más allá de sus “buenas intenciones” Illia no escapaba al objetivo de todos los políticos luego de 1955: reconquistar el apoyo de la clase trabajadora y convertirse en su representante en el marco de las libertades individuales y la igualdad ante la ley.

Respecto a la política económica de Arturo Illia puede decirse en general, que a diferencia de la estrategia económica frondizista, que se orientaba a un desarrollo de la economía de manera global y no privilegiando ciertas áreas consideradas fundamentales, a la vez que se incrementaba el gasto público. La política se orientó a estimular la demanda efectiva por medio de un fortalecimiento del poder de compra de los salarios utilizando para ello: el establecimiento de un salario mínimo, vital y móvil; se operó sobre un conjunto de precios que afectaban la canasta familiar; se mantuvieron congeladas las tarifas públicas y se fijaron precios máximos para un conjunto de bienes de consumo esenciales. Se produjo así una progresiva redistribución del ingreso¹⁶³.

Otro de los puntos centrales en el gobierno de Illia fue la suspensión de los contratos petroleros firmados por Frondizi con empresas extranjeras. Esto trajo como consecuencia que el Estado debiera compensar a las empresas con fuertes indemnizaciones y provocó el estancamiento de la producción en un momento en que el consumo se expandía, por lo cual debió recurrir nuevamente a la importación de hidrocarburos.

Más allá de que esta política económica logró una reactivación de la producción mediante medidas moderadas, no pudo avanzar en cambios estructurales del sistema productivo argentino. Además la buena marcha de la economía frenaba intentos de cambios

¹⁶³ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 568

más profundos para lo cual el gobierno no contaba con apoyo político. Los grupos ultraliberales como la UIA y la SRA no estaban conformes con el salario mínimo al que le atribuían efectos inflacionarios, al mismo tiempo que los inversores extranjeros se mostraban hostiles a la anulación de los contratos petroleros¹⁶⁴.

A pesar de la manifiesta debilidad del gobierno, Illia pretendía derrocar al peronismo en los comicios por lo que en las elecciones legislativas de 1965 se habilitó al peronismo a participar, el cual triunfó rotundamente. Esta situación acrecentó el clima golpista que culminó con una nueva intervención militar en junio de 1966, la cual puso fin al gobierno de Arturo Illia.

Respecto al gobierno de Illia puede observarse:

- Que discursivamente, y coherente con su partido, mantuvo la importancia de restablecer el orden constitucional y la posibilidad de participación de todas las líneas políticas. Sin embargo, llegó al poder a través de elecciones ilegítimas avalando la proscripción.
- Este accionar se relacionaba con la caracterización del populismo como fascismo y con la idea de que la verdadera democracia es la liberal. Por ello, aunque Illia quiso ganarle al peronismo en los comicios no dudó en asumir la presidencia de la mano de las fuerzas militares, legitimando entonces su proceder.
- Debe reconocerse que de acuerdo a la concepción de democracia que se sostiene en el presente trabajo, es decir, aquella no sólo formal sino la que incide realmente en las condiciones de vida de la sociedad, Illia tomó una serie de medidas que produjeron una relativa redistribución de la riqueza que mejoró la deteriorada situación a la que habían sido llevadas las clases populares desde el golpe de 1955. No obstante, no se lograron cambios realmente sustanciales pero no puede obviarse el carácter más democrático de estas políticas.
- En cuanto al populismo, este gobierno no puede caracterizarse como tal en tanto reafirmó las instituciones demoliberales como la única vía democrática, no estableció una relación directa líder-masas, ni construyó un orden participativo e incluyente que estableciera relaciones diferentes entre la esfera económica y la

¹⁶⁴ *Ibidem* pág. 509

política de la vida social. El Estado era el garante de las libertades individuales y la clase trabajadora debía incluirse al sistema institucional.

- Tampoco hubo una ruptura que planteara una dicotomización de la sociedad, ni el establecimiento de un orden simbólico que modificara el lugar ocupado por la clase trabajadora y los sectores populares en el orden social.

El período 1955-1966 tuvo como eje central la desarticulación del peronismo. Los gobiernos posteriores al golpe de Estado que derrocó a Perón tuvieron como principal objetivo reconquistar a los trabajadores e intentar erigirse en sus nuevos representantes. Para ello, la única estrategia posible, ante la fuerte influencia de Perón, fue la proscripción del peronismo y la prohibición al líder de regresar al país. La base de sustento de esta política fue la caracterización del peronismo como un movimiento fascista y por ende autoritario que no respondía a los principios de la “verdadera” democracia. En realidad de lo que se trataba era de mantener al proletariado sin participación real en la política y de devolver los espacios de poder al ultraliberalismo desplazado por Perón.

Durante estos años no se logró romper la identificación política de los sectores populares con el peronismo, como tampoco se logró neutralizar la influencia de Perón. En una democracia restringida, con la presencia de los militares como actor legítimo, el peronismo se transformó en el principal opositor. Aun siendo proscrito, determinaba el alineamiento de los diferentes partidos e incluso de las Fuerzas Armadas según la posición que cada sector asumiera frente al “problema peronista”.

Siguiendo a Marcelo Cavarozzi, surge en este período una pauta de comportamiento político que no permitió la estabilidad institucional del país. Había un desfasaje entre los intereses socioeconómicos y los bloques políticos que derivaba en el debilitamiento del sistema de representación. Los mecanismos parlamentarios coexistieron con formas extra-institucionales de hacer política. Los sectores trabajadores, en especial la clase obrera, quedaron privados de toda representación en las instituciones y aparatos estatales. La proscripción de su principal representación los llevó a optar por canales alternativos, por lo que el sindicalismo se fue convirtiendo en su modo de expresión más organizado¹⁶⁵.

¹⁶⁵ CAVAROZZI Marcelo, “Autoritarismo y democracia (1955-1983)”, pág. 16

3.3 El retorno del peronismo al poder (1973-1976)

Durante los largos años de exilio de Perón la Argentina sufrió una serie de aceleradas transformaciones socio-políticas. El modelo económico del primer peronismo fue abandonado en pos de una estrategia de tipo desarrollista, en un principio, y luego a una más proclive a favorecer a la gran industria y a las empresas extranjeras, lo que, entre otras cosas, deterioraba las condiciones de vida de los trabajadores en general. Estos procesos, a su vez, fueron acompañados por nuevas organizaciones y dirigencias políticas y por una agudización del conflicto social. Este contexto marcó un compás diferente al movimiento peronista el cual ya contenía en su propio seno contradicciones profundas como para poder repetir la experiencia de 1945.

El golpe de Estado que derrocó a Arturo Illia, autodenominado “Revolución Argentina”, gobernó entre 1966 y 1973, sucediéndose en la presidencia de la nación Juan Carlos Onganía, Roberto M. Levingston y Alejandro A. Lanusse. Si bien escapa a los objetivos de este trabajo profundizar en este período, deben tenerse en cuenta una serie de fenómenos para comprender las condiciones en las que se produce la vuelta del peronismo al gobierno.

En primer lugar, debe tenerse en cuenta un contexto internacional marcado por la Guerra Fría y la disputa de poder entre el bloque capitalista y la URSS pero también por un ritmo ascendente en procesos revolucionarios y de emancipación sumados a una fuerte crítica de las nuevas generaciones al orden establecido. Suficiente es nombrar a la Revolución Cubana y al Mayo Francés para obtener una imagen de la intensidad de los años '60. La Argentina no estaba exenta de la influencia de estos procesos los cuales se conjugaban, al mismo tiempo, con los propios del país.

En segundo lugar, y en relación a los procesos específicos que se daban en Argentina, deben mencionarse la aparición de los grupos armados y de las nuevas generaciones en la escena política. Algunos de ellos se incorporaron al movimiento peronista y a la lucha por el retorno de Perón y el levantamiento de la proscripción, caso de Montoneros y FAP; otros se ubicaban más a la izquierda y repudiaban tanto al régimen como a la solución peronista, como el PRT-ERP; y otros, que provenientes del catolicismo

y en consonancia con las transformaciones al interior de la Iglesia, adherían a la Teología de la Liberación y encontraban en el amplio movimiento peronista un espacio para la acción. De esta manera, y aún en un contexto dictatorial, el accionar de estos sectores radicalizados comenzó a acrecentarse a lo largo de los '60 a la vez que confluía con sectores trabajadores y con la militancia sindical en la lucha contra la dictadura. Muestra de ello fue la masiva movilización conocida como Cordobazo en mayo de 1969 en la que convergieron diversos sectores trabajadores y estudiantiles quienes repudiaban la represión ejercida en otras provincias y la política económica de Onganía. Se produjeron ese mes varios estallidos en distintas ciudades del país, pero sin duda el punto culmine fue la masiva manifestación en las calles de la provincia de Córdoba, la cual derivó en la renuncia del entonces presidente de facto.

Tener en cuenta este contexto no significa que el amplio espectro de grupos y organizaciones políticas en lucha carecieran de contradicciones y disputas de poder entre ellas y en su interior, pero cabe observar que tenían un punto de encuentro en las reivindicaciones generales que las reglas del régimen militar les imponían.

Ya por entonces se había afirmado el mito de la figura de Perón y el convencimiento por parte de un importante segmento de la sociedad de que su retorno significaría no sólo la vuelta a la distribución de la riqueza, sino también el camino a la “patria socialista” que los grupos más radicalizados impulsaban. Pero las condiciones no eran las mismas que en 1945 ni tampoco el movimiento peronista. “Lo nuevo de la situación política argentina reside en que la agudización del enfrentamiento social ha contribuido a recortar con claridad en el interior del peronismo la presencia del campo de la revolución y del campo de la contra-revolución como dos polos de una contradicción inconciliable. A diferencia de lo sucedido durante su primer ciclo en el poder, el peronismo de 1973 es incapaz de sintetizar esa contradicción y en la medida en que es nuevamente poder, el centro de gravedad de la lucha política de clases en la Argentina se ha desplazado *hacia su interior*”¹⁶⁶.

Hacia 1972 el poder de la “Revolución Argentina” se había deteriorado y la posibilidad de un llamado a elecciones para apaciguar a las masas se plasmó en el Gran Acuerdo Nacional (GAN), en donde se establecían las cláusulas para participar de los futuros comicios, entre las que la referida al tiempo de residencia en el país para poder ser

¹⁶⁶ Editorial de la Revista PASADO Y PRESENTE, N° 2/3 Nueva Serie, pág. 179-180

candidato a presidente intentaba claramente obstaculizar la candidatura de Perón. El GAN fue repudiado por el peronismo lo cual se manifestó en el regreso de líder, en noviembre de 1972, luego de la fecha establecida para la habilitación de candidaturas. La presión de las masas era tal que la proscripción del peronismo ya no podía sostenerse, por lo que las fuerzas militares prefirieron permitir su retorno como modo de encauzar el conflicto y evitar una salida revolucionaria que era posible de continuar la polarización social que se había gestado.

Este primer retorno del líder duró menos de un mes, pero el tiempo fue suficiente para establecer las pautas con las que el movimiento se manejaría en su retorno al poder. Así, Perón concretó tres hechos: primero, reunió a los representantes de todas las agrupaciones políticas, sentando las bases de una convivencia partidaria, logrando la unánime adhesión a una democratización sin restricciones y garantizando el apoyo a las políticas “nacionales” y “populares”. Así, alcanzó al margen del gobierno el acuerdo infructuosamente buscado con el GAN. Luego formalizó el FREJULI (Frente Justicialista de Liberación), constituido por el peronismo, el desarrollismo de Frondizi, la Democracia Cristiana, el conservadurismo popular, desprendimientos del socialismo y del radicalismo y algunos partidos provinciales. Por último, Perón impuso la candidatura presidencial del Frente constituida por Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima¹⁶⁷.

Con estas medidas comenzó a delinearse la tendencia que Perón pretendía imponer en su retorno al poder, la cual estaba más en consonancia con la institucionalización de la política y el funcionamiento de una democracia liberal que con una posible salida revolucionaria. Si bien en los inicios de la campaña electoral que llevó al FREJULI al gobierno esto no era del todo evidente, se puso de manifiesto poco tiempo después cuando, ya siendo Perón presidente, el enfrentamiento directo se daba con los grupos radicalizados. “Quiero pedir a todos los compañeros de antes y de ahora que dando el mejor ejemplo de cordura y madurez política, nos mantengamos todos dentro del mayor orden y tranquilidad [...] Agotemos primero los módulos pacíficos que, para la violencia, siempre hay tiempo”¹⁶⁸. El énfasis en el orden institucional y el llamado a la “tranquilidad” por parte de

¹⁶⁷RAPOPORT Mario, op.cit pág. 664

¹⁶⁸PERÓN Juan Domingo, “Carta a mi pueblo” desde Madrid con motivo de su regreso al país, 1° de Noviembre de 1972. Publicada en “Juan Perón 1973-1974”, pág. 18

Perón irá en aumento hasta culminar en la ruptura directa con la agrupación sectores de izquierda, fundamentalmente Montoneros.

La fórmula Cámpora-Solano Lima triunfó en las elecciones con el 49,5% de los votos. La campaña fue realizada fundamentalmente por la denominada “tendencia” del movimiento peronista en donde confluían la Juventud Peronista, los sectores más progresistas y grupos armados. Perón sin duda tuvo en cuenta la importancia que las nuevas generaciones tenían en este nuevo contexto y optó, en este primer momento, por apoyarse en ellas.

El triunfo del FREJULI fue rotundo, pero aún con Cámpora en el gobierno las disputas entre los sectores revolucionarios y la entonces relegada burocracia sindical mantenían la inestabilidad. La presión de los primeros hizo que el nuevo presidente decretara una amnistía para todos los presos políticos, incluidos los miembros de las organizaciones armadas lo que sin duda generó el malestar de los militares. Además numerosos miembros de la JP e incluso de organizaciones armadas ocuparon cargos gubernamentales¹⁶⁹ lo que implicaba una demostración de fuerza de la “tendencia” que no era aceptada ni por los militares ni por el peronismo ortodoxo.

Claramente, las posibilidades de reproducir un populismo de 1945 era imposible en un contexto de radicalización y participación de sectores sociales que no estaban presentes dieciocho años antes. Además, Perón no iba a ceder de ninguna forma su carácter de líder en pos de la conformación de un movimiento que superara al peronismo original mismo. Más bien allí se pusieron de manifiesto las tendencias autoritarias que el líder peronista poseía.

El retorno definitivo de Perón, el 20 de junio de 1973, fue el paso inicial en el intento de encauzar el conflicto dentro de los canales institucionales. Sin embargo, la concentración en Ezeiza para esperar el arribo del líder derivó en una masacre con varios muertos. La derecha peronista fue el grupo de choque utilizado en el acto para crear mediante la violencia y la presión la caída de Cámpora¹⁷⁰. Se ponía de manifiesto, con toda claridad, lo que más arriba se mencionaba respecto al traslado del conflicto al interior del

¹⁶⁹RAPOPORT Mario, op.cit pág. 665

¹⁷⁰RevistaPASADOY PRESENTE, op.cit pág.180

peronismo. En síntesis, los sectores radicalizados, partidarios de la “patria socialista”, no podían ser asimilados en los márgenes del movimiento.

El discurso del peronismo de 1973 volvió a identificar al movimiento con la Nación y también a dicotomizar la sociedad en dos polos antagónicos como es característico en los populismos. Sin embargo, esta dicotomía incluía entre los enemigos a la “infiltración comunista” que quería “distorsionar” los verdaderos objetivos del peronismo. No obstante, las líneas divisorias ya no eran tan claras como en 1945. Se había gestado durante dieciocho años un sector combativo que incluía militantes de disímiles sectores, los cuales no sólo estaban cuestionando un gobierno sino también un sistema, y por ende desbordaban al peronismo.

De esta manera el peronismo estaba, en este contexto, frenando un proceso de características más radicales que pretendía avanzar en pos del socialismo. Perón tenía una clara visión de esta circunstancia y optó por apoyarse en los sectores más ortodoxos a fin de evitar una salida revolucionaria de la que, ciertamente, nunca fue partidario.

Ante la imposibilidad de Cámpora de frenar el conflicto social y ante la presión del mismo Perón, éste presentó su renuncia asumiendo como presidente provisional el titular de la Cámara de Diputados Raúl Lastiri. El 23 de Septiembre las nuevas elecciones presidenciales dieron lugar a la tercera presidencia de Perón acompañado en la fórmula por su esposa Estela Martínez (Isabel). Triunfo logrado con el 62% de los votos.

Perón se propuso la reorganización del poder estatal. Esto requería el fortalecimiento del Estado para mediar entre las fuerzas sociales en pugna y a su vez para disciplinar a las FF.AA. Para ello proponía una democracia integrada que encauzara los conflictos sociales, controlara las relaciones entre trabajadores y capitalistas y garantizara la estabilidad política del régimen¹⁷¹.

Perón nombró como ministro de economía a José Ber Gelbard quien intentó restablecer la alianza social que diera origen al peronismo: las pequeñas y medianas empresas ligadas al capital nacional “mercadointernista” y el movimiento obrero nucleado en la CGT. El Estado volvía a jugar un rol decisivo con su intervención para garantizar el éxito de la política. Sin embargo, el contexto era diferente al del primer peronismo: el capital extranjero había tomado un lugar importante en diferentes ramas de la industria, y

¹⁷¹Ibidem pág. 666

estaba en expansión. Además el sector agropecuario estaba en un prolongado estancamiento por lo que no se podía realizar traspaso de excedente hacia la industria y el empleo urbano como en 1945. Por ello, se propusieron algunas medidas para aumentar la productividad de la tierra y la nunca aprobada ley de expropiación de tierras improductivas. Por último, los trabajadores habían experimentado un fuerte retroceso en la participación en la renta nacional¹⁷².

Para afrontar esta situación el sustento de la política económica partió de la formulación de un acuerdo político que tuvo como actores principales a la CGE (representante del empresariado mediano y pequeño ligado al mercado interno) y la CGT. Entre los objetivos centrales se aspiraba a alcanzar un aumento de la participación de los asalariados en el ingreso nacional, del 40 al 50% en el lapso de cuatro años. Para ello, se implementaría una política salarial tendiente a incrementar los ingresos reales de los trabajadores.

También se buscaba estabilizar el nivel de precios hasta reducir sustancialmente los elevados índices inflacionarios heredados. Para ello la vinculación entre la política antiinflacionaria y la política salarial era esencial para el éxito del plan¹⁷³. De allí la importancia del Pacto Social de junio de 1973. Se firmó un acuerdo entre el gobierno, los sindicatos y la industria, mediante el cual se establecía un compromiso que incluía el congelamiento de precios y un alza general de los sueldos en doscientos pesos mensuales, tras la cual se suspendían las negociaciones salariales por dos años¹⁷⁴. Puede verse que Perón apelaba nuevamente a establecer una alianza de clases o a una armonización del conflicto en donde cada parte cedía parte de sus intereses en pos del bienestar general.

Si bien en un primer momento el Pacto Social logró la estabilización de los precios, un ordenamiento de las cuentas externas y un incremento en la participación de los trabajadores la política no estaba a tono con las demandas sectoriales por lo que su sustentabilidad dependía en gran parte de la capacidad de las dirigencias sindicales para frenar los reclamos. Por otra parte, si bien en un primer momento la Unión Industrial Argentina (UIA) había aceptado las condiciones del Pacto, posteriormente, en 1974 con la

¹⁷² Ibidem pág. 691-692

¹⁷³ Esto se debe a que en general se explica la inflación por la satisfacción de demandas salariales.

¹⁷⁴ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 692

crisis del gobierno peronista modificó su estrategia y repudiaba el control de precios¹⁷⁵. El Plan se veía jaqueado principalmente por la conflictividad obrera que excedía a sus dirigencias. Con la asunción de Isabel a la presidencia el cambio de política económica fue rotundo, como se verá más adelante.

Por lo dicho, si bien este gobierno peronista avanzó en la redistribución de la riqueza si se lo compara con los gobiernos anteriores, no fue suficiente como para establecer una base de apoyo sólida similar a la del primer peronismo. Tanto el contexto político como el económico, nacional e internacional, no permitían reproducir la “armonía de clases” impulsada por Perón. Su discurso contrastaba con condiciones objetivas a la vez que la radicalización de amplios sectores de la sociedad ponía en cuestión una política que se creía posible superar en dirección a una transformación social más profunda.

La política de desmovilización de las masas se introdujo también a nivel político. En este sentido, Perón exhortó a la JP y a los grupos armados a abandonar la violencia como recurso político; avaló la destitución de gobernadores ligados a la izquierda peronista y conminó a los diputados de la JP en desacuerdo con las reformas del código penal que incrementaba las penas a las actividades guerrilleras, a abandonar sus bancas. Además, se modificó la Ley de Asociaciones Profesionales sancionada por Frondizi; la reforma incrementaba el grado de centralización de las estructuras gremiales y reforzaba la protección jurídica de los jefes sindicales, obstaculizándose la democratización en los gremios.

Estas medidas reflejan algunas cuestiones:

- En primer lugar, la imposibilidad de que un movimiento con las características del peronismo de 1973 pudiera incluir en su seno a sectores radicalizados que se orientaban hacia el socialismo, en este sentido la estructura vertical del peronismo y la fuerte presencia de su líder llevaban a recurrir directamente a la expulsión de la izquierda del movimiento y a la represión.
- En segundo lugar, vuelve a ponerse de manifiesto la incompatibilidad del peronismo con el sistema institucional demo-liberal. Así, se sobrepasa la división de poderes y aun cuando en otro momento esto se haya hecho para adoptar medidas realmente democratizantes también ello ha sido utilizado, como en 1973, para no

¹⁷⁵ *Ibidem* pág. 678

permitir debates y frenar aquellas posiciones que cuestionaban las estructuras del mismo peronismo.

- El punto no es la defensa de la institución en sí misma sino reflejar cómo la estructura jerárquica del peronismo, su fuerte personalismo y la obstaculización de una democratización en todos los niveles del movimiento llevaron a una derechización de un amplio sector del mismo, lo que desembocó en la represión directa hacia la “infiltración comunista”¹⁷⁶.

La tensión con la izquierda y en particular con la organización Montoneros tuvo su pico máximo en el acto del 1° de mayo de 1974. El discurso pronunciado por Perón en esta ocasión fue realmente duro para la organización y supuso la expulsión de la misma de la Plaza de Mayo. Días después la rama juvenil fue excluida del máximo organismo de conducción del justicialismo, perdiendo todo espacio político para luchar por el “socialismo nacional” dentro del peronismo¹⁷⁷. En el mencionado discurso Perón se expresaba de esta manera: “Hace diecinueve años [...] les recomendé que ajustasen sus organizaciones porque venían tiempos difíciles. No me equivoque ni en la apreciación de los días que venían ni en la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de veinte años, pese a estos estúpidos que gritan. Decía que a través de estos veinte años, las organizaciones sindicales se han mantenidos incommovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años. [...] Los días venideros [...] serán también para la liberación, no solamente del colonialismo que viene azotando a la república a través de tantos años, sino también de estos infiltrados que trabajan adentro, y que traídoramente son más peligrosos que los que trabajan desde afuera, sin contar con que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero[...]”¹⁷⁸.

La muerte de Perón el 1° de Julio de 1974 marcó el inicio de la completa derechización del gobierno con Isabel como presidenta y López Rega como “consejero” entre otros. Se incrementó la represión con el accionar de la Triple A, principalmente, y se

¹⁷⁶Muestra de ello era la existencia de una organización para-policial como la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) organizada por quien fue Ministro de Bienestar Social José López Rega. Esta organización asesinó a numerosos dirigentes políticos de izquierda.

¹⁷⁷RAPOPORT Mario, op.cit pág. 676

¹⁷⁸PERÓN Juan Domingo, “Discurso del 1° de mayo de 1974”, op. cit pág. 192

puso fin a la política económica de Perón. La conflictividad social se incrementaba ante la represión y el ajuste económico.

Gelbard fue separado de su cargo al asumir Isabel quien nombró a Gómez Morales como Ministro de Economía quien duró poco tiempo en el cargo. El endurecimiento de las posiciones del gobierno hacia el movimiento obrero significó un fuerte enfrentamiento con los sindicatos. Al faltar poco tiempo para que se reabrieran las negociaciones salariales Isabel autorizó el diálogo y varios sindicatos obtuvieron incrementos en sus sueldos. No obstante, G.Morales fue reemplazado en el cargo por Celestino Rodrigo, quien llevó adelante un fuerte reajuste fiscal (conocido como Rodrigazo) por lo que aumentaron las tarifas en forma abrupta. Además atacó la inflación como un fenómeno estrictamente monetario sin relación con otros aspectos de la economía lo cual no podía ser exitoso. La inflación se disparó mientras los salarios reales se contraían recrudesciendo la puja redistributiva¹⁷⁹.

El conflicto se completó cuando la presidenta decretó la anulación de los convenios laborales firmados en los meses precedentes que otorgaban aumentos salariales a los trabajadores. La presión de los sindicatos provocó la renuncia de López Rega y de Rodrigo, asumiendo como Ministro de Economía Antonio Cafiero.

Para este entonces, lo que pudo haber sido el proyecto peronista de 1973 estaba terminado y la derechización del gobierno era absoluta. Pero aún con la fuerte represión la conflictividad social no cesaba y la presencia de los militares en la escena política crecía. Así los rumores de un golpe de Estado se hacían cada vez más fuertes. Varios partidos políticos intentaron desplazar a la presidenta institucionalmente a fin de evitar la inminente intervención militar.

Las elecciones se convocaron para Octubre de 1976, pero los sectores de derecha, los sectores golpistas de las FF.AA y los grupos más concentrados del capital derrocaron el gobierno Justicialista en Marzo, dando lugar al autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, el cual llevó adelante una política represiva sin precedentes en nuestro país a la par de una política económica que beneficiaba directamente a las fracciones más concentradas del capital local y extranjero.

¹⁷⁹RAPOPORT Mario, op.cit pág. 700

3.4 1983: Alfonsín y el regreso a la democracia

El golpe de Estado que puso fin al gobierno de Isabel Perón significó un corte profundo en la historia argentina. No sólo se puso fin a las discusiones y debates en torno a la democracia, al socialismo y al mismo peronismo sino que se sumió al país en la más cruenta represión de su historia.

La dictadura instaurada en 1976, con el general Videla a la cabeza, inició una fuerte política represiva que persiguió, secuestró, asesinó y desapareció a miles de militantes, trabajadores, intelectuales, artistas, estudiantes pertenecientes a diferentes sectores, grupos y partidos políticos que en sus diferencias confluían en la construcción de una sociedad más igualitaria.

El nuevo gobierno de facto, instauró una dictadura sin precedentes que recurrió a los mecanismos más perversos con el fin de no dejar rastro del auge de masas y politización que se había vivido entre los años '60 y '70. Uno a uno se fue derrocando a los gobiernos progresistas de la región latinoamericana, lo cual da cuenta de un plan sistemático y generalizado por parte de los sectores más reaccionarios de la sociedad.

A grandes rasgos cabe mencionar el legado de la última dictadura para poder comprender mejor las características del gobierno de Raúl Alfonsín, como así también de los años posteriores. En primer lugar, el gobierno dictatorial 1976-1983 llevó adelante un plan sistemático de exterminio de personas a cargo de las fuerzas militares y policiales, que terminó con la vida de militantes políticos lúcidos y formados lo cual dejó un vacío político-social que tardará generaciones en recomponerse; en segundo lugar, abrió las puertas al neoliberalismo como modelo económico-social dando por tierra con gran parte de la industria local y favoreciendo a los sectores más concentrados del capital en desmedro de los trabajadores y sus derechos; en tercer lugar, un costo social muy alto producto de la derrota que significó el proceso militar para las clases populares y sectores de la pequeña burguesía a lo que debe sumarse el miedo instalado en una sociedad que desde entonces miró con recelo a la política misma.

En suma, las consecuencias del último gobierno de facto se sufren en la Argentina hasta la actualidad. Aún no se ha logrado recomponer un entramado social que revierta el proceso iniciado por la dictadura y profundizado, fundamental pero no únicamente, por

Carlos Menem. Los años de terrorismo de Estado, que se cerraron con la atroz experiencia en la guerra de Malvinas, fueron sin duda los peores de la Argentina y transformar las pautas sociales que se establecieron demandará décadas.

Tomado en cuenta este breve contexto, puede entonces abordarse el retorno de la democracia en 1983. Para este entonces el vertiginoso descrédito en el que la dictadura había caído luego de la guerra de Malvinas comenzó a abrir el camino para una salida institucional. El diez de diciembre de 1983 asumió la presidencia Raúl Alfonsín, quien triunfó en elecciones limpias y sin proscripciones, derrotando por primera vez, en estas condiciones, al peronismo que impulsó a Ítalo Luder como candidato.

Merecen mencionarse los nuevos rasgos que adoptó la política por aquellos años y que se pusieron de manifiesto en la campaña presidencial de 1983. El uso de los medios de comunicación y de la gráfica mostraba una transformación en la manera de construir el discurso y la imagen de un candidato. Comenzaron a delinearse aquellas características que se profundizaron en el menemismo y que marcaron una ruptura con las formas tradicionales llevadas adelante hasta 1976.

Los estudios de Luis Alberto Quevedo¹⁸⁰ acerca de la cultura política aportan en este sentido. Afirma el autor que en los '80, aunque todavía predominaba el discurso político tradicional también aparecieron nuevos lenguajes audiovisuales y nuevas formas de publicidad y propaganda en el campo de la política. En la campaña de 1983 el uso de los medios se centró en amplificar la palabra del candidato. Si bien, aún perduraban las movilizaciones masivas en las calles, los discursos de barricada y los actos multitudinarios, estas prácticas formaban parte de aquellas formas que Alfonsín pretendía eliminar. Por ello, si bien se mantenían estas modalidades se combinaron con el uso intensivo de los medios de comunicación lo cual se instaló desde entonces como canal de comunicación legítimo entre el candidato y los ciudadanos.

El nuevo presidente puso énfasis en una democracia fuertemente asentada en la representatividad y en la legalidad, en la transparencia de los procesos. Se trataba de dejar atrás un pasado oscuro, pero no sólo aquel ligado al terrorismo de Estado sino también a aquellas formas de hacer política cuyo “autoritarismo” e “ilegalidad” condujeron al país a la dictadura militar. Así, comenzó a asentarse con más fuerza que nunca la asimilación de

¹⁸⁰QUEVEDO Luis Alberto, “Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa”, pág.54

la democracia a la democracia liberal como única forma posible de la política, justa por sí misma, intachable por su institucionalidad, en la creencia misma de que la “honestidad” y “buena voluntad política” conduciría al país hacia un porvenir más justo.

Sin duda por aquellos años, luego de la terrible huella dejada por la dictadura, un discurso de estas características fue necesario y coincidía con las ansias de una sociedad que necesitaba librarse de la opresión. No se trata aquí de menospreciar la legalidad e institucionalidad de los procesos sino de analizar cuál es la impronta que el alfonsinismo le da a la política argentina y las consecuencias de ello.

Al iniciar su gobierno, el nuevo mandatario delineó las pautas de su gestión: respecto al tema de derechos humanos se comprometió a derogar la Ley de Amnistía promulgada durante la dictadura; a juzgar a los culpables de la violación de dichos derechos y a combatir los métodos violentos de izquierda y de derecha. Con respecto al sindicalismo propuso la existencia de un sindicato único por actividad y el quite de personería jurídica a las agrupaciones sindicales que hicieran política partidaria. En cuanto a la universidad aseguró el retorno del gobierno tripartito y se comprometió a la eliminación de listas negras en el terreno cultural¹⁸¹ e intelectual. Cabe citar algunos fragmentos del discurso de asunción de Raúl Alfonsín donde se pusieron de manifiesto sus concepciones generales acerca del pasado reciente pero, fundamentalmente, sobre el significado de la democracia: “[...] una savia común alimentará la vida de cada uno de los actos del gobierno democrático que hoy se inicia: la rectitud de los procedimientos [...] hoy ha terminado la inmoralidad pública, vamos a hacer un gobierno decente [...] nosotros vamos a trabajar para el futuro, la democracia trabaja para un futuro pero para un futuro tangible [...] ni se puede gobernar sin memoria ni se puede gobernar sin capacidad de prever, pero prever para un futuro comprensible y no para un futuro indeterminado, los totalitarios piensan en términos de milenios [...] los problemas que debemos resolver son los de nuestra época [...] vamos a luchar por un Estado independiente, hemos dicho que esto significa que el Estado no puede subordinarse a poderes extranjeros, no puede subordinarse a los grupos extranjeros financieros internacionales, tampoco puede subordinarse a los privilegiados locales. La propiedad privada cumple un papel importante en el desarrollo de los pueblos pero el Estado no puede ser propiedad privada de los sectores económicamente poderosos

¹⁸¹ RAPOPORT Mario, op.cit pág. 876

[...] la independencia del Estado presupone dos condiciones fundamentales: por un lado, el protagonismo popular [...] por otra parte, requiere la moralidad administrativa, la conducta de los gobernantes, seremos más que una ideología una ética [...] el sufragio tiene distintos sentidos simultáneos: por una parte, el voto implica la posibilidad de que gobierne el pueblo y de que el Estado sea independiente; por otra parte, expresa la existencia de una regla para obtener legitimidad ya que el pueblo no puede expresarse por sí mismo y el llamado espontaneismo nunca existe en la realidad. Es a través del sufragio que el pueblo tiene la forma de elegir a sus gobernantes y a sus representantes, no puede elegirlos a través del motín. La violencia está inhabilitada para ser la forma permanente de manifestación del cambio [...] combatiremos el método violento de las élites derechistas o izquierdistas [...] El método violento de las élites de izquierda o derecha se justifica a sí mismo con el triunfo definitivo y final de una ideología sobre otra, de una clase sobre otra. La democracia aspira a la coexistencia de las diversas clases y sectores sociales, de las diversas ideologías y de las diversas concepciones de la vida, es pluralista [...] El sufragio por definición constituye un límite para los sectores privilegiados y como instrumento para las mayorías tiende a lograr una mayor justicia distributiva, hace posible la resolución pacífica de las controversias en la sociedad [...] La democracia es un valor más alto que el de una mera forma de legitimidad del poder. Con la democracia no sólo se vota sino que también se come, se educa y se cura”¹⁸².

La necesidad de citar el discurso de Alfonsín en su extensión es porque éste muestra explícitamente la concepción de democracia que en el presente trabajo se critica:

- En primer lugar, cabe señalar la clara separación que las palabras del presidente establecían entre la esfera económica y la esfera política, no sólo poniendo el énfasis en que la legalidad de los procesos institucionales constituiría *la* forma de mejorar la sociedad sino además al presentar al Estado como susceptible de ser independiente de los poderes económicos y financieros tanto locales como extranjeros. Así, el Estado se presenta como un organismo capaz de erigirse por encima de las divisiones sociales y de actuar políticamente sin verse atravesado por

¹⁸²Audiovisual disponible en www.youtube.com, nombre de la búsqueda: Asunción Alfonsín-Primer discurso del Dr. Alfonsín como presidente de la nación-.

los intereses económicos. Años después se pondría de manifiesto la falta de asidero de este planteo ante las dificultades económicas que el gobierno tuvo que enfrentar.

- En segundo lugar, las palabras de Alfonsín hicieron hincapié en la ética y en la moralidad de la vida política. Era claro y comprensible enfatizar en la eticidad de la política dado el fuerte componente simbólico de ello, teniendo en cuenta los recientes años de autoritarismo y la ilegalidad en los actos de los gobiernos. Sin embargo, hablar de política en términos morales la reduce a la simple pulcritud de las tareas administrativas, negando las contradicciones, disputas y pujas de intereses que la política misma implica. No es menor cuando el Dr. Alfonsín propuso en su discurso “ser una ética más que una ideología” condenando de alguna manera a la política misma y presentando a la democracia como forma superior que se establece por encima de las miserias políticas, a través de la cual se pueden “resolver pacíficamente los conflictos de la sociedad a través del respeto por la pluralidad”¹⁸³.
- En tercer lugar, la preponderancia que Alfonsín otorgaba al sufragio muestra una vez más su asimilación de la democracia con la democracia liberal-representativa. Señalaba al sufragio como el único medio que tiene el pueblo para expresarse, como forma de legitimación y como posibilidad de que el Estado sea independiente. Es la regla para obtener legitimidad ya que el espontaneismo, según él, nunca existe en la realidad. Podría aducirse que toda manifestación siempre tiene un grado mínimo de organización y en este sentido lo espontáneo es imposible, pero Alfonsín hacía referencia más bien a aquella movilización que desborda los marcos institucionales, que a su vez no pueden contenerla, y que puso en jaque más de una vez los cánones del demoliberalismo.

En este sentido, el proyecto alfonsinista se propuso una democracia representativa, legitimada en el sufragio, que respetara a rajatabla la institucionalidad, incluso estuvo en sus perspectivas un sistema bipartidario y elevó el valor democrático a una abstracción que no se correspondía con la realidad económica y social de un país arrasado. Volvió a ponerse

¹⁸³ En una de las propagandas televisivas de la campaña presidencial de Alfonsín, el candidato decía las siguientes palabras: “[...] combatir la miseria para desterrar la inmoralidad de la pobreza; segundo, combatir la desocupación para desterrar la inmoralidad de la riqueza no productiva; tercero, combatir la inflación para desterrar la inmoralidad del robo periódico del esfuerzo del trabajador argentino [...]”. Disponible en www.youtube.com, nombre de la búsqueda: Alfonsín 1983.

de manifiesto que la institucionalidad en sí misma puede realizar elecciones periódicas y en este sentido ser “democrática”, pero la instancia democrático-institucional del alfonsinismo no tenía correlación con una política económica que generara una genuina redistribución de la riqueza y que produjera cambios estructurales en la sociedad argentina. Al respecto cabe analizar algunas de las medidas más importantes que Alfonsín y su equipo llevaron adelante para comprender esta separación entre lo económico y lo político tan clara en el período.

Justo es decir que en un comienzo el nuevo gobierno tuvo un amplio apoyo popular que acompañó las iniciativas del gobierno democrático y lo defendió de las presiones de algunos sectores militares de extrema derecha que continuaban en la escena política. No obstante, aún ante las presiones, una de las más fuertes iniciativas del gobierno fue el Juicio a las Juntas militares que llevó ante la justicia a los altos mandos de la represión militar ejercida entre 1976 y 1983. Esta experiencia sin precedentes se sustentó en la investigación llevada adelante por la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) la cual investigó la violación a los derechos humanos. Los principales responsables fueron condenados pero continuaron las permanentes amenazas de golpe militar, motivo por el cual Alfonsín recurrió a la movilización en las calles para respaldar el orden institucional¹⁸⁴. Vuelve a mostrarse aquí la importancia de la acción directa en las calles como modo de mostrar un apoyo que sería impensable por vías meramente institucionales. Si bien Alfonsín impulsaba una democracia liberal-representativa combinaba formas de acción que eran y son parte de la tradición política de la Argentina.

Si bien la iniciativa del gobierno radical en política de derechos humanos fue muy importante la misma se vio limitada al no poder desligar totalmente la vida institucional de la amenaza militar. Muestra de ello fue que en 1986 nuevas iniciativas para juzgar a militares implicados en la represión generaron descontento entre la oficialidad. Alfonsín para frenar el problema decretó un plazo de sesenta días para realizar las acusaciones contra quienes habían participado en la represión ilegal. El proyecto fue criticado por el peronismo renovador y la Democracia Cristiana, pero finalmente fue aprobado por ambas cámaras, conocido como “Ley de Punto Final”.

¹⁸⁴RAPOPORT Mario, op.cit pág. 877

Para adelantarse al plazo establecido se multiplicaron las causas contra oficiales subalternos, lo cual incrementó la disconformidad de la oficialidad joven. Este sector consideraba que los responsables de los actos de los subordinados eran los altos mandos. Esta situación derivó en el acuartelamiento de un oficial en Córdoba que se negó a comparecer ante el tribunal. Logró el apoyo del teniente coronel Aldo Rico, quien sublevó a la Escuela de Infantería de Campo de Mayo, hecho conocido como el “levantamiento de los carapintadas” durante Semana Santa¹⁸⁵. La sociedad reaccionó fuertemente ante el levantamiento y apoyó al gobierno electo en masivas movilizaciones y se logró la rendición de los oficiales. Sin embargo, este aparente triunfo del “sistema democrático” tuvo como consecuencia la sanción de la Ley de Obediencia Debida, por la cual se amnistiaba a los oficiales de rango inferior al de coronel, por los delitos cometidos durante el proceso militar¹⁸⁶.

La sanción de estas dos leyes hizo perder credibilidad al discurso del gobierno, pero sobre todo significó un retroceso enorme en materia de derechos humanos y en la consolidación democrática ya que le restituyó parte del poder a los militares. Si bien el Juicio a las Juntas fue importante, no se avanzó en el desmantelamiento del aparato represivo conformado no sólo por las Fuerzas Armadas sino también por las fuerzas policiales, que aún hoy siguen actuando.

El gobierno que se inicia en 1983 es una muestra cabal de la separación que se puede mantener entre la vida política y la vida económica en el sistema capitalista. Alfonsín construyó un discurso basado en las tradiciones demo-liberales de su partido y devolvió, luego de la apertura electoral, la legalidad e institucionalidad que la Argentina reclamaba luego de años de represión. Pero esta igualdad jurídica y este regreso del estado pleno de derecho se mantuvieron en el plano jurídico sin que ello se correspondiera con un proyecto económico-social que otorgara a la mayoría de la población una real participación político-económica, es decir, una democracia que no consistiera sólo en el sufragio.

No puede negarse que la herencia económica de la dictadura difícilmente podía revertirse de un día para el otro. El país se encontraba en plena recesión, con una desocupación creciente, una inflación de más del 400%, una deuda externa de más de 45

¹⁸⁵Ibidem pág. 881

¹⁸⁶Ibidem pág. 882

mil millones y sin reservas internacionales. El principal problema era la abultada deuda externa que obligaba a lograr elevados excedentes comerciales para cancelar los intereses¹⁸⁷.

En una primera fase el entonces Ministro de Economía Bernardo Grinspun propuso una serie de objetivos a cumplir para salir de la crítica situación. Consistían básicamente en: un aumento del producto en un 5% anual; un acuerdo con los acreedores sobre la deuda externa; aumentar los salarios reales en un 8%, bajar la inflación; incrementar los ingresos tributarios evitando la evasión y fijando mayores impuestos sobre las riquezas y los ingresos. Además se declaró oficialmente que no se aplicarían medidas de ajuste recesivas ni se dejaría en manos del mercado la fijación de precios, los salarios y las divisas.

No obstante, las medidas tendientes a cumplir con estos objetivos se vieron obstaculizadas por las grandes transformaciones que la estructura productiva del país había sufrido durante la dictadura. Los grandes grupos económicos, con un gran poder de presión, no estaban dispuestos a ceder ante medidas que estimulaban la demanda a corto plazo, por lo que reactivaron cautelosamente la producción y la absorción de mano de obra. Por otra parte, continuaba el proceso inflacionario y las presiones de los sectores sindicales que pujaban por obtener una mayor recomposición de sus salarios. A ello se sumaban trabas en la recaudación impositiva y de las tarifas públicas como así también en la negociación de la deuda externa¹⁸⁸.

La situación de la economía argentina en los años del alfonsinismo debe enmarcarse en un contexto internacional que pujaba hacia la apertura total del mercado mundial, la desregulación de los mismos, la disciplina fiscal, las privatizaciones de las empresas públicas, una restricción del gasto público, la atracción a inversiones extranjeras, entre otras medidas, condensadas en el denominado Consenso de Washington. Decir esto, no significa justificar la política económica del gobierno radical por un contexto que lo sobrepasaba, sino más bien resaltar las limitaciones de un plan económico que no tenía en cuenta los grandes cambios producidos a nivel internacional y también nacional. El nuevo funcionamiento de los grandes grupos económicos que habían crecido enormemente con el

¹⁸⁷Ibídem pág. 905

¹⁸⁸Ibídem pág. 906-907

favor de los militares se hacía sentir en un marco institucional que pretendía restablecer algunas pautas generales de reactivación económica.

De todas maneras la respuesta del gobierno a esta situación fue regresiva y las medidas adoptadas por el nuevo Ministro de Economía, Sourrouille, significaron un “ajuste”. El objetivo primordial seguía siendo frenar la inflación. En 1985 Alfonsín declaró una “economía de guerra”, anunciando la reducción del 12% del gasto público, el congelamiento de vacantes en el sector público, un fuerte aumento de las tarifas y los precios de los combustibles y transportes, la paralización de las inversiones públicas y la privatización de empresas estatales. Se aplicó por decreto el denominado “Plan Austral”, que implicó un ajuste aún más fuerte que el solicitado por el FMI para frenar la inflación. Entre sus medidas se destacan: el cambio del signo monetario con la introducción del Austral, un congelamiento de las tarifas públicas y los salarios (luego de haberlos reajustado fuertemente), una política fiscal estricta para lograr una mayor recaudación, a la vez que se reducían los gastos y se lograban nuevos financiamientos por medio del crédito externo¹⁸⁹.

Si bien inicialmente el Plan tuvo éxito y la inflación se redujo considerablemente continuaba un incremento de precios lento pero permanente. El Plan logró hasta 1986 mantener relativamente el nivel de precios pero a costa de permanentes reajustes que implicaban aumentos de tarifas públicas y aumento en los precios de los combustibles. En este mismo año el PBI creció un 5% y un 12% el producto industrial pero esta expansión se basó en el retroceso de los salarios, una redistribución regresiva del ingreso e incremento del consumo de los sectores de mayores recursos como también financiamiento del déficit fiscal por medio del endeudamiento externo¹⁹⁰.

En los años siguientes se mantuvieron los precios durante periodos cortos pero no pudo en ningún momento controlarse efectivamente la inflación. Hacia mediados del año 1988 la Argentina se encontraba en una situación crítica ante la recesión, la inflación, el deterioro salarial y la desocupación. A ello debe sumarse el conflicto social con permanentes huelgas de diferentes sectores reclamando la mejora de sus condiciones de vida.

¹⁸⁹Ibídem pág. 911

¹⁹⁰Ibídem pág. 917

Hacia 1989 la política económica del gobierno estaba muy deteriorada ante la fuerte impronta anti-popular que se le había dado. Un estallido hiperinflacionario provocado por la crítica situación en la balanza de pagos, la puja distributiva, la especulación de los sectores económicos más importantes y la imposibilidad del gobierno de aplicar una política que contuviera este proceso llevó a importantes conflictos sociales. Hubo saqueos, se declaró el estado de sitio y hubo una fuerte represión. La crítica situación llevó al adelantamiento del traspaso de la presidencia al nuevo mandatario electo en los comicios de mayo de 1989. El candidato justicialista Carlos Menem se hizo cargo de la presidencia antes de lo previsto, poniendo un corte a un proceso de conflicto en aumento. Las medidas llevadas adelante por el nuevo presidente estabilizaron la economía pero profundizaron el proceso de apertura económica en desmedro de las clases populares con un costo social altísimo como se verá seguidamente.

3.5 Los gobiernos de Carlos Menem y la ofensiva neoliberal

La llegada al gobierno de Carlos Saúl Menem se dio de forma adelantada ante la debacle social en la que la presidencia de Alfonsín se había visto sumida. El triunfo del Partido Justicialista en una elección presidencial, luego de la dictadura militar y del gobierno de la UCR, significó un voto de confianza a la posibilidad de estabilizar la economía, paliar el desempleo y lograr una justicia redistributiva a través de los principios clásicos del peronismo. La experiencia hiperinflacionaria de 1989 había vuelto a cuestionar la propuesta radical e hizo volver la vista al peronismo como opción.

De todas formas el PJ de los '80 contaba con algunas características un tanto diferentes a las de su origen. Para entonces, ya se había convertido en un partido convencional que más bien había dejado de lado el carácter movimientista inicial y que comenzaba a funcionar dentro del sistema electoral e institucional demo-liberal. Sin embargo, Menem logró durante los diez años que duró su presidencia no respetar la democracia liberal pero tampoco los lineamientos iniciales del peronismo, quitándole al mismo todo la capacidad democrática que en sus orígenes supo tener.

El accionar de Menem terminó de instaurar el neoliberalismo, un modelo económico-social de derecha, perjudicial para la mayoría de la sociedad, a través de la

estructura partidaria del movimiento político más progresista que ha tenido el país. Para comprender esto es necesario analizar de qué manera construyó políticamente el menemismo para lograr mantenerse en el poder a costa de los trabajadores y aún con su apoyo. No debe olvidarse, sin embargo, que la presidencia de Menem se enmarca en un contexto regional, donde se erigieron varias presidencias con características similares y que la tendencia neoliberal era un fenómeno mundial del que la Argentina no estaba exenta, aunque esto no justifica de ninguna manera la aplicación de medidas con un altísimo costo social.

3.5.1 Menem en el poder

La campaña presidencial de Menem recurrió, en general, al contacto con la gente. Recorrió el país durante varios meses y apeló a un lenguaje más simple que el discurso doctoral de Alfonsín. Sus principales slogans fueron la “revolución productiva” y el “salario” sin especificar demasiado cómo se llevarían adelante. Pero invocó, sin duda, a la memoria política de la ciudadanía argentina y a la creencia en la potencialidad transformadora del peronismo. Por ello, se retomaron en el discurso las banderas de la justicia social que la sociedad reclamaba¹⁹¹.

Una de las propagandas televisivas de la campaña mostraba a Menem diciendo las siguientes palabras: “La generación de empleos productivos y la recuperación y crecimiento del salario real serán objetivos centrales del gobierno del Frente Justicialista por la Unidad Popular, dado que el trabajo productivo y el salario digno son bases fundamentales de un orden social justo”¹⁹². Las medidas que se tomaron en los dos mandatos de Menem fueron exactamente en contra de estos principios, llevando adelante una política liberal-conservadora sin precedentes.

La política menemista aseguró desde un comienzo sus relaciones con el sector dominante de la economía, incluyendo en su gabinete a personas provenientes del liberalismo como Miguel Ángel Roig (directivo de la transnacional Bunge y Born) en el Ministerio de Economía y Álvaro Alsogaray, líder liberal, como asesor presidencial¹⁹³.

¹⁹¹QUEVEDO, op.cit pág. 66

¹⁹² Audiovisual disponible en www.youtube.com, nombre de la búsqueda: publicidades 1989 y 1999.

¹⁹³RAPOPORT Mario, op.cit pág. 933

El gobierno menemista contaba con mayoría parlamentaria y la oposición, conformada principalmente por la UCR, estaba muy debilitada por lo que la mayoría de las leyes impulsadas fueron aprobadas sin mayores sobresaltos. De todos modos, aún con la mayoría en ambas cámaras el gobierno, argumentando la lentitud de los procesos legislativos, gobernó desde entonces a través de decretos de necesidad y urgencia. Esta práctica ponía de manifiesto la profunda tendencia antidemocrática del menemismo quien anuló los canales de participación, aún aquellos que no le implicaban mayores complicaciones como las instituciones legislativas. En 1989 sólo la Corte Suprema mantenía su independencia, pero para lograr el apoyo judicial a su política, Menem elaboró una ley, aprobada por el poder legislativo, que ampliaba el número de miembros de la Corte, asegurándose el apoyo de la misma¹⁹⁴. Aparece nuevamente la dificultad de mantener la división de poderes. El fuerte poder de Menem sustentado por los sectores dominantes del empresariado le daba el margen de maniobra suficiente como para actuar impunemente sobre las instituciones a la vez que anulaba la participación por otros canales.

Las principales líneas del menemismo se plasmaron en la Ley de Reforma del Estado y en la Ley de Emergencia Económica. Dentro de la concepción neoliberal era central la reducción de la injerencia del Estado en la economía para así dejar librado al mercado la fijación de precios y salarios. En consonancia con ello, la Reforma del Estado se proponía reducir el peso cuantitativo del sector público en el empleo, en la producción de bienes y servicios y una disminución en la capacidad de intervención y regulación estatal. Es fundamental tener en cuenta que este proyecto político se sustentó en un discurso que auguraba un futuro redistributivo, justo, en un sistema democrático consolidado que garantizaría el fin de la corrupción y del beneficio para los sectores más poderosos. Si en algo fue eficiente el menemismo fue en lograr establecer un modelo regresivo a través del discurso del partido de masas más importante del país. Su tarea estaba allanada por la dictadura militar que había disciplinado a la sociedad y eliminado a gran parte de los sectores críticos y por el gobierno radical que había profundizado la apertura económica pero no había podido cumplir con los requerimientos del capital concentrado al no poder contener la crisis social. Se abrió de esta manera el camino para que el peronismo pudiera reposicionarse políticamente.

¹⁹⁴Ibidem

Uno de los ejes fundamentales del plan neoliberal fue la privatización de las empresas públicas asegurando el retiro del Estado de uno de los sectores más importantes del mismo como era la producción de bienes y servicios. Esto hizo posible que importantes grupos locales asociados a su vez con el capital extranjero adquirieran importantes empresas a un costo menor a su valor real lo que favoreció la concentración de capital. Sin duda, una de las privatizaciones más importantes fue la de YPF que dejó en manos del capital extranjero un recurso estratégico básico como el petróleo.

Además, hubo una reducción drástica del gasto público: se dispuso un severo control de las compras y contrataciones que realizaba el Estado, se redujo el personal del sector público nacional con congelamiento de vacantes y se incrementó la presión tributaria¹⁹⁵. Pero sin duda el máximo esfuerzo estuvo en establecer una política económica basada en la reducción de los ingresos de la clase trabajadora, es decir, de los costos de la mano de obra, lo que posicionaba a la Argentina como un país realmente “competitivo”. No sólo se congelaron los salarios sino que también se aumentaron las tarifas públicas y se eliminaron los subsidios y contribuciones sociales.

El proyecto neoliberal llevado a su máxima expresión se tradujo en el plan económico de Domingo Cavallo, quien asume en 1991 como Ministro de Economía, denominado “Plan de Convertibilidad”. El mismo se proponía reducir la inflación a su mínima expresión para lo cual instauró una paridad cambiaria fija respaldando la moneda en circulación y logrando la estabilidad de los precios a largo plazo; además se propuso profundizar la reforma estructural extendiendo las privatizaciones de empresas públicas, descentralizando las funciones del Estado, equilibrando las cuentas fiscales, flexibilizando el mercado laboral y realizando una amplia apertura comercial y financiera¹⁹⁶. El discurso de Menem traducía estos lineamientos en términos de la “modernización” del país, la “competitividad” de la Argentina y su “entrada al primer mundo”. De lo que se trataba en definitiva era de seguir las pautas de los organismos financieros internacionales, especialmente el FMI, que orientaba los planes de ajuste acordes al creciente endeudamiento del gobierno argentino.

¹⁹⁵Ibídem pág. 971

¹⁹⁶Ibídem pág. 973

En relación a esto en un libro publicado por Carlos Menem y Roberto Dromi¹⁹⁷ se planteaba: “Para hacer posible la Revolución Productiva y la consolidación política de una *democracia con justicia social* es necesaria una profunda Reforma del Estado. La Reforma no es estática, abstracta ni a-histórica. Por el contrario, es un quehacer dinámico, concreto e histórico que busca la actualización y la transformación de la administración, de manera acorde con los requerimientos políticos, sociales y económicos de la comunidad nacional. La Reforma es una tarea concreta, que ejecutamos conforme a un ideario y métodos propios. Hemos diseñado un modelo argentino. No imitamos recetas extrañas ni reglas pretendidamente universales [...]”.

Como puede verse el menemismo planteó una política con medidas que en nada favorecieron a las bases del peronismo más bien las perjudicaron pero, a la vez, sostuvo un discurso pretendidamente popular que por un buen tiempo obtuvo el consenso de gran parte de la sociedad. Esto no significa decir que no se dieron importantes luchas durante la década de los '90 pero el gobierno tuvo la capacidad de neutralizarlas, agudizando las divisiones ya existentes en la CGT, amenazando con el quite de personerías jurídicas a los gremios, eliminando los convenios colectivos de trabajo y en muchos casos recurriendo a la represión directa. Además se ilegalizaron huelgas, hubo denuncias penales contra militantes y también se recurrió a la distribución de incentivos para cooptar dirigentes. Aun así el gobierno tuvo dificultades para lograr la flexibilización total en el campo laboral¹⁹⁸.

Sin embargo, la mayor forma de disciplinamiento de las clases populares fue el alto índice de desempleo registrado. La convertibilidad había logrado estabilizar los precios pero generó una profunda recesión que a la par de las privatizaciones generaron despidos masivos y una gran precariedad en aquellos trabajadores que mantuvieron sus puestos. El peronismo como partido, en su mayoría, avaló una política que contradecía absolutamente los principios de pleno empleo, aumento de salarios y acceso a la educación y la salud. Incluso en estas áreas el menemismo retiró fuertemente al Estado de las responsabilidades que este había asumido llevando a ambos sectores al deterioro de su calidad y un fuerte retroceso en su capacidad de atención. A ello debe sumarse la reforma en seguridad social, dando lugar a las AFJP como opción al régimen de reparto de las jubilaciones.

¹⁹⁷MENEM Carlos y DROMI Roberto, “Reforma del Estado y transformación nacional”, pág. 16-17

¹⁹⁸RAPOPORT Mario, op.cit pág. 945

Entre los hechos más destacables de la década menemista se encuentra la reforma de la Constitución de 1994. El objetivo central de dicha reforma era posibilitar la reelección presidencial reduciendo el mandato a cuatro años; también acortar los mandatos de los senadores e instaurar la elección directa del intendente de la ciudad de Buenos Aires¹⁹⁹. Para poder llamar a Asamblea Constituyente era necesario el apoyo de la oposición, especialmente, el Partido Radical. El pacto conocido como Pacto de Olivos se cerró entre Menem y el líder radical Raúl Alfonsín, donde este último facilitó la posibilidad de la reforma a cambio de algunas concesiones como la creación del Consejo de la Magistratura para elegir los jueces, la autonomía de la ciudad de Buenos Aires, la elección de tres senadores por provincia de los cuales uno debía pertenecer a la minoría y la incorporación del balotaje cuando en las elecciones presidenciales ninguna fuerza alcanzara el 45% de los votos con una brecha de diez con la segunda fuerza.

El autoritarismo y la política más anti-popular de la Argentina vinieron de la mano del justicialismo. Durante estos años se puso de manifiesto en manos de quien estaba el poder cada vez que el menemismo avanzaba para favorecer al capital dominante y la “oposición” política se mostraba obsoleta, no sólo por su debilidad interna sino sobre todo por el poder que había sido capaz de construir Menem, en base a los empresarios, la corrupción y el disciplinamiento social. Todo esto en el marco de la “democracia”, realizado por un gobierno electo, lo cual expone nuevamente la insuficiencia de la vigencia del orden institucional demo-liberal para asegurar el “bienestar general”.

Con la concreción de la reforma Menem fue reelecto en 1995 iniciando, con Carlos Ruckauf como vicepresidente, su segundo mandato. La política menemista siguió las pautas generales planteadas desde un comienzo con ajustes cada vez más fuertes y restricciones en el seno del Estado que aumentaban la recesión y la desocupación. Ya hacia 1996 la hegemonía de la que gozaba el menemismo empezaba a decaer. Los paros de la CGT aumentaron y hubo puebladas de los desocupados. Al mismo tiempo los casos de corrupción salían a la luz con más frecuencia, resonante fue la venta de armas ilegales a Ecuador y Croacia.

En las elecciones legislativas de octubre de 1997, por primera vez el oficialismo fue derrotado por una alianza conformada por la UCR y el FREPASO (Frente País Solidario),

¹⁹⁹ *Ibíd*em pág. 935

donde se puso de manifiesto el descontento hacia la corrupción y el alto índice de desempleo. Aun así, Menem intentó impulsar una re-reelección para los comicios presidenciales de 1999. Ello no fue posible y el candidato a la presidencia por el Justicialismo fue Eduardo Duhalde. Pero el descontento social, la necesidad de terminar con años de corrupción y un modelo económico-social que había destruido las bases económico-políticas de la Argentina otorgó el triunfo electoral a la Alianza (UCR+FREPASO) con la fórmula Fernando de la Rúa- Carlos “Chacho” Álvarez.

Resumiendo:

- Los gobiernos de Carlos Menem pueden caracterizarse como profundamente anti-democráticos teniendo en cuenta que aún con la vigencia del orden constitucional llevó adelante una política fuertemente regresiva que afectó gravemente a las clases populares. Esto no sólo en el plano económico sino también la neutralización de canales de participación.
- Por otro lado, enmarcando estos gobiernos como neopopulistas puede decirse que Menem recurrió a la exclusión de los sectores organizados de la sociedad propiciando divisiones gremiales pero también reprimiendo en caso de no poder contener la protesta. Sin embargo, mantuvo al mismo tiempo una retórica y un personalismo semejante al de los populismos clásicos, apelando a la figura tradicional del caudillo que se comunica en un lenguaje llano.
- No obstante, Menem fue dejando, con el pasar de los años, las prácticas ligadas a la ocupación de espacios públicos y el contacto directo líder-masas por una comunicación mediada por los medios masivos de comunicación.
- Así, en contra de los principios justicialistas de los que se valía para obtener apoyo popular, el menemismo favoreció al empresariado dominante ligado al capital extranjero y minó la posibilidad de construir una economía y una política independiente de los actores internacionales, especialmente, los organismos financieros.
- Además, recurrió permanentemente a prácticas clientelares de cooptación adoptando simultáneamente una política regresiva en lo macro con cierta redistribución micro de algunos bienes entre los sectores más vulnerables y marginados lo que le otorgaba cierto apoyo por parte de los mismos. De todos modos, como se ha

señalado, el menemismo no se explica solamente por la manipulación o el clientelismo aunque estos existieron.

3.6 Del gobierno de Fernando de la Rúa al de Néstor Kirchner: rupturas y continuidades en la política argentina

3.6.1 La Alianza en la presidencia

Los últimos años en la política argentina pueden caracterizarse como de convulsión y resurgimiento de algunos debates en torno a lo económico-político que la década menemista había anestesiado. El paso del gobierno de la Alianza a la asunción de Kirchner como presidente no fue un cambio de banda más dentro de la vida institucional del país, significó una ruptura en el ritmo, por así decirlo, que la vida democrática traía hasta ese momento. Es necesario, entonces, analizar los cambios y continuidades que se dieron entre un gobierno y otro para comprender algunas de las tendencias actuales.

Una vez más la campaña presidencial del radicalismo, esta vez aliado con el FREPASO, se basó en la reivindicación de la moral y la ética política; éste era un discurso acorde a una sociedad que demandaba un corte al modelo corrupto y depredador del menemismo. La estrategia electoral de la Alianza se basó entonces en responder a esta demanda, poniendo énfasis en que el problema del país era la corrupción, sin cuestionar en profundidad las transformaciones estructurales que el gobierno de Menem llevó adelante desmantelando la estructura productiva y el Estado.

Los spot publicitarios de De la Rúa son muestra de ello. En una de las propagandas se ve a una niña de escuela primaria donde la maestra le pregunta: “Si la Argentina es un país rico ¿por qué el pueblo es pobre? Y, por los corruptos. ¿Y qué son los corruptos? Son las personas que le roban el trabajo y la plata a la gente. ¿Y entonces qué necesita la Argentina? Y, un presidente que no sea corrupto”²⁰⁰. Pero sin duda, la propaganda más clara de la propuesta aliancista es aquella en la que Fernando de la Rúa se presenta asimismo como la persona que viene a terminar con la “fiesta menemista” y a erigir la

²⁰⁰ Audiovisual disponible en www.youtube.com, nombre de la búsqueda: spots de Fernando de la Rúa 1999.

“Argentina del respeto y de las reglas claras, la de la dignidad”²⁰¹. En síntesis lo que se estaba planteando era un “buen gobierno” y una “economía de mercado sin corrupción”²⁰², pero de ninguna manera un giro a la política económica que pudiera comenzar a revertir el proceso de vaciamiento del menemismo.

Además, la Alianza tenía contradicciones entre sus integrantes en cuanto a la conducción de la misma y los lineamientos a seguir lo cual resultó en una falta de claridad y especificidad de las medidas a tomar. De la Rúa, perteneciente al ala más conservadora de la UCR, tuvo desde el comienzo una actitud de aislamiento que traería consecuencias perjudiciales posteriormente²⁰³. Las tensiones se agudizaron al tomar el poder ya que la falta de acuerdo entre los integrantes del nuevo gobierno impedía que actuaran coordinadamente para tomar medidas.

Además había una clara problemática institucional que debilitaba el margen de maniobra de la Alianza. Si bien esta había ganado con gran margen la presidencia y la cámara de diputados, no había resultado así en el senado donde la estructura se mantuvo prácticamente igual que en el anterior gobierno y el espectro provincial tampoco era favorable al nuevo gobierno²⁰⁴. Vuelven a plantearse las dificultades de funcionamiento de las instituciones demo-liberales, que ponen freno a las iniciativas gubernamentales. De todas maneras, la presidencia de De la Rúa no se caracterizó por su progresismo y fuerte decisión sino más bien por un conservadurismo que fue profundizándose con el tiempo y con la continuidad del neoliberalismo que llevó a la debacle de diciembre de 2001 como se verá.

De todas maneras, la posibilidad de que el nuevo Ministro de Economía, José Luis Machinea, llevara adelante algunos cambios que permitieran salir de la recesión se vio condicionada no sólo por las características políticas de la Alianza sino también por medidas tomadas por el gobierno saliente a poco de traspasar el poder: aumento del endeudamiento y del gasto (generando un déficit de más de 10.000 millones para el año 2000), asunción de compromisos con empresas concesionarias de servicios, gobernadores y

²⁰¹ Audiovisual disponible en www.youtube.com, nombre de la búsqueda: campaña electoral De la Rúa aburrido.

²⁰²NOVARO Marcos, “Presidentes, equilibrios institucionales y coaliciones de gobierno en la Argentina (1989-2000)”, pág. 85

²⁰³Ibidem

²⁰⁴Ibidem, pág. 86

sindicatos que afectaban seriamente los recursos fiscales a disposición de la nueva gestión, y lo que fue más determinante aún, aprobación de la llamada “ley de responsabilidad fiscal”, que estableció el compromiso de reducir el déficit progresivamente, en los siguientes cuatro años, hasta eliminarlo en el 2003²⁰⁵.

En líneas generales, el gobierno de la Alianza continuó con el modelo neoliberal. La nueva administración de De La Rúa y Machinea, retomó de inmediato la política de ajuste permanente de sus predecesores, en aras del mantenimiento de la convertibilidad, lanzando tres nuevos paquetes de ajuste de los gastos e ingresos públicos que incluyeron nuevos impuestos para los sectores populares y recortes de sueldos públicos²⁰⁶.

La nueva presidencia no dio respuestas a las demandas sociales respecto a lo laboral e incluso continuó en la línea de la flexibilización laboral. El discurso ético se vio socavado cuando respecto a la reforma laboral salió a la luz un escándalo de coimas en el Senado para aprobar dicha reforma. En referencia a ello explica Novaro: “Al calor de esta crisis, el Vicepresidente Álvarez –quien se convirtió en el máximo impulsor de la investigación y reclamó renuncias tanto en el Senado como en el Ejecutivo– terminó enfrentado con el presidente De la Rúa, quien primero desestimó y luego buscó acotar el alcance del escándalo.

A principios de octubre, De la Rúa intentó al mismo tiempo dar por terminada la cuestión y reforzar su autoridad, anunciando un recambio ministerial que reubicaba a figuras clave de su entorno (algunas de ellas involucradas en el affaire) y que desplazaba a ministros y secretarios poco confiables (el Jefe de Gabinete y el Ministro de Justicia, ambos de la UCR). A causa de ello, Álvarez renunció a la vicepresidencia y la coalición quedó al borde de la ruptura definitiva. De la Rúa logró así poner aún más distancia de los partidos y sus presiones, conformando un gabinete mucho más disciplinado que el anterior, pero al precio de un total aislamiento, que terminó por agravar los problemas que buscaba resolver”²⁰⁷.

A mediados del año 2000 y a principios del año 2001 las luchas sociales comienzan a intensificarse al ritmo de la profundización de la crisis económica que el gobierno acompaña con más políticas de ajuste. Dos acontecimientos marcan el auge del conflicto:

²⁰⁵ *Ibidem*

²⁰⁶ BONNET Alberto, “La crisis de la convertibilidad” en Cuadernos del Sur 33, pág. 6

²⁰⁷ NOVARO Marcos, op.cit pág. 88

por un lado, la caída de R. López Murphy en marzo, un nuevo ministro de economía que había asumido para imponer un nuevo plan de ajuste fiscal sin precedentes, cuyo costo recaía sobre los presupuestos educativo y provinciales, y que es forzado a renunciar en medio de la huelga general y una oleada de luchas encabezadas por desocupados y docentes. Por el otro, la negociación en diciembre del llamado "blindaje", es decir, una "línea de crédito contingente" del FMI de U\$S 39.200 millones destinada a reducir unas tasas de interés para la emisión de nuevos títulos de deuda que ya implicaban la interrupción de todo financiamiento externo. Este blindaje puso en evidencia la situación de crisis financiera inminente porque significaba, de hecho, una suerte de salvataje *avant-la-lettre*²⁰⁸.

A mediados de mayo asume el ministerio de economía Domingo Cavallo, ex ministro de Menem y representantes del neoliberalismo a ultranza. Su política se dirigió a tratar de mantener la convertibilidad. Cavallo retomó el curso de ajustes previo con nuevos impuestos y recortes presupuestarios (la llamada "ley de déficit cero" entre ellos) y negociaría una amplia reestructuración de deuda externa (el "megacanje", un masivo canje de títulos de deuda por U\$S 29.500 millones que ratificaba la situación de inminente crisis financiera)²⁰⁹.

La profundidad de los ajustes se tornó proporcional a la agudización del conflicto con distintos sectores sociales que ya no toleraban la política anti-popular del gobierno de la Alianza. Esto se hizo notar en las elecciones legislativas de Octubre de 2001 donde el oficialismo sufrió un duro revés, al tiempo que se instalaba el rechazo a votar. Ya hacia diciembre la crisis económica y política escaló a niveles inusitados. Ante una fuga de depósitos que redujo en más de una cuarta parte los activos del sistema financiero, Cavallo se vio forzado a congelar los depósitos de más de un millón y medio de pequeños ahorristas. Este nuevo mecanismo de expropiación extraordinaria dispararía, en gran medida, la movilización de los denominados "sectores medios" desde comienzos de diciembre (protestas ante los bancos, apagones y primeros cacerolazos).

La nueva huelga general convocada por la CGT y CTA, acaso la más masiva registrada durante el período, también contaría con una amplia adhesión de esos sectores

²⁰⁸BONNET Alberto, op.cit pág. 7

²⁰⁹Ibídem pág. 8

medios. Y hacia mediados de diciembre tuvieron lugar asimismo los primeros copamientos de supermercados. Estaban presentes en ese momento todos los componentes de la insurrección popular que acabaría con la administración, la convertibilidad y la propia hegemonía menemista²¹⁰.

Las jornadas de lucha se concentraron los días 19 y 20 de diciembre. Dicho fenómenos de protesta, merece un análisis específico dada su complejidad y densidad. Esto escapa los alcances del presente trabajo pero vale hacer algunas acotaciones al respecto para comprender el posterior curso político y para analizar algunos puntos referidos a la participación democrática:

- En primer lugar, debe tenerse en cuenta que si bien el conflicto venía desde meses anteriores la reacción popular más fuerte se produjo ante la declaración del estado de sitio por parte del presidente De la Rúa. La reacción de gran parte de la sociedad fue desconocer dicha medida y salir a protestar ante la política impartida, lo cual culminó con la renuncia del presidente por presión popular. Puede interpretarse de ello no sólo el rechazo a cualquier medida de tipo autoritario sino también la saturación social frente a un modelo socio-económico que había destruido el entramado social no sólo a nivel económico sino también social y cultural.
- En segundo lugar, se ponen en cuestión las instituciones clásicas de la democracia liberal. Hubo una deslegitimización del potencial de las mismas. Una suerte de descreimiento generalizado respecto a una forma de hacer política que en los hechos había desfavorecido a los sectores trabajadores en su conjunto, favoreciendo al sector concentrado del capital. Esta puesta en cuestión del sistema democrático se tradujo en una serie de prácticas interesantes de analizar tales como las formas assemblearias de organización, los movimientos sociales conformados por fuera de las estructuras partidarias tradicionales, una reivindicación de la protesta y la aparición de fenómenos realmente novedosos como el movimiento piquetero y la metodología del corte de ruta como forma de lucha. Claro está que estas nuevas formas de organización no aparecieron de un día para el otro pero tuvieron centralidad en las jornadas de diciembre de 2001, y dieron nuevos matices a la vida política.

²¹⁰Ibidem

- En tercer lugar, se puso en cuestión la separación capitalista entre política y economía. El levantamiento del 2001 no hizo más que manifestar que no era suficiente con las formalidades jurídicas e institucionales de la democracia liberal mientras ellas no tuvieran un correlato real en las condiciones de vida de la población. De alguna manera lo que se cuestionaba es que el problema de la economía y de la política del país se debiese a una cuestión moral o ética, se trataba de hacer evidente las consecuencias de un modelo económico regresivo.

Ahora bien, aunque las jornadas de diciembre de 2001 significaron un punto de inflexión y marcaron un nuevo rumbo en muchos aspectos de la vida social argentina cabe plantearse la profundización en investigaciones acerca de por qué en pocos meses se reinstauró el sistema institucional, por qué los sectores más progresistas no pudieron avanzar en pos de una democracia con nuevas características, qué implicó la aparición del kirchnerismo como opción ante el colapso, entre otros innumerables interrogantes.

Por último, cabe agregar respecto de la experiencia aliancista que el fin del gobierno de De la Rúa no fue un contexto pasivo ni mucho menos, el gobierno recurrió a una fuerte represión, con muertos incluidos. No se dudó en esta decisión y se puso en evidencia el carácter derechista que la UCR ha manifestado más de una vez. La crisis se extendió durante varios meses, hubo un importante vacío de poder y se sucedieron en la presidencia varios dirigentes que no pudieron sustentarse en el gobierno dada la agudización del conflicto. Finalmente, asumió como presidente interino, con intenciones de terminar el mandato de la Alianza, Eduardo Duhalde proveniente del PJ.

No obstante, la continuidad de las protestas y la Masacre de Avellaneda en junio de 2002, donde fueron asesinados dos jóvenes militantes de movimientos de trabajadores desocupados, trajo como consecuencia el adelantamiento del llamado a elecciones presidenciales donde fue electo Néstor Kirchner.

3.6.2 El kirchnerismo en el poder

Néstor Kirchner asumió la presidencia con un bajo porcentaje de votos, no sólo debido a la cantidad importante de candidatos a la presidencia sino también por ser alguien poco conocido en la escena política nacional. Debe admitirse que el contrincante más

importante de esas elecciones era Carlos Menem y que probablemente la negativa del electorado a votar al representante de un pasado inmediato signado por el fracaso hizo posible el triunfo de un candidato con muy bajo perfil.

Ahora bien, lo interesante de la llegada a la presidencia de Kirchner no es el escaso porcentaje de votos que lo erigieron sino la capacidad política que demostró tener para convertirse en poco tiempo en un importante referente político, capaz de crear una línea propia y de volver a instalar en la agenda una serie de debates que ya se consideraban caducos: las dicotomías entre derecha e izquierda, un modelo de desarrollo económico nacional, la redistribución de la riqueza, los derechos humanos, etc. Si bien es necesario contrastar el plano discursivo con los reales efectos de las medidas tomadas, lo cierto es que se desempolvieron muchas de las discusiones históricas en la Argentina.

Por otra parte, debe decirse que la llegada al gobierno del kirchnerismo se enmarca en un contexto regional de asunción de gobiernos progresistas que vinieron a cuestionar la debacle que el neoliberalismo a ultranza había dejado. Kirchner supo aprovechar esta coyuntura y retomar en su discurso las banderas de los movimientos sociales antiimperialistas, que luchaban desde hacía años contra la política neoliberal, el saqueo de las transnacionales, los organismos financieros internacionales, especialmente, el FMI. La reaparición de características populistas con la línea kirchnerista volvió a plantear paulatinamente una dicotomización de la sociedad en dos polos antagónicos representado uno por el capital transnacional y la derecha nacional que reaccionó ante la mínima expresión de progresismo.

En efecto, el gobierno de Kirchner exhibió logros económicos importantes respecto de la gran crisis de 2002, visible en la generación de empleo y el descenso paulatino de la tasa de desocupación. Más aún, el superávit fiscal, en 2005 permitió al gobierno argentino cancelar la deuda que tenía con el FMI, (9500 millones de dólares), que pese a constituir solo un 9% de la deuda externa, tuvo una repercusión muy positiva en la sociedad. Dicho crecimiento se explica tanto por el pasaje a un modelo productivo orientado a la sustitución, que condujo a la revitalización de un sector de la industria nacional, como por la rentabilidad de las exportaciones (maíz, soja), beneficiadas por la devaluación y los altos

precios internacionales²¹¹. Además comenzó a visualizarse un retorno a la intervención del Estado en la vida económica acompañando una reactivación económica consistente en la ocupación de la capacidad ociosa que el menemismo había desactivado.

Por otra parte, el gobierno de Kirchner no realizó una ruptura real con el capital extranjero y subsidió a varias empresas privatizadas para evitar el aumento de tarifas y en el caso de no cumplimiento se recurrió a la cancelación de contratos y restatización de las mismas como en el caso de Correo Argentino o el servicio de aguas y cloacas en manos del grupo Suez²¹². Esta política de cierto progresismo se vio opacada por la no modificación del marco regulatorio forjado en los noventa que favorece un modelo extractivo en base a recursos naturales como el petróleo y minerales, áreas en las que este gobierno no alentó la discusión sobre su nacionalización y el cuidado ambiental.

Puede observarse que:

- Desde el punto de vista político, el gobierno de Néstor Kirchner continuó con la tradición delegativa y fuertemente centrada en el líder típica de la Argentina. En este sentido, supo construir o apropiarse del discurso crítico de los noventa sin modificar algunas prácticas anti-democráticas como la fuerte delegación en la toma de decisiones.
- Por otra parte no enfrentó totalmente a la clase política menemista y muchos de sus integrantes continuaron en el poder. Respecto a la participación de la población en la política y en la economía, el gobierno de Kirchner contó un mercado internacional favorable a las exportaciones argentinas que, teniendo el país una moneda devaluada, procuró la estabilización de las cuentas otorgándole al gobierno un superávit que le dio margen para paliar la extrema marginalidad en la que el país estaba sumido.
- De todas maneras, el kirchnerismo mantuvo prácticas clientelares ligadas al otorgamiento de los planes sociales que se habían implementado en situación de emergencia económica. La no universalidad de los mismos acentuó el carácter discrecional y el manejo clientelar de dichos planes al tiempo que no se ideaban programas para la inclusión a través del trabajo genuino.

²¹¹SVAMPA Maristella, “Las fronteras del gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y la aspiración de lo nuevo”, pág. 43

²¹²Ibídem

- Por otro lado, la aparición del kirchnerismo planteó a las organizaciones militantes que habían luchado contra el neoliberalismo en los '90 una disyuntiva: sumarse o no a esta propuesta. La construcción ideológica del kirchnerismo se apropió de las consignas y luchas de la militancia progresista del país lo cual interpeló a este sector dividiendo las aguas entre quienes vieron a Kirchner como el nuevo líder de un movimiento nacional y popular y entre quienes vieron en él la continuidad, en términos generales, del neoliberalismo matizado con algunas medidas progresistas ligadas a la necesidad del capital de recomponer su poderío.

También es importante tener en cuenta dentro de esta corriente la relación de la misma con el peronismo. Si bien desde un principio retomó históricas reivindicaciones peronistas también tomó cierta distancia del tradicional PJ. Sin embargo, con el paso de los años y el cambio de las coyunturas la necesidad de tomar las riendas del justicialismo hizo que el kirchnerismo se preocupara por consolidar allí su poder, acercando su retórica cada vez más a la peronista. No obstante, reivindica un peronismo de izquierda ligado a la militancia más progresista de aquél movimiento en los '70. Si bien el kirchnerismo es difícil de definir, debe reconocerse que incluye en su seno a militantes reconocidos de la izquierda peronista, a la vez que ha logrado el apoyo de las asociaciones de derechos humanos a través de su política sobre el tema.

Definitivamente, un análisis más riguroso del kirchnerismo requeriría contemplar los años que lleva en la presidencia Cristina Fernández de Kirchner. Debe tenerse en cuenta que muchas de las políticas planteadas en 2003 se han modificado, profundizado o revertido y para una mejor comprensión de este fenómeno político deben plantearse futuras investigaciones que retomen la temática. Como se dijo más arriba quizás lo más positivo del kirchnerismo sea haber revitalizado el debate crítico y la militancia política que la dictadura y el menemismo habían logrado disciplinar. Esto no significa que se esté planteando ninguna ruptura crucial por parte del actual gobierno pero si quizás haya abierto un proceso que de encontrar vías de canalización pueda plantear un superación del reformismo populista como también de la mera resistencia, abriendo la puerta a una democracia que no sólo contemple los niveles jurídicos sino todos los aspectos de la vida social.

3.7 Síntesis

En el presente capítulo se abordaron algunos momentos de la historia argentina con el fin de poner de manifiesto la compleja relación que el populismo ha tenido con la democracia y el profundo análisis que ésta aún requiere para elaborar alternativas superadoras.

Como se vio, la historia política del país desde mediados del siglo XX hasta la actualidad estuvo signada por la historia del peronismo, régimen populista que tuvo la capacidad de marcar el ritmo político aún en los años de proscripción.

Pudieron advertirse en los diferentes gobiernos las tensiones con las instituciones liberales. Incluso en aquellos donde se las tomaba como bandera la brecha entre el plano discursivo y el fáctico ha sido muy grande.

Uno de los puntos más interesantes a profundizar sobre el peronismo es su manera de construir política e ideológicamente su poder, que ha hecho que luego de más de sesenta años permanezca en la memoria política, en la estructura de formaciones partidarias, en la lógica política, estilos, etc. como el movimiento que supo incluir a las clases populares.

Al mismo tiempo como se desprende de las medidas tomadas por cada gobierno, el peronismo adquirió diversos matices que fueron desde la derecha neoliberal a la centro-izquierda progresista, lo cual reafirma la necesidad de hablar de populismos en plural. Esto se vuelve más relevante en casos como el de Menem conceptualizado en general como un neopopulismo, el cual tomando recursos de los considerados populismos clásicos llevó adelante políticas realmente anti-populares.

La tensión democracia-populismo se ha manifestado recurrentemente entre la propuesta de la UCR, por un lado, y la del peronismo por el otro; no obstante no son ejemplos puros de modelos demo-liberales o populistas, más bien ambos han mostrado contradicciones y elementos que hacen que el entrecruzamiento sea aún más complejo.

Tanto el gobierno de Néstor Kirchner como el actual de Cristina Fernández vuelven a interpelar acerca de esta relación y a la necesidad de seguir indagando para lograr una mejor comprensión de la conformación política de la Argentina y de la región. La posibilidad de crear alternativas que superen las limitaciones de las formas políticas

analizadas, debe buscarse a través del análisis permanente de los modos en que se construye el poder tanto en el plano material como en el ideológico-discursivo.

Consideraciones finales

Luego de este recorrido teórico e histórico por la relación/tensión populismo-democracia pueden esbozarse algunas consideraciones finales sobre el tema.

En primer lugar, pudo verse que los populismos rompen con las estructuras demoliberales tradicionales y ponen en discusión con su accionar el concepto mismo de democracia. En este sentido lo que se pone de manifiesto es que la democracia liberal no es un modelo único a seguir sino más bien un régimen político construido históricamente, motivo por el cual es susceptible de ser transformado.

En segundo lugar, puede observarse que el populismo no es un fenómeno primitivo ligado a la manipulación de las masas por parte de un líder con poderes sobrenaturales. Por el contrario, en consonancia con los aportes de De la Torre, el carácter recurrente del populismo se liga a la forma en que las masas fueron ciudadanizadas y a tradiciones político-culturales propias de la región. Además, esta inclusión implicó, en los populismos clásicos, una transformación real de las condiciones de vida de los sectores tradicionalmente excluidos, tanto a nivel económico como a nivel simbólico. Por ello, el masivo apoyo a formas populistas se mantiene frente al carácter excluyente que por definición presenta la democracia liberal.

En tercer lugar, no debe perderse de vista que al tiempo que los populismos fueron altamente democratizantes coexistieron en su seno prácticas autoritarias centradas especialmente en la relación establecida entre el líder y sus bases; prácticas verticalistas que anulaban otras vías de expresión dentro del mismo movimiento, un claro ejemplo es el caso del peronismo. Sin embargo, esto no debe contraponerse a la democracia liberal ya que se incurriría nuevamente en presentarla como *el* modelo de democracia. Se deben tener en cuenta las limitaciones de ambas formas para desde allí poder pensar en alternativas superadoras.

En cuarto lugar, en el presente trabajo se tiene especial interés en remarcar el carácter contingente de la relación democracia-liberalismo ya que es fundamental para comprender las limitaciones y la funcionalidad que tiene para los intereses de las clases dominantes presentar esta relación como natural. Por ello, sigue siendo central criticar uno

de los triunfos del capitalismo para conseguir su reproducción: presentar a la esfera económica y a la esfera política como dimensiones separadas de la vida social.

En quinto lugar, entonces, continuar debatiendo qué tipo de democracia se pretende establecer en las sociedades latinoamericanas se relaciona directamente con replantear el concepto de la misma, de manera tal que rompa con la formalidad demoliberal y se plantee como objetivos fundamentales la igualdad no sólo en términos jurídicos sino de hecho en la vida económica de las personas. Ninguna democracia es completa mientras sólo se contemple una engañosa igualdad jurídica frente a una verdadera desigualdad económica, política y social.

En sexto lugar, y en relación al párrafo anterior, se presenta así un debate para la izquierda latinoamericana (en sentido amplio) para la construcción de sociedades más justas. Dicho debate debe focalizarse en construir formas alternativas y superadoras tanto de la democracia liberal como del populismo y su carácter reformista. Pero, para que ello sea posible es necesario abandonar visiones simplistas que no tengan en cuenta la complejidad de la política y de la sociedad en general. Por esto, siguiendo a Sader es necesario repensar la dialéctica entre reforma y revolución de forma tal que permita comprender el real peso del Estado y las limitaciones que éste impone a los cambios como así también la importancia de ciertas reformas y del papel que este mismo Estado puede jugar en determinadas coyunturas a favor de la transformación.

Desde el punto de vista histórico, los últimos setenta años en la Argentina han estado signados por las vicisitudes del peronismo. Desde la llegada al poder de Perón, en los años '40, hasta el momento las discusiones políticas del país han estado atravesadas por la dinámica populismo/democracia. No obstante, el corte producido por la última dictadura significó el abandono (a la fuerza) del desarrollo del pensamiento democrático y del camino al socialismo.

El retorno a la democracia en 1983, significó una condena no sólo a la dictadura sino a todo ese pasado que desde allí se presentó como un bloque anti-democrático. La necesidad imperiosa de retornar a la legalidad trajo aparejado un discurso que desde entonces tilda de autoritario a toda forma política que no respete los rasgos de la democracia liberal. Sin embargo, en los hechos los populismos siguieron apareciendo con diferentes matices e incluso, como se vio en el análisis de los gobiernos, no existen tipos

puros ni de demoliberalismo ni de populismos sino un entrecruzamiento complejo entre tradiciones diferentes, que de todos modos son susceptibles de ser separadas y analizadas en sus rasgos dominantes.

Lo dicho no significa condenar la legalidad e institucionalidad de la política en sí misma sino afirmar que de nada sirve la vigencia de estos principios si están vacíos de contenido, es decir, si no tienen ningún correlato que afecte positivamente las condiciones de vida de la sociedad en dimensiones mucho más profundas que la igualdad ante la ley.

Teniendo en cuenta estos aspectos, se torna necesario retomar los debates que fueron interrumpidos por la dictadura. Para esto es necesario llevar adelante investigaciones aún más profundas sobre la historia argentina que complejicen el análisis sobre los populismos y sobre la democracia de manera de dejar de importar modelos teóricos y políticos que nada tienen que ver con las condiciones sociales de la región.

Es necesario reafirmar que toda forma política tiene carácter histórico y ha sido construida por una serie de relaciones complejas entre lo económico, lo político y lo social. En este sentido, debates presentes desde varias décadas retoman su vigencia toda vez que la realidad social vuelve a enfrentarse con diversas alternativas, algunas más radicales otras menos, el orden establecido y la cosmovisión político-económica dominante.

Por otro lado, queda abierto a futuras investigaciones estudios más profundos sobre la significación del kirchnerismo abarcando no sólo el primer gobierno sino también los últimos años, en los cuales el mandato de Cristina Fernández ha impuesto nuevos retos a las ciencias sociales y requiere de desarrollos que expliquen tanto sus potencialidades como limitaciones en un contexto nacional y regional en el que nuevamente se disputa el sentido y direccionalidad que se le debe dar a las sociedades latinoamericanas.

Quizás el mayor desafío esté en ser capaces de ejercer la crítica sin que ello signifique caer en dogmas carentes de relación con las transformaciones que sufren las sociedades permanentemente, para así avanzar en la construcción de alternativas políticas que contemplen la historia pero que, a su vez, sean capaces de crear lo nuevo y lo diferente con el cambio social como horizonte.

Bibliografía

- ABOY CARLÉS Gerardo. **“Repensando al populismo”**, ponencia preparada para el XXIII Congreso Internacional Latin American Studies Association Washington D.C. 2001, disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2001/AboyCarlesGerardo.pdf>
- ANSALDI Waldo, **“La democracia en América Latina, un barco a la deriva”**, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.
- BONNET Alberto, **“La crisis de convertibilidad”** en Cuadernos del Sur 33, Buenos Aires, 2002.
- CAVAROZZI Marcelo, **“Autoritarismo y democracia (1955-1983)”**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1987.
- CULLEN Rafael, **“Clase obrera, lucha armada, peronismos. Vol.I: Génesis, desarrollo y crisis del peronismo original”**, De la campana, La Plata, 2008.
- DE IPOLA Emilio, **“Investigaciones Políticas”**, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.
- DE LA TORRE Carlos, **“Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos”** en Álvarez Junco José y González Leandri Ricardo (comps.), **“El populismo en España y América”**, Catriel, Madrid, 1994.
- DE LA TORRE Carlos, **“Redentores populistas en el neoliberalismo: nuevos y viejos populismos latinoamericanos”** en Revista Española de Ciencia Política, N°4, 2001.
- DE LA TORRE Carlos, **“Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”** en Revista de Ciencia Política, volumen XXIII, N°1, 2003.
- DE LA TORRE Carlos, **“¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en Latinoamérica?”** en Aibar Gaete Julio (comp.), **“Vox populi: populismo y democracia en Latinoamérica”**, FLACSO, México D.F, 2007.

- DE SOUSA SANTOS Boaventura, **“Reinventar la democracia. Reinventar el Estado”**, CLACSO libros, Buenos Aires, 2006.
- EDITORIAL, **“Del gobierno de Campora a Peron en el poder”** en “Revista Pasado y Presente”, revista trimestral N2/3 (Nueva Serie), año IV, Buenos Aires, 1973.
- FREIDENBERG Flavia, **“Populismo en América Latina”** en Revista Reflexión Política, año 5, N9, Colombia, 2003.
- GERMANI Gino, **“Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas”**, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1965.
- GERMANI Gino, **“El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”** en Revista Desarrollo Económico, v. XIII n 51, 1973.
- GROPPPO Alejandro, **“Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo Latinoamericano”**, Eduvim, Villa María, 2009.
- HELD David, **“Modelos de democracia”**, Alianza Editorial, tercera reimpresión, Madrid, 2006.
- JAMES Daniel, **“Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976”**, Editorial Sudamericana, segunda edición, Buenos Aires, 1999.
- LACLAU Ernesto, **“Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo”**, Siglo XXI Editores, España, 1978.
- LACLAU Ernesto, **“La razón populista”**, Fondo de Cultura Económica, tercera reimpresión, Buenos Aires, 2008.
- LACLAU Ernesto y MOUFFE Chantal, **“Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia”**, Fondo de Cultura Económica, primera reimpresión, Buenos Aires, 2006.

- LESSER Ricardo y PANAIÁ Marta, **“Las estrategias militares frente al proceso de industrialización”** en “Estudios sobre los orígenes del peronismo. Tomo II”, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1973.
- MEDINA GALLEGO Carlos, **“Populismo y neopopulismo. Elementos para una caracterización de diferencias”**, Inédito, Bogotá: Universidad Nacional, 2003.
- MEIKSINS WOOD Ellen, **“Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico”**, Siglo XXI Editores, México, 2000.
- MENEM Carlos y DROMI Roberto, **“Reforma del Estado y transformación nacional”**, Editorial Ciencias de la Administración S.R.L, Buenos Aires, 1990.
- MOUFFE Chantal, **“La paradoja democrática”**, Editorial Gedisa, España, 2003.
- MURMIS Miguel y PORTANTIERO Juan Carlos, **“Estudios sobre los orígenes del peronismo. Tomo I”**, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1971.
- NOVARO Marcos, **“Presidentes, equilibrios constitucionales y coaliciones de gobierno en la Argentina (1989-2000)”** en www.clacso.org.ar, Biblioteca virtual.
- PÉREZ MÚNERA Carlos Andrés, **“La democracia delegativa”** en Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, N°106, Colombia, 2007.
- PERÓN Juan Domingo, **“Carta a mi pueblo”**, en “Juan Perón 1973-1974”, Editorial de la Reconstrucción, Buenos Aires, 1974.
- QUEVEDO Luis Alberto, **“Videopolítica y cultura en la Argentina de los noventa”** en Winocur Rosalía (comp.) “Culturas políticas a fin de siglo”, Juan Pablo Editor/FLACSO, México, 1997.
- RAPOPORT Mario, **“Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)”**, Ediciones Macchi, primera reimpresión, Buenos Aires, 2000.
- SADER Emir, **“El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana”**, Siglo XXI Editores/CLACSO, Buenos Aires, 2009.

- SALA DE TOURÓN Lucía, **“Algunas reflexiones sobre el populismo en América Latina”** en Altman Werner y otros, “El populismo en América Latina”, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.
- SVAMPA Maristella, **“Las fronteras del gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo”** en Cuadernos del CENDES, año 24, N° 65, tercera época, 2007.
- TCACH César y RODRIGUEZ Celso, **“Arturo Illia: un sueño breve. El rol del peronismo y de los Estados Unidos en el golpe militar de 1966”**, Ensayo Edhasa, Buenos Aires, 2006.

Índice

<u>Introducción</u>	pág.2
<u>Capítulo I: Enfoques y conceptualizaciones sobre la relación populismo- democracia</u>	pág.6
1.1 De las sociedades tradicionales a las sociedades avanzadas. Gino Germani y el populismo como desviación.....	pág.6
1.2 Acerca de los orígenes del peronismo: Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero.....	pág.14
1.3 Ernesto Laclau: el populismo como lógica social.....	pág.22
1.4 Los usos del término: contribuciones de Carlos de la Torre sobre el populismo en América Latina.....	pág.35
1.5 Síntesis.....	pág.41
<u>Capítulo II: Hacia una elaboración de esquemas de comprensión: populismo y democracia</u>	pág.47
2.1 Marco teórico-conceptual.....	pág.47
2.2 Aproximaciones al concepto de democracia.....	pág.50
2.3 Esquemas de comprensión.....	pág. 60
2.4 Síntesis.....	pág.66
<u>Capítulo III: La relación populismo-democracia en la historia argentina</u>	pág.69
3.1 1945-1955: Perón y la irrupción del populismo en la política argentina.....	pág.69
3.1.1 Los años previos al peronismo.....	pág.69
3.1.2 De junio de 1943 a la presidencia de Perón.....	pág.75

3.1.3 El peronismo en el poder.....	pág.80
3.2 La democracia restringida: los gobiernos de Arturo Frondizi y Arturo Illia.....	pág.88
3.3 El retorno del peronismo al poder (1973-1976).....	pág.100
3.4 1983: Alfonsín y el regreso a la democracia.....	pág.109
3.5 Los gobiernos de Carlos Menem y la ofensiva neoliberal.....	pág.118
3.5.1 Menem en el poder.....	pág.119
3.6 Del gobierno de Fernando de la Rúa al de Néstor Kirchner: rupturas y continuidades en la política argentina.....	pág.125
3.6.1 La Alianza en la presidencia.....	pág.125
3.6.2 El kirchnerismo en el poder.....	pág.130
3.7 Síntesis.....	pág.134
<u>Consideraciones finales</u>	pág.136
<u>Bibliografía</u>	pág.139